

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNANDEZ DURO

*de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.*

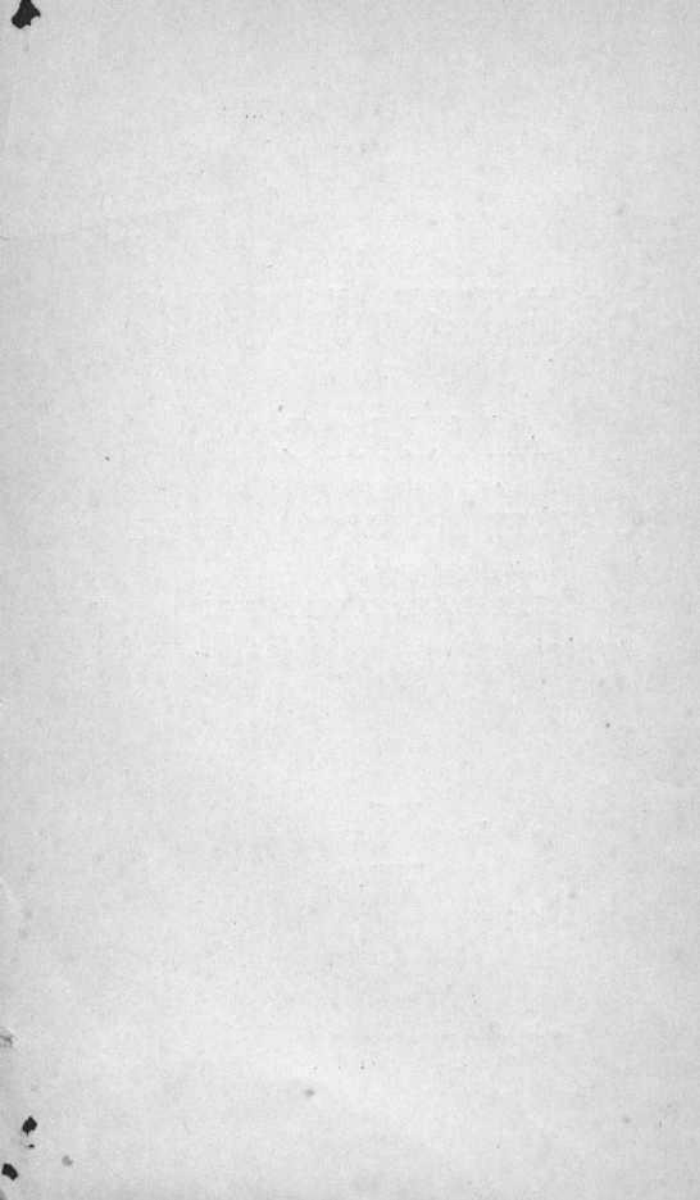
~~~~~  
**Tomo primero.**  
~~~~~

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16

1892



DG  
Com

HISTORIA  
DEL  
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA  
DE AMÉRICA

42267

+1391192

# LA ESPAÑA MODERNA

## REVISTA IBERO-AMERICANA

### AÑO IV

Escrito por **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes**, **Campoamor**, **Cánovas**, **Castelar**, **Echegaray**, **Galdós**, **Menéndez y Pelayo**, **Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés**, **Pi y Margall**, **Thebussem**, **Valera** y **Zorrilla**, y la parte extranjera estará redactada por **Bourget**, **Cantú**, **Coppée**, **Cherbuliez**, **Daudet**, **Dostoyusky**, **Gladstone**, **Goncourt**, **Richepin**, **Tolstoy**, **Turguenef** y **Zola**.

Precios de suscripción, pagando adelantado:

En España, seis meses, **17 pesetas**; un año, **30 pesetas**.—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **40 francos**, enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscripciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, sólo se sirven á terminar en Diciembre de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

## LA NUEVA CIENCIA JURIDICA

### ANTROPOLOGÍA SOCIOLOGÍA

#### Condiciones de suscripción:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscripciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscriptor los números atrasados.

Número suelto..... **1,50** pesetas.

En España, un año..... **12** —

Fuera de España, lo mismo en Europa que en América..... **15** —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURIDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

Se envían prospectos detallados á quien los pida por escrito.



COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

---

HISTORIA  
DEL  
DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA  
DE  
AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

---

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

*de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes  
de San Fernando.*

~~~~~  
**Tomo primero.**  
~~~~~

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 10.

*Es propiedad.-- Queda  
hecho el depósito que mar-  
ca la Ley.*

---

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lib.  
S. Bernardo, 92.—Teléfono núm 3.074.

R. 187471

# CRISTÓBAL COLÓN

---

## I

Nacimiento de Cristóbal Colón.—Su infancia.—Su educación.—Sus estudios en la Universidad de Pavía.—Primeras campañas.—Un abordaje.—Colón en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colón á la República de Génova, á las cortes de Lisboa, Lóndres y España.—Ignorancia de sus jueces.—El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la corte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colón.—Fírmase el tratado con el Gobierno español.

**E**ntre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el Universo, y la posteridad más remota tributará á su memoria unánimes homenajes,

porque le debemos el descubrimiento más importante con que el hombre puede envanecerse: este hombre memorable es CRISTÓBAL COLÓN, que adivinó y encontró un Nuevo Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436 en las cercanías de Génova (1), y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las más activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertían con narraciones de aventuras marítimas, que contri-

---

(1) Nació en Saona, según declaración de los testigos que informaron al tomar el hábito de Santiago D. Diego Colón, su nieto. Ha hecho el descubrimiento del expediente D. Francisco R. de Uhagón y publicádolo en opúsculo que se titula *La patria de Colón según los documentos de las Ordenes militares*. Madrid, 1892—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

buyeron á determinar su vocación á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensación á los trabajos y peligros.

Colón, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debía ser algún día: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenían ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colón, á la edad de diez años, sabía leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habían asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la Universidad de Pavía (1), donde estudió la gramática y el latín, que se consideraba entonces como la base de la educación, y después la geografía, as-

---

(1) En ningún fundamento histórico se apoya esta creencia; así se ha reconocido en el *Archivio Storico Lombardo*, 31 Marzo 1892, pág. 118.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

tronomía y navegación; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podía satisfacer al joven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la Universidad de Pavía podían enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria; y un año después se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcación con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles y de Nápoles á Marsella. Tenía ya algunas de las cualidades del mando; la decisión, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetración y aquella presencia de espíritu tan necesaria al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Después de haber tomado parte en la expedición que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia, Luis XI, durante la guerra que

---

tuvo que sostener contra la España, cuya tropas habían invadido el Rosellón (1).

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colón. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatía por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colón servía á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Después de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se extiende con violencia, y obliga á

---

(1) Todo lo que se refiere á la vida de Colón en los primeros años y aun en los que transcurrieron antes de venir á España, es de tal modo obscuro, que ha de recibirse á beneficio de inventario —CESÁRRO FERNÁNDEZ DURO.

suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero éstas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un joven conserva su sangre fría, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdición atestando las chalupas á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcación. Esperando el momento más favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él, para no ser sumergido, se dirige hacia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal y el atrevido y afortunado na-



---

vegante era Colón. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que había costado la vida á todos sus compañeros; sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le había salvado, y después de algunos días de descanso se encaminó á Lisboa (1).

No hay mal que por bien no venga: Colón debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los más hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habían hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubri-

---

(1) La fecha en que se verificó este combate naval, conocida por documentos oficiales de la Señoría de Venecia, no conforma con la de la llegada de Colón á Portugal, y se cree episodio novelesco que utilizó D. Fernando Colón para dar mayor interés á la *Historia* de su padre.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

miento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocían más que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se extendía hasta el polo Norte ó si terminaba en alguna parte hacia el lado del Mediodía.

Colón ya estaba precedido en Lisboa por su reputación: ya se había oído hablar de sus talentos, de su valor, y los más hábiles

---

(1) Plinio, sin embargo, dice que ya en tiempo de Alejandro se había dado vuelta al Africa, y que se habían encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote también hace una indicación sobre este particular. En cuanto á las excursiones en el grande Océano, ya las hacían los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquéllos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viaje.—N. del T.

---

marinos le acogieron con las demostraciones de la más sincera estimación de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenía con ellos, la conversación giraba siempre sobre las empresas de los portugueses y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico (1). Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debían á este privilegio exclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibían los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías al llegar á este istmo, fuesen des-

---

(1) Hay que repetir lo expuesto en la nota 3.<sup>a</sup> De la llegada de Colón á Portugal, de su casamiento, de su vida, de los viajes que hizo á Africa y á Islandia nada positivo se sabe.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

embarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacían ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupación constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció también los proyectos de Colón. Se casó con la hija de uno de los capitanes con quienes había adquirido relaciones en Lisboa; precisamente con el que había descubierto la isla de Porto-Santo y Madera, y así pudo consultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos, tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones; ni de noche ni de día se le caían de la mano, compa-

---

rándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiría en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realización de los proyectos que tenía en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podían distraerle del objeto que se había propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. «¿No hay (se preguntaba muchas veces á sí mismo) otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses alrededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase vía recta al Oeste al través del Océano Atlántico, ¿no se llegaría á

---

una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No; yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razón rechaza esta idea; estoy convencido, por el contrario, de que la India es mucho más vasta de lo que se piensa, y probablemente se extiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcación gufe constantemente al Oeste y llegará á la India.»

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinión de que debían existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitán de un navío portugués que había avanzado hacia el Oeste en el mar Atlántico, había recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos del Oeste. El cuñado de Colón le había asegurado que en uno de sus viajes con rumbo desde Madera hacia el Oeste, había encontrado otro pedazo de madera

---

cuyas labores se parecían á las del precedente, y otros varios se habían encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llama también isla de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habían sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habían encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecía de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que había dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones fortalecían la convicción del navegante genovés, que había decidido la cuestión á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban; no obstante, creyó que debía consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la experiencia: aquel cuyas lu-

ces y reputación inspiraban más confianza á Colón, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acogió á Colón afectuosamente, y después de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colón, animándole con ahinco á persistir en su resolución de llevar cuanto antes á cabo un proyecto cuyos buenos resultados le presagiaba.

Animado con estas palabras, Colón no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al examen de un juez tan competente, había merecido su honrosa aprobación; pero una nueva dificultad detenía al navegante. ¿Podía él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podía él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viaje? Colón, no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedición excedía á los medios



---

pecuniarios de un simple particular y que debía interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometía: se dirigió, pues, al Senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecución; pero el Senado no vió en Colón más que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa (1).

Colón, lejos de desanimarse, se dirigió á la corte de Portugal, donde tenía más probabilidades de alcanzar su pretensión, puesto que el Gobierno portugués se había ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa prestaron la mayor atención á sus ideas y sus proyectos; pero esta bénevo-

---

(1) No existe dato que acredite haber ofrecido Colón sus empresas en la República de Génova ni en la de Venecia; gestiones supuestas son éstas que se han discutido mucho.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

lencia ocultaba un lazo tendido á la buena fe del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploración marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traición infame, y el Gobierno que se hizo culpable de ella ha merecido el baldón de la historia (1).

A pesar de todo, la traición fué inútil á este Gobierno desleal. Se había dado prisa á armar un navío, poniéndole á las órdenes de un capitán encargado de ejecutar el proyecto de Colón; pero este capitán carecía de la convicción indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algún tiempo hacia el Oeste, pero se cansó bien pronto de una correría sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálcu-

---

(1) También se tiene por novelesca la mala fe del rey de Portugal en este asunto.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

los de Colón. En cuanto á éste, indignado de la perfidia del Gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español, Fernando, llamado el *Católico*, príncipe á quien su circumspecta política y su carácter indeciso retraían de las empresas aventuradas. Se hallaba, por otra parte, empeñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucía, que tenía su residencia en la ciudad de Granada. Las circunstancias, por consiguiente, eran poco favorables á Colón, que no podía prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel, su esposa, le recibieron con distinción, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colón, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas

al examen de hombres que pasaban por muy instruídos. Estos hombres, cuyos conocimientos eran muy limitados, sólo dieron á Colón las pruebas más patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones más extrañas y absurdas; según algunos, el mar que se extiende entre la Europa y la India era tan vasto que se necesitaban por lo menos tres años de la más feliz navegación para llegar al continente más inmediato: otros pretendían que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose la vela hacia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, sería preciso subir, lo que no podría hacerse aun cuando el viento fuese favorable; y hasta había algunos entre aquellos jueces que trataban de poner en ridículo á Colón, preguntándole en tono de burla ¿si acaso creía ser más instruído que los millares de sabios que habían vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer igno-

---

radas por tan larga sucesión de siglos (1)?

No desanimó á Colón la necedad y orgullo de tales jueces; lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que, como se ha visto, tenían á veces visos de insultantes: llevó su reserva y su moderación hasta el punto de discutir las. ¿Quién lo creería, si el testimonio irrefragable de la historia no probase la infatigable perseverancia de Colón? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habían dado al rey un informe desfavorable, y la corte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros no podía ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretexto que no se ocultó á Colón; pero contuvo su indignación, y no

---

(1) El autor no está bien informado en lo que respecta al examen de los proyectos del genovés: de este punto principal ha tratado con buen criterio Don Tomás Rodríguez Pinilla en su obra *Colón en España*. Madrid, 1884.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa expectativa, tanteó el interesar en la ejecución de sus proyectos á dos grandes de España que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña expedición; pero como estos señores no tenían confianza ni resolución suficientes para satisfacer á la demanda de Colón, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colón á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecución, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple adquieren nueva energía en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades que el odio, la ignorancia y la envidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos; del porvenir es de quien esperan

justicia, y ésta nunca la esperan en vano. Tal fué Colón; debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé desde su partida á Inglaterra, decidió á Colón á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé había sido apresado en su travesía por unos piratas, y que, consiguiendo romper sus cadenas, había llegado por fin á Inglaterra, pero en tal estado de miseria, que á fin de procurarse los medios de comprar un traje decente para presentarse en la corte, se había visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colón tenía un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El Su-

---

(1) Este convento era el de la Rábida, de religiosos franciscos, no lejos del puerto de Palos. El Supe-

perior de esta casa religiosa, el P. Pérez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acogida á Colón, escuchando con interés la exposición de sus planes y la narración de las contrariedades que ya había experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colón, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la Reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta, en que el P. Pérez hacía las representaciones más enérgicas á Isabel, hizo la más profunda impresión en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la corte, Colón fué recibido con bondad por la Reina, y ya los amigos del navegan-

---

rrior ó Guardián se llamaba el P. Juan Pérez Marchena, hombre muy instruído y entusiasta por las glorias de su patria.—N. DEL T. (1)

(1) El traductor no está acertado al enmendar el nombre del Guardián de la Rábida: llamábase Juan Pérez á secas, como escribe Campe.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



te le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecisión de Fernando dejó aún fallidas sus esperanzas. Sometió este Príncipe de nuevo los planes del genovés á los mismos hombres á quienes ya había consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenación fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oír hablar más de la empresa de Colón, y hasta su protectora la reina Isabel mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí expuesto de nuevo á los desdeños y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan alrededor de los príncipes hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que, arrastrándose á los piés de sus amos, procuran excitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenían ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colón, no le guardaron

consideraciones. Parece que éste, agobiado de disgustos y aun ultrajes, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era más fuerte que ella; se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles sorprendió á Colón en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel había destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colón la ocasión más propicia para recordar á la Reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazón humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecución de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo (1) se expresaron con tanto ca-

---

(1) Santángel, ó Luis de Sant Angel. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

lor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colón, y defendieron tan bien su causa, que la Reina y su esposo no opusieron más resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colón que ya había partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedición que iba á intentar; fueron inmediatamente aceptadas, y Colón se preparó á la ejecución de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó más bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el virreinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la transmisión de esta dignidad á sus descendientes (1); además le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

---

(1) La dignidad del Almirante, no la de Virrey, era la que declaraban transmisible las capitulaciones de Santa Fe.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

## II

Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedición en el puerto de Palos.—Alonso Pinzón.—Gastos del armamento.—Composición de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de Agosto de 1492.—Partida.—El timón roto.—Terroros supersticiosos de los compañeros de Colón.—El Almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de Setiembre de 1492.—Escenas de desesperación.—Declinación de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicación del Almirante.—Una rebelión á bordo.—Valor y serenidad de Colón.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colón y sus compañeros.—¡Tierra, tierra!—El *Te Deum*.—Arrepentimiento y perdón.

Isabel, en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedición, aunque estipulando que únicamente sus súbditos castellanos podrían establecerse en los países descubiertos, y que los extranjeros no tendrían derecho más que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta

cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo excepciones, fueron muy raras.

La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedición; pero Colón tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de más de un género. Le era preciso, ante todas cosas, desvanecer los terrores de los hombres que habían de tomar parte en la expedición, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marineros más experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña población marítima de Andalucía. Tal vez Colón no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponían á su partida sin la actividad y los esfuerzos personales de Martín Alonso Pinzón, hábil y rico navegante de Palos, que, lo mismo que su hermano (1), se había asociado á la

(1) Había además otro hermano llamado Francisco Martín, el más joven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela *Pinta*.—N. DEL T.

---

suerte de Colón. Estos dos hermanos, con sus exhortaciones, determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martín adelantó además á Colón una suma considerable para completar los gastos del armamento de la expedición, pues pronto echó de ver que los socorros pedidos al Gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colón se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento no pasaron de veinticuatro mil rixdalers, que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aún pareció excesiva á la corte, por lo que Colón, para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condición de ser indemnizado con un octavo del producto del viaje.

Colón había pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embar-

caciones ligeras, unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado después para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los ríos. Estas embarcaciones no tenían puentes, y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas (1). Por lo demás, Colón había juzgado que la pequeñez de estos navíos era una ventaja para él, pues le facilitaría durante el viaje la navegación cerca de las costas ó la entrada en las bahías y ríos poco profundos. Así, cuando en su tercer viaje costeó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcación, á pesar de que ésta, que hacía de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba la *Santa María*, la

---

(1) Se han hecho posteriormente estudios especiales de las carabelas y no resultan tan pequeñas como dice el autor y generalmente se cree; las tres tenían cubierta y la *Santa María* pasaba de 120 toneles. La tripulación de las tres se componía de 90 hombres de mar, pero comprendidos los demás, hacían los expedicionarios un total de 120.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

segunda la *Pinta* y la tercera la *Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colón implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y después de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de Agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colón se dirigió hacia las Canarias. Al otro día de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timón de la *Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que, asustado con los riesgos de la empresa,



esperaba obligar á Colón que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timón roto, el equipaje de la *Pinta* lanzó un grito de desesperación, y viendo en este accidente el más funesto presagio, rodeó á Colón diciéndole:

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante. ¡A España! ¡A España!

—¿Qué motivo os obliga—les preguntó Colón—á expresaros así? Compañeros, ¿qué se ha hecho vuestro valor?

—¡Y qué!—contestaban—¿el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan si queremos continuar un viaje de tan peligrosa temeridad?

—¡Cómo!—replicó Colón—¿un accidente tan común en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabéis, amigos míos, lo que significa un timón roto? Significa que es preciso componerle; á la obra, pues, y dentro de algunas horas la *Pinta* podrá arrostrar todos

los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro Almirante—decían entre sí los marineros en voz baja—es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colón, su sangre fría y su calma habían vuelto la confianza al equipaje de la *Pinta*. Todos los hombres que le componían pusieron manos á la obra, y el timón volvió en breve á su estado primitivo; pero el Almirante, comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que había introducido el desorden á bordo de la *Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos, probándoles que la razón rechazaba, repugnaba como una necedad la interpretación de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro—decía él—Dios le ha dado

una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretensión de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sabio y sinceramente piadoso no se inquieta más que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignación los decretos de la Providencia, mas nunca intenta prejuzgarlos. Así, pues, camaradas, que no se vuelva más á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordaos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo (1).

Los compañeros de Colón, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su cami-

---

(1) Adorno poético. Colón estampó en su diario que le preocupó la avería del timón de la *Pinta* por no consentirle el tiempo prestar auxilio, pero que le tranquilizaba la idea de ser Pinzón hombre apto para salir de apuros por sí solo; y así sucedió.—CRISTÓBAL FERNÁNDEZ DURO.

---

no y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Después de algunas composturas que exigía el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de Setiembre al vasto mar Occidental, donde ningún navío se había atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra, sorprendida por una calma, anduvo poco el primer día; el segundo, ó el tercero según otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colón volvieron á su abatimiento. Parecía que sólo entonces apreciaban el motivo de su viaje, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperación, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colón los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colón opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heroica firmeza con las lamentaciones de

los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fe en el resultado de la expedición, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverían á volver á España donde no encontrarían más que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su jefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Después de esta victoria conseguida sobre el miedo, Co'ón se preparó á sostener otros combates, porque preveía que sus compañeros pondrían más de una vez á prueba su constancia y no tardarían en recaer en su abatimiento y desesperación. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, de pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á qué grados de longitud

y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabía que el éxito de la empresa dependía de su asidua vigilancia, y que todo era perdido si su energía y su actividad se desmentían un solo instante (1).

Antes de proseguir nuestra relación, debemos dar algunas explicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola, á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos, colocados uno en frente de otro, y alrededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotación; estos puntos se llaman polos de la tierra. El más elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto

---

(1) La sonda en la mano, en medio del Océano, no es de poca ni mucha utilidad; hay en este pasaje poca reflexión y es exagerada la pintura del estado de ánimo de los tripulantes.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola, figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia, y se llama Ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los días son iguales á las noches cuando el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra, el espacio que alrededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional y que se llaman meridianos, porque es medio día al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla enfrente de esta línea.

Se dividen el Ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca

un espacio de unas diez y siete leguas y media. El Ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados, y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del Ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste, alrededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el Ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra, encima del Ecuador y hacia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del Ecuador hacia el polo meridional, y se llama latitud meridional.

Al otro día de su salida de las islas Canarias, Colón, contrariado por el viento, no había avanzado más de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se



asustarían sólo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada día; así, les anunció que sólo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de Setiembre, que era el sexto día de su navegación, se hallaban á los 350° de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hacia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este día, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecía haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusión duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas más lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternación. Colón mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al imán es el guía más seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su pun-

ta hacia el Norte, pueden reconocer de noche y de día, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guía, que hasta entonces había sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viaje tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil por consiguiente figurarse la sorpresa de Colón y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hacia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colón y á los demás navegantes? La ciencia, consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinación se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¡Cuántos más secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternación más profunda reinaba entre los compañeros de Colón, que se estremecían al volver su vista al espacio que habían recorrido; espacio que les parecía inmenso, aunque el Almirante había tenido cuidado de disminuirlo lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinación de la brújula era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolución en el orden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros—exclamaban afligidos—cuando la aguja de marear, nuestro único guía, nos abandona?

Colón, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hacia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la acción é influencia de los vientos

llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podía alcanzar, cubierto de hierbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecían la marcha de la nave.

—He aquí—exclamaban—el límite de que no deben pasar los buques: estas hierbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante. ¿Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero y en que hemos consentido en seguirle.

Colón, cuya prudencia y sangre fría se sostenían á la altura de tan apuradas circunstancias, les decía:

— Os alarmáis por una cosa que debía, por el contrario, excitar toda vuestra alegría, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos... ¿Es posible que la hierba crezca en medio del mar? Esta vegetación pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colón pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedición, no pensaron más que en seguir con ardor el rumbo hacia aquella tierra que parecía tan cercana.

Mas, ¡ah! las conjeturas que habían hecho á vista de la hierba que cubría la superficie del mar y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y una triste realidad disipó las ilusiones del Almirante y sus compañeros. Habían ya recorrido un

espacio de setecientas setenta leguas marinas y todavía no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, sólo Colón era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que sólo quinientas ochenta leguas habían sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta extensión de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmullos empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colón, dejándose engañar por sus quiméricas promesas; tan pronto culpan á la reina Isabel por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

— Gracias á Dios—decían—ya hemos dado bastantes pruebas de valor para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria... pero el viento que viene constante-

mente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obligüemos al Almirante á que se defenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colón: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido, adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡Al mar el Almirante! ¡Al mar el autor de todos nuestros males! — exclaman— ¡si hemos de perecer, que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á España la vida de este aventurero que se ha burlado de ella, que ha expuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¡Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el Almirante si cedía un solo

momento á la rebelión, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colón se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida y les dice:

— ¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intención?

— ¡Queremos volver á España!... ¡Volvednos á nuestra patria! ¡Volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

— ¿Queréis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que, confiando en mí, estabais llenos de esperanza y jurabais seguirme á todas partes porque estabais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar



al término de la empresa queréis alejaros de él vergonzosamente; ¿Sois españoles y tendréis miedo?

A estas palabras, que el Almirante dirigía con intención al orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestación de sentimientos generosos, advirtió á Colón que no se equivocaba. Por lo mismo, exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿tenéis miedo?

—No, no — respondieron marinos y soldados llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! Lo reconozco con placer; todavía sois los dignos hijos de la España y podéis escuchar el lenguaje del honor. Queréis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentáis sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os había encomenda-

do, sabiendo que habéis desobedecido á vuestro jefe y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudierais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar— respondió una nueva voz que interrumpió al Almirante.

—¿Quién os lo ha dicho? ¡Habéis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido! Decid las tempestades que habéis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegación ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habéis tenido que lamentaros de aquellas horrosas privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No; solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la veréis dentro de algunos días, mañana tal vez; ¿y es posible que no tengáis paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si después de seguiros salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas,

¿quién nos volverá á España?—preguntó Alvarez, uno de los marineros más antiguos de la *Santa María*.

—Yo—replicó al instante Colón.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo, y favorecerá nuestro regreso á España en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos el rey Fernando y la reina Isabel... Pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su protección: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas... es el viento del Sudoeste.

—¡El viento del Sudoeste! ¡El viento del Sudoeste!—exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva dirección comunicada á las velas, estrechándose después alrededor del Almirante para renovar un juramento que habían estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre su-

---

perior y su poderosa palabra, habían vuelto á entrar en la senda del deber y habían recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedición, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colón y las nuevas esperanzas que había hecho concebir á sus compañeros. Un día, el comandante de la *Pinta*, que iba siempre delante como la más velera, dió aviso al Almirante de que creía distinguir tierra al Norte como á unas quince leguas. Esta noticia excitó transportes de alegría: suplicaron á Colón que se dirigiese hacia aquella parte; pero el Almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabía que el capitán de la *Pinta* estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido, sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigir-

---

se hacia el punto designado por Pinzón; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesión que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de la *Pinta*, hubiera justificado las dudas de la tripulación acerca de la habilidad del Almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podía alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrían para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictarle su voluntad. Colón se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se había conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro día por la mañana vieron muchas aves marítimas, y Colón, suponiendo que no podrían alejarse mucho de tierra, se creyó que le venían á anunciar su cercanía. De su engaño participaron también sus com-

pañeros, hasta que la sonda desvaneció sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aún después de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos piés. Se estaba, por consiguiente, muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediación de las costas. Al caer de la tarde del siguiente día, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gavias, distrayendo á la tripulación con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posición, y al amanecer del siguiente día, echaron á volar hacia el Oeste.

Poco después se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo extraño, inesperado, causó la más viva sorpresa á todos los hombres de la expedición: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atención, nadie se cansaba de observar la longitud de las ex-

trañas nadaderas que les servían de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de hierba, y del conjunto de estas circunstancias deducía la tripulación que no se tardaría en descubrir tierra; mas los días se sucedían á las noches, y contra más avanzaban en aquel Océano sin límites, más distante parecía la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colón. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedición, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habían permanecido fieles á Colón, hacían ya causa común con los marineros. Presentóse aquél á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habían probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte, si inmediatamente no dispone que la expedición dé la vuelta hacia España.

Era preciso ceder ó morir: ¡ceder era ir á exponerse á la burla de todo un pueblo y

condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados exigían pronta respuesta. Colón les pidió tres días más de resignación y de obediencia: si en este plazo no se descubría un continente, se comprometía á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecución de este convenio con mutuas protestas.

Colón estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez más frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaría á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacía tres días llegaba al fondo del mar, se hundía en el cieno; además millares de pajaritos, á quienes la cortedad de sus alas no permitía alejarse mucho de las costas, volaban hacia el Oeste; también sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran



---

otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegación, y de que Colón iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenía el Almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente día encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les había dado una prueba tan palpable de su protección en una empresa tan arriesgada; después prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así, mandó que se plegasen las velas, temiendo con razón que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El Almirante recordó á sus compañeros la promesa que había hecho la reina Isabel al primero que descubriese el Nuevo Continente (1). Durante toda la noche, ofi-

---

(1) Los Reyes Católicos habían prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colón por su parte prometió también un jubón de seda. El primer español que vió la tierra, y por

ciales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitación, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hacia las diez de la noche, Colón, que estaba en el castillo de popa, creyó que veía brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la Reina, que iba á bordo, le enseñó aquella luz. El joven la distinguió también, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debía llevarla.

De improviso, á las dos de la madrugada, la tripulación de *la Pinta* lanza el grito de ¡tierra! ¡tierra! que, repetido al ins-

---

consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de *la Pinta* llamado Rodrigo de Triana.—N. DEL T. (1)

(1) Vió efectivamente la tierra Rodrigo de Triana, pero no alcanzó el premio. Lo reclamó Colón fundándose en la luz que creyó ver la noche anterior, y le fué adjudicado.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

tante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habían consentido, para ver después burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habían por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulación de *la Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañado por los marineros de las otras dos carabelas, que también dirigen al cielo la expresión de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparación, los ultrajes y violencias que han hecho al Almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocían su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdón de su infame conducta. Colón, enter-

recido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se había manifestado en su lucha contra la rebelión.

### III

Descubrimiento de la isla de Guanahani. — Desembarco de los españoles. — Fijan una cruz en la costa. — Toma de posesión en nombre de los reyes de España. — Mutua sorpresa de españoles y de indios. — Descubrimiento de Cuba. — Traición de Pinzón. — Descubrimiento de la Española ó Haití. — Visita de un cacique. — Naufragio de Colón. — Establecimiento de una colonia. — Partida de Colón á España. — Una tempestad. — Recibimiento de Colón en la corte de Portugal.

La tierra que tenían á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahani. Colón, agradecido al país á cuyo descubrimiento debía su salvación, le puso el nombre de *San Salvador*; pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso (1).

Por algunos instantes, el equipaje, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contem-

---

(1) Es la que hoy se nombra Watling, según creencia de los más entendidos marinos. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

plación ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques cuyos perfumes y fertilidad revelaba á la vez la embalsamada brisa que de ellos venía. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetación vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer más variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban, desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colón dió por fin la orden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españo-

---

las, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres de Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudían en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus gestos y en la expresión de su fisonomía, la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas, de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balancean noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa extraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerra que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colón llegó á la costa, el Almirante, llevando puesto un bri-

llante vestido de terciopelo de color de es-carlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí, humildemente postrados delante de Colón, le saludan como á Virrey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad le prometen una obediencia sin límites y docilidad exclusiva.

Después de esta afectuosa manifestación; después de haber rendido este homenaje al genio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y después el Almirante toma solemnemente posesión del país en nombre de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel.

Mientras que los españoles verificaban esta imponente ceremonia (el 12 de Octu-



---

bre de 1492), los indios se agrupaban al rededor, para examinar á su vez con silenciosa atención aquellos hombres extraordinarios y los edificios flotantes en que habían venido al través de las aguas; pero si hubieran podido sospechar las consecuencias de aquella solemnidad, es bien seguro que hubieran prorrumpido en exclamaciones de dolor ó más bien hubieran rechazado como á implacables enemigos á los extranjeros que entonces contemplaban con tan respetuosa admiración.

Crecía la sorpresa de los indios á medida que iban apreciando los contrastes y las diferencias que mediaban entre ellos y los españoles: su larga barba, la blancura de su rostro, sus vestidos, sus armas, sus ademanes, todo parecía maravilloso á los indígenas estupefactos: mas cuando escucharon las salvas de artillería y de los mosquetes, creyeron que el rayo se desgajaba sobre sus cabezas, y no vieron ya en aquellos extranjeros, armados del fuego del cielo, unos hombres vulgares, sino seres de

---

naturaleza superior, hijos del sol, bajados á la tierra para visitarlos y recibir sus homenajes; porque el sol era su Dios. Algunos americanos, dotados de cierta inteligencia y entusiasmados por el esplendor del astro del día, por los beneficios de su calor vivificante y de su curso regular, le miraban como el bienhechor del mundo, como el mismo Dios; otros, por el contrario, se habían forjado uno ó más dioses á los que adoraban bajo figura humana.

Los españoles, por su parte, no estaban menos sorprendidos que los indios á vista de aquella multitud de objetos singulares y extraños, cuya variedad infinita no podía saciar su curiosidad: los árboles, las plantas, las hierbas, en nada se parecían á los de Europa. En los hombres, la misma diferencia en la forma del cuerpo y en las costumbres; su piel era de color de cobre, su estatura regular, los cabellos negros y largos; pero sin pelo de barba. Sus extravagantes facciones estaban modificadas hasta cierto punto por su ingenua timidez

---

y la dulzura de sus miradas. En su rostro y otras partes de su cuerpo tenían impresos caracteres y dibujos extraños.

La mayor parte de aquellos isleños estaba totalmente desnuda; otros se cubrían sólo una parte del cuerpo. Por único adorno llevaban en las orejas, en la cabeza ó atadas á la nariz, plumas, conchas y hojas de oro. Al principio manifestaban una reserva que pudiera confundirse con el miedo; mas cuando recibieron de mano de los españoles algunas frioleras, como cuentas de vidrio, cintas y cascabeles, se hicieron más tratables y concluyeron por tener la más absoluta confianza en sus nuevos huéspedes.

Por la noche, cuando los españoles volvieron á bordo de sus carabelas, fueron seguidos por una multitud de indios embarcados en canoas hechas con troncos huecos de árboles, las que manejaban con mucha destreza. Pretendían los isleños, acompañando á los españoles, satisfacer su curiosidad viendo el interior de las embarcaciones europeas, ó el obtener algunas bagate-

las en cambio del hilo de algodón que ellos hacían, de venablos que tenían por punta una gruesa espina de pescado, papagayos y frutas de todas clases. Era tal el ansia que tenían por las más simples baratijas de origen europeo, que se precipitaron sobre los cacharros rotos que vieron en el navío y los recogieron como objetos de gran valor. Por algunas chapas ó botones de cobre que para nada les servían, daban veinticinco libras de excelente hilo de algodón.

Al otro día por la mañana el Almirante visitó las costas de la isla, siempre acompañado de un gran número de indígenas, que le seguían con afán. Deseaba averiguar, ante todas cosas, de dónde sacaban los isleños las hojas de oro con que adornaban sus narices. A fuerza de preguntarles por señas, vino á colegir que el oro no era producto de su isla, sino de otra más al Sur, donde se hallaba en gran cantidad. Determinado á aprovecharse de una noticia tan importante (porque habiendo prometido

---

á la reina Isabel y á los hombres de la expedición el descubrimiento de comarcas que los habían de enriquecer, tenía empeño en cumplir esta promesa), se volvió á embarcar, llevando siete isleños para que le sirviesen de guías y de intérpretes, y se dirigió hacia el Sur. Descubrió en el camino muchas islas; pero no visitó más que las tres más considerables, á las que puso los nombres de Santa María de la Concepción, Fernandina é Isabela. En una de estas islas encontraron perros que no ladraban, y la experiencia ha confirmado que algunos perros de Europa pierden la facultad de ladrar cuando han pasado algún tiempo en el suelo americano.

En la isla Isabela, adonde Colón fué á hacer aguada el 17, observaron los españoles algunas señales de civilización. El pudor no era desconocido á aquellos habitantes menos groseros, y las mujeres iban cubiertas desde la cintura á las rodillas, unas con telas de algodón y otras con hojas de árboles entrelazadas y atadas con

bastante arte para formar una especie de tejido.

Había también en esta isla cierto número de casas construidas á manera de tiendas, con una especie de soportal cubierto de ramas para preservarse del viento y de la lluvia; pero no se encontraban en estas casas más muebles que toscos utensilios y piezas de algodón.

Los españoles vieron también diversas clases de aves y de peces, la mayor parte diferente de los de Europa: vieron también el primer caimán, animal que es una variedad de la especie de los lagartos; y como tiene mucha analogía con el cocodrilo, se le llama también cocodrilo de las Indias Occidentales.

Siguiendo su exploración el Almirante, descubrió una tierra que, por su grande extensión y la particular naturaleza de su suelo, se diferenciaba mucho de las islas que había encontrado hasta entonces. El terreno, lejos de presentarse llano y seguido, formaba á trechos colinas y valles, en

---

los que se descubrían vistosos bosques, praderas y ríos. ¿Era aquélla una parte del continente, ó una isla muy grande? Esta es la duda que tenía Colón, y para salir de ella anduvo algunos días hasta averiguar que aquella tierra que acababa de descubrir era una isla, llamada Cuba en el idioma de los indígenas (1). Está situada entre los grados veinte y veintitrés de latitud septentrional, y en esta isla es donde se halla la Habana, puerto español adonde acudían siempre los *galeones* y los *navíos de registro* cuando hacían la travesía desde América á España.

Llamábanse *galeones* los navíos que el rey de España enviaba todos los años á América para venir cargados de oro, plata y cuantos objetos preciosos se habían recogido. Los *navíos de registro* tenían diferente destino; recibían las mercaderías de Europa, que negociantes españoles, provistos

---

(1) No averiguó que Cuba era isla, antes creyó toda su vida, y lo hizo testificar ante notario, que era tierra firme del Asia.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

de licencia especial, enviaban á América, donde debían ser cambiadas por los productos del país. Estos buques eran fletados, unos para Veracruz, ciudad importante de Méjico, y otros para Porto-Bello en tierra firme. Se llamaban *navios de registro* porque las mercancías enviadas de España á América se apuntaban en un registro especial después de ser sometidas á una inspección rigurosa. El Gobierno español empleaba estas minuciosas precauciones para precaver el fraude de los armadores, que sin esta vigilancia hubieran enviado al Nuevo Mundo más mercancías de las permitidas en la licencia que habían comprado.

Por mucho tiempo los *galeones* fueron también conocidos con el nombre de la *flota de plata*. Antes que el Gobierno español hubiese regularizado el servicio de los *navios de registro*, se equipaba cada año para América una sola flota, contribuyendo el rey y los particulares, á partes iguales, á los gastos de la expedición. A esta flota se confiaban el oro y plata destinados



á España, lo mismo que los géneros que se mandaban de España ó de América: mas cuando los *navíos de registro* fueron generalmente adoptados para estos transportes, se abandonó el nombre de *flota de plata*, y aun hoy día ya no es más que un recuerdo en la historia de España.

Colón, impaciente por conocer el país y los hombres que en él habitaban, ancló en la embocadura de un río caudaloso; pero los indígenas, así que vieron las carabelas, huyeron á esconderse en las montañas. Hubo, uno, sin embargo, bastante atrevido para llegar en su canoa hasta el buque del Almirante y subir á bordo. A fuerza de regalos pudo Colón ganarse la voluntad y confianza de aquel isleño, al que envió á tierra, juntamente con un indio de los que traía desde Guanahani, y acompañados de dos españoles, á quienes dió la comisión de estudiar con esmero el país, adquirir noticias acerca de sus producciones, y sobre todo inspirar confianza á los naturales para facilitar sus amistosas relaciones con los eu-

ropeos (1). Desembarcó tan pocos españoles con la mira de no intimidar á los isleños, pues como el casco de los buques había padecido mucho y necesitaba prontas composturas si se había de seguir el viaje, tenía con precisión que detenerse allí para repararle.

Los dos españoles que Colón había enviado á la descubierta, volvieron después de haber recorrido un espacio de doce leguas, internándose en la isla (2). He aquí poco más ó menos la relación que hicieron al Almirante:

«La mayor parte del país que hemos cruzado está cultivada y nos ha sorprendido por su fertilidad; los campos producen maíz ó trigo de Indias, y una raíz que después de asada se come como el pan. Al lle-

---

(1) Envió la embajada al Gran Kan, en el supuesto de que residiera en el interior, llevando carta que le destinaban los Reyes Católicos.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(2) Estos dos españoles enviados, fueron Rodrigo de Jerez y Juan de Torres, el que, entre otras buenas disposiciones para el desempeño de su comisión, tenía la de poseer varios idiomas.—(N. DEL T.)

---

gar á una poblacioncita como de unas cincuenta casas de madera y en la que los habitantes no pasarían de mil, salió el jefe á recibirnos. Los indios que nos acompañaban les debieron dar noticias favorables acerca de nosotros, de nuestras intenciones y el objeto de nuestra visita, porque cogiéndonos del brazo nos llevaron á la población, donde nos señalaron un vasto alojamiento. Nos sentamos en una especie de silla que tenía la forma de un animal con los ojos y orejas de oro y cuya cola servía de respaldo. Apenas nos habíamos sentado en el sitio que nos señalaron, cuando todos los indios, sentándose en el suelo junto á nosotros, nos fueron besando los piés y las manos, lo que nos hizo creer que nos tenían por seres bajados del cielo. Comimos las raíces asadas que nos ofrecieron, cuyo sabor nos recordó el de las castañas; pero lo que nos chocaba extraordinariamente, era que entre los salvajes que nos servían no se presentaba una sola mujer. No atinábamos con la causa de esta exclusión; pero cuan-

---

do se retiraron, otras tantas mujeres como hombres nos habían servido, vinieron á relevarlos y no fueron menos atentas y obsequiosas. En fin, en el momento de nuestra partida, muchos habitantes se querían venir con nosotros; pero hemos rehusado sus ofertas, dándoles las gracias por su generosa hospitalidad. Nos pareció, sin embargo, que debíamos ceder á las instancias del cacique ó rey y de su hijo, que se han empeñado en servirnos de guías y acompañarnos hasta nuestras embarcaciones. Por todo el camino han venido dando sus órdenes para que se nos tuviesen las mayores consideraciones y el más profundo respeto.»

Esta relación causó la más viva satisfacción al Almirante que, agradecido á los dos príncipes, les hizo un brillante recibimiento cuando subieron á bordo de su carabela, y trató después de obtener de ellos algunas noticias del país que producía el oro. El cacique y su hijo le señalaron el Este.

---

Aquellos isleños manifestaban la mayor sorpresa al ver á los hombres blancos tan ansiosos de un metal que no tenía ningún valor á sus ojos y del que no se servían más que para su adorno, al paso que los españoles no estaban menos admirados de su sencillez y benevolencia.

Las indicaciones del cacique y su hijo determinaron al Almirante á salir de Cuba, porque estaba impaciente por ir al país de las minas de oro, al que los indios llamaban Haití. Partió de Cuba el 19 de Noviembre llevando consigo doce naturales del país, los que se proponía traer á España. Aquellos indios se alejaron de su patria con la mayor indiferencia, sin pesadumbre y sin derramar una lágrima, cosa que sorprendió mucho á los españoles. Verdad es que Colón nada había omitido de cuanto pudiese hacerles agradable su permanencia en el buque, y además les había prometido que la ausencia sería de corta duración.

A poco tiempo de hacerse á la vela, fué contrariado por los vientos que le obligaron

---

por tres días á costear. Alonso Pinzón, comandante de la *Pinta*, observando el contratiempo de Colón y aprovechándose de que su nave era la más velera de la escuadrilla, trató de sustraerse á la vigilancia del Almirante y adelantarse para llegar antes que las otras carabelas á Haití, el país del oro, y llenar de él su nave. Colón, que adivinó las intenciones de su teniente, le hizo señales de que esperase, mientras que Pinzón, llevado de su avaricia, desobedeció al Almirante y pronto se le perdió de vista. Colón, indignado de la deslealtad y páfida conducta de Pinzón, cuya huida trastornaba todos sus planes, se decidió á volver á Cuba con las dos carabelas que le quedaban (1). Obligado por el mal temporal á permanecer en dicha isla, continuó la exploración del país, que además de su

---

(1) En defensa del proceder de Pinzón, juzgado apasionadamente por D. Cristóbal, he publicado un libro titulado *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*. Madrid, 1892.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

fertilidad asombrosa, ofrecía por todas partes los más agradables y encantadores puntos de vista. Inspiraban, sin embargo, bastante repugnancia á los españoles, las costumbres y modo de vivir de los habitantes, que se tragaban con ansia arañas grandes, gusanos cogidos en la madera podrida, y pescados medio cocidos á los que arrancaban primero los ojos, para comerse los crudos.

Así que el tiempo le permitió hacerse á la vela, el Almirante salió de Cuba para ir á Haití, el país del oro, y alcanzar á Pinzón que le había abandonado. Después de andar diez y seis leguas, llegó por fin á la isla, objeto principal de sus pesquisas, y le dió el nombre de Española, porque halló en el suelo de Haití mucha semejanza con el de España, y de todos los países que había descubierto hasta entonces, este es el que ha conservado por más tiempo el nombre que le impuso. El nombre de Santo Domingo prevalece, sin embargo, hoy día, porque este es el nombre de la ciudad que han

edificado y es actualmente la capital de la isla.

Los habitantes huyeron espantados á los bosques á vista de los españoles, y Colón, sin hallar indicios del rumbo que seguía la *Pinta*, se dirigió hacia el Norte costeando la isla. Abordando á otro paraje consiguió entablar relaciones amistosas con algunos indígenas. Habíase apoderado de una india, y después de agasajarla la había enviado hacia sus compatriotas. Hízoles ella una pintura tan seductora de la conducta de los españoles, y les habló en favor de aquellos extranjeros con tal entusiasmo, que al instante acudieron todos á la playa para ver y obtener algunos objetos preciosos, como los que aquella mujer había llevado.

Estos indios se parecían en su rostro y ademanes á los habitantes de Guanahaní y de Cuba; estaban desnudos lo mismo que ellos; su rostro tenía color de cobre y se advertía en ellos la misma timidez, ignorancia y mansedumbre. Todo lo que veían



---

excitaba su sorpresa, que expresaban por medio de palabras ininteligibles á los europeos, y por una pantomima muy animada. En su concepto, los españoles no eran hombres sino seres de naturaleza divina.

En su adorno había más oro que en el de los demás isleños; pero lo mismo que ellos, tenían en tan poco á este metal, que se volvían locos de contento cuando podían cambiarle por cuentas de cristal, cascabelles y otras bagatelas de esta especie. Cuando Colón les preguntó el sitio en que se encontraba el oro, le señalaron el Oriente. En virtud de esta indicación, Colón se hizo al instante á la vela y partió con la esperanza de encontrar bien pronto un manantial inagotable de riquezas.

Luego que Colón fondeó en otra bahía de la isla, vió acercarse al cacique de la comarca: este jefe, después de haber tomado informes acerca de los hombres blancos, se había dado prisa á visitar al Almirante. Venía acompañado por una escolta numerosa y conducido en un palanquín en hom-

bros de cuatro indios. Este palanquín se parecía un poco á las andas que se usan en Europa; pero el soberano venía desnudo lo mismo que sus vasallos.

No manifestó desconfianza ni indecisión para subir á bordo, y llegando á tiempo en que Colón iba á ponerse á la mesa, entró en la cámara del Almirante, seguido de dos ancianos que se podían mirar como sus consejeros y tomó asiento al lado de Colón, manifestando á la vez respeto y confianza. Los dos viejos se colocaron á los piés del cacique, quien después de catar los manjares y el vino que le presentaron, enviaba lo restante á los hombres de su escolta formados en fila sobre el puente.

Al fin de la comida, el jefe indio regaló al Almirante muchas hojas de oro y un cinto trabajado con mucho artificio. Colón, por su parte, ofreció á su huésped un collar de ámbar, un par de borceguíes colorados, una colcha de cama y un frasquito de agua de azahar. Fué tal el contento del cacique, que en los extremos de su agradecimiento y

alegría, dió á entender al Almirante que ponía á su disposición todo su reino.

Este soberano, lleno siempre de gravedad y nobleza para con sus súbditos, usaba una familiaridad sin reserva con los españoles; todo lo examinaba en el navío con la mayor atención, y las cosas extraordinarias que contenía excitaban la sorpresa y admiración del jefe salvaje. Al acercarse la noche, manifestó deseos de volver á tierra, y Colón se apresuró á complacerle; pero queriendo aumentar su asorabro, mandó disparar un cañonazo en el momento en que el cacique se alejaba. Ya no le quedó duda ninguna de que aquellos hombres blancos eran de origen celestial, puesto que sus manos estaban armadas del rayo que obedecía á su voluntad. Desde entonces el respeto de los indios á los españoles se convirtió en una especie de culto, hasta el extremo de besar la huella de sus pasos.

No siendo aún este país el que contenía las minas de oro, objeto de los afanes y trabajos de los españoles, el Almirante se

hizo á la vela dirigiéndose á la parte oriental de la isla.

Todos los informes que había tomado el Almirante y las noticias que había podido adquirir, indicaban como productora del oro una parte montañosa de la isla, sometida á un poderoso cacique. Colón le envió un mensaje, recibiendo de parte de aquel príncipe la invitación de ir á verle. Quiso al instante corresponder á este convite, pero la corta travesía que le fué preciso hacer para llegar adonde estaba el cacique, estuvo á punto de ser muy funesta á la expedición y á su ilustre jefe.

Colón había llegado á un cabo, donde aprovechando la calma del temporal, mandó plegar las velas como á una legua de distancia de tierra. Hacía dos días que no disfrutaba un momento de reposo, y rendido de fatiga fué á tenderse en el lecho á cosa de media noche, después de haber mandado al piloto á quien confiaba el timón, que no le soltase de la mano. Apenas Colón se durmió, cuando el equipaje, creyendo que no

había peligro que temer, siguió el ejemplo del Almirante, y el mismo piloto participando de aquella fatal seguridad, y olvidando las órdenes de Colón, puso un grumete en su lugar y fué á descansar como los demás; de modo que el buque quedó abandonado á la inexperiencia de un muchacho.

Mientras que todos dormían á bordo, menos el grumete, el buque era insensiblemente arrastrado hacia la costa por la corriente. De improviso sufrió un choque tan violento, que el grumete, asustado, abandonó el timón dando gritos descompasados. Colón, despertándose azorado, acude sobre cubierta, ve las rocas que erizaban la costa y no tarda en conocer que el navío ha encallado. La confusión, el terror y la desesperación reinan á bordo; sólo el Almirante, conservando su presencia de espíritu y su sangre fría, discurre los medios de salvar la nave.

Por su orden, algunos hombres del equipaje se lanzan á la chalupa para arrojar á

cierta distancia un áncora, por medio de la que se pudiese sacar la nave de entre las rocas; pero tan asustados estaban, que no pensaron más que en buscar un refugio á bordo de la *Niña*, sin hacer caso de las reiteradas intimaciones del Almirante. El capitán de esta carabela no quiso recibir á los cobardes que, olvidando sus deberes, abandonaban á su jefe, y rechazados de esta manera, no tuvieron otro remedio que volver á la nave que se hallaba en tal apuro.

El Almirante trató primero de aligerar el buque del peso de sus mástiles, los que mandó cortar: después dió orden de que se arrojasen al mar todos los objetos que no fuesen indispensables. Estas medidas fueron inútiles, porque la nave se entreabrió cerca de la quilla y el agua se precipitó con tal violencia y tanta cantidad por la abertura, que ya no hubo esperanza de salvar la embarcación. El Almirante, seguido de todo el equipaje, bajó á las chalupas que habían llegado para socorrerle,

---

y que á fuerza de remos llegaron hasta la *Niña*.

Al día siguiente por la mañana, participó al cacique la desgracia que le había sucedido, suplicándole pusiese á su disposición cierto número de sus vasallos para preservar de una pérdida total la embarcación naufragada.

La noticia de este desastre causó el mayor sentimiento al cacique, llamado Guakanahari ó Guacanagari, y le hizo verter lágrimas. Acudió en el acto con sus gentes al socorro de los españoles, y en aquellas circunstancias los indios dieron una prueba brillante de su probidad: además de no ocultar ni siquiera un objeto de los que se hallaban en la carabela, se expusieron á los mayores peligros por salvar una gran parte. Reuniéronse prontamente muchas canoas, y gracias á tan activa y solícita cooperación fué transportado á tierra todo lo que tenía algún valor. Además, el generoso cacique se constituyó en persona guardador de los efectos preservados del

mar, y suplicando á Colón que no se desesperase, le ofreció cuanto poseía. Los efectos sacados del buque se depositaron en un sitio inmediato á la habitación del jefe indio, en tanto que se desocupaban las casas donde debían quedar en completa seguridad. No se limitaron á esto sólo sus precauciones: puso centinelas alrededor de aquel depósito, aunque eran inútiles, puesto que todos los súbditos de Guakanahari participaban del sentimiento de su jefe y de su afecto á los hombres blancos, llorando por la desgracia que les había sucedido.

Colón hizo completa justicia á estos salvajes, á su mansedumbre y hospitalario carácter, en el informe que dirigió á la corte de España.

«Estos hombres—decía—son tan afables, tan complacientes con nosotros, que los considero como el mejor pueblo de la tierra: aman á sus semejantes como á sí mismos, y siempre amables y graciosos en sus maneras, están constantemente con la sonrisa en los labios. El rey es muy noble en



sus modales, y todos los actos de su servicio se verifican con la mayor solemnidad. Lo que he notado especialmente en este pueblo tan digno de interés, ha sido su prodigiosa memoria, la viva curiosidad que manifiesta por todas las cosas y la inteligencia que le induce á investigar las causas y los efectos. Está perfectamente dispuesto á recibir la enseñanza de los conocimientos europeos, y debe hacer rápidos progresos cuando quieran instruirle en ellos.»

No había tardado el cacique en advertir la pronunciada afición de los europeos al oro; por tanto, para procurarles algún consuelo y alivio en su desgracia, les dió cierto número de placas de aquel metal que tanto apetecían, prometiéndoles que iba á dar sus órdenes para que trajesen más de un sitio que se llamaba Cibao. A ejemplo de su señor, muchos indios se apresuraron á traer también á los españoles placas de oro, recibiendo en cambio con entusiasmo algunas bagatelas de Europa. Uno de ellos, que llevaba en una mano un gran pedazo

de oro, extendió la otra hacia un español que le ofreció una campanilla. Al instante se apoderó de ella el salvaje, y tirando el oro á los piés del español, huyó como un ladrón que acaba de hacer un robo: el indio se retiraba muy satisfecho de que había engañado al hombre blanco.

Los españoles estaban contentísimos de su permanencia en aquella comarca deliciosa, donde nada les faltaba; pero su jefe estaba devorado por pesadumbres y cavilaciones: había perdido la mejor de sus carabelas, y había sido vendido, abandonado por el traidor Pinzón. La nave que le quedaba era tan pequeña, que no podía contener las dos tripulaciones, y además se hallaba en tan mal estado, que emprender con ella un viaje tan largo como el de España, hubiera sido una imprudencia que no podía menos de acarrear funestas consecuencias. Grande era el apuro de Colón y extremada su perplejidad; mas después de haber reflexionado largo tiempo acerca de su penosa situación, se decidió al fin á

---

dejar una parte de su gente en la isla, donde debía formar una colonia, y embarcarse con el resto para España á fin de dar cuenta á los reyes Fernando é Isabel del resultado de sus descubrimientos. Esta resolución fué aprobada por todos los españoles, muchos de los cuales se ofrecieron á quedarse en la isla. Faltaba disipar los recelos y desconfianza de Guakanahari, al ver que los extranjerios iban á establecerse en su reino; pero él recibió el más vivo placer cuando supo que los seres de origen celestial iban á quedarse á su lado para protegerle, á él y á su pueblo, contra sus terribles enéimigos los caribes.

Eran éstos un pueblo feroz y cruel que habitaba en muchas islas situadas al Sudoeste y que hacía frecuentes incursiones en la isla de Haití. Los súbditos de Guakanahari, demasiado débiles para defenderse y resistir á un enemigo tan superior en fuerzas, buscaban un refugio en las montañas, de lo que se librarían en lo sucesivo puestos bajo la protección de los

españoles. Colón, queriendo dar al cacique y á su pueblo alguna idea del arte militar de los europeos, dispuso que los soldados ejecutasen algunas evoluciones delante de los indios. Estas maniobras dejaron pasmados á los salvajes; pero cuando llegó el caso de disparar los cañones, el estruendo de la artillería les causó tanto miedo, que cayeron todos al suelo, llevando las manos á la cabeza como para preservarse del rayo que les amenazaba. El mismo cacique, tan asustado estaba, que no se atrevía á levantarse, pero Colón se apresuró á tranquilizarle, prometiéndole que no se serviría de aquel trueno más que contra sus enemigos los caribes. Para que los indios apreciaran mejor los terribles efectos é irresistible poder de aquellos mortíferos tubos que vomitaban el incendio y la muerte, hizo apuntar una pieza cargada con bala contra el casco de la nave encallada: la bala le traspasó de parte á parte, yendo á caer muy lejos al otro lado sobre las aguas. No hay con qué ponderar el

---

asombro del cacique á vista de tal testimonio de fuerza: quedóse estupefacto con lo que acababa de ver y aturdido con lo que acababa de oír, y cuando volvió á su habitación ya no le quedaba duda ninguna de la naturaleza divina de aquellos seres que disponían del rayo celeste.

Los españoles pusieron al instante manos á la obra para fundar una fortaleza, en cuyo trabajo los indios les ayudaban con mucho celo sin sospechar que por sí mismos forjaban los hierros que les habían de oprimir.

Siempre que Colón bajaba á tierra, el cacique le recibía con las mayores demostraciones de respeto, multiplicando y variando sus atenciones con el Almirante, que siempre le pagaba con algún regalillo. Un día el cacique se presentó con una corona de oro en la cabeza, y llevando á Colón á una casa dispuesta con mucho esmero, se quitó la corona y la puso respetuosamente sobre la cabeza del Almirante, que sensible á esta prueba de amistad, se qui-

tó al instante un collar de perlas que solía llevar y le puso al cuello del cacique. Despojándose también del lujoso sobre-todo que llevaba puesto, suplicó á Guakanahari que se le pusiese, ayudándole á ejecutarlo: después le puso en el dedo un anillo de plata, y pareciéndole que aún no estaba completamente ataviado, mandó por unos borceguíes colorados para que se los pusiese. Estas recíprocas atenciones y mutuos obsequios fueron como los preliminares de la buena fe del tratado de alianza que los dos jefes formaron entre sí.

El fuerte estuvo construido en menos de diez días, y así que pudo contener la guarnición, el Almirante escogió treinta y ocho hombres entre los que manifestaban deseos de quedarse en la isla y dió el mando de ellos á Diego de Arana. Les intimó y aun hizo prometer, bajo juramento, la obediencia al comandante que les daba, y emplear todos los medios posibles para conservar sus relaciones amistosas con Guakanahari, justificando el buen concepto que había for-

mado de los españoles. Les recomendó también el estudio del idioma de los indios, y por último impuso al fuerte el nombre de Natividad.

Después de haber adoptado las más sabias providencias y las disposiciones que la prudencia aconsejaba en pro de la nueva colonia, Colón volvió á embarcarse y se hizo á la vela el 4 de Enero de 1493. Los indígenas y los españoles que se quedaban en la isla, acompañaron al Almirante con sus aclamaciones y sus plegarias por un pronto y feliz regreso; porque había más que atrevimiento, había temeridad en aventurarse así en un mar aún desconocido, con una nave cascada y que no podía resistir tan larga navegación.

El Almirante ignoraba absolutamente lo que había sido del traidor Pinzón y de su carabela. Una de dos, ó el comandante de la *Pinta* había perecido con su nave, ó se había dirigido hacia Europa, para tener la gloria de ser el primero que anunciase á la corte de España los grandes descubri-

mientos que acababan de ilustrar el pabellón español: tal vez también para malquistar al Almirante con los reyes Fernando é Isabel y arrebatarle la recompensa debida á sus gloriosos trabajos. Estas sospechas y estos temores estimulan á Colón á acelerar su regreso, cuya prontitud era de tanto interés para él, como el único medio de frustrar los planes del desleal capitán de la *Pinta*.

Debía, además, prever toda duda acerca de su veracidad y quitar á una corte suspicaz todo pretexto de negarle la prometida recompensa. Colón sabía cómo háberse las con los cortesanos y envidiosos influyentes en el palacio de los Reyes, y por lo mismo llevaba en su nave muestra de todo lo que había encontrado notable en los países descubiertos: por supuesto que no se había olvidado del oro, como de la cosa más estimada é importante. Hizo igualmente embarcar con él cierto número de indígenas de cada una de las islas que había visitado, muchas especies de



aves desconocidas en Europa y otros objetos curiosos, escogidos así en los productos de la tierra como en los artefactos de los habitantes de aquellos diversos países.

Colón se dirigió hacia el Este, costeano la Española ó Haití, para examinar al paso las otras localidades aún inexploradas de la isla. A poco tiempo de su partida, el vigía anunció que allá en el lejano horizonte se divisaba una cosa parecida á una embarcación. Maniobrando al instante para tomar aquella dirección, ¡cuál fué el asombro de Colón, cuando al acercarse, reconoció á la *Pinta* mandada por Pinzón, al que andaba buscando hacía mes y medio! Extraordinario fué el júbilo de Colón y de su gente con aquel encuentro inesperado.

Pinzón pasó á bordo del Almirante para justificarse, y aunque era empresa difícil, supo achacar su falta al temporal, que á pesar de sus esfuerzos le había apartado del rumbo y hecho perder de vista la carabela del Almirante. Esta excusa no podía satisfacer ni engañar á Colón; pero la severidad

hubiera sido una gran imprudencia en la situación precaria en que se hallaba. Su carácter era además propenso á la generosidad y la clemencia, y no podía olvidar los eminentes y personales favores que debía á Pinzón. Aparentó, pues, que le convencían sus estudiadas disculpas y volvió á ser amigo suyo, teniéndose ya por dichoso por no verse en la dolorosa necesidad de confiar la relación de sus descubrimientos á una embarcación que apenas podía sostenerse en el mar.

La codicia del oro es la que había tenido á Pinzón separado por tanto tiempo del Almirante. Se creyó que desembarcando en otras costas de la Española y explorando otras localidades, donde no hubiesen penetrado Colón ni sus compañeros, encontraría mucho oro: esto en parte lo había conseguido; pero sin hacer ningún nuevo descubrimiento.

Entre tanto un viento favorable protegía el regreso de Colón á España; la fresca brisa del Oeste inflaba las velas de las na-

ves que surcaban rápidas el mar, anunciando á los españoles que pronto verían las costas de su patria. Ya las tripulaciones, embriagadas en suaves ilusiones de gloria, creen escuchar los gritos de sorpresa y admiración con que es acogida la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo; mas los aterradores preludios de una violenta tempestad vienen á disipar las esperanzas de los españoles. Densas nubes se forman y agrupan al Oeste, cuando Colón se hallaba aún á cien leguas de las Azores donde podría encontrar un refugio. La borrasca se aproxima y con ella densas tinieblas que convierten en lóbrega noche la brillante claridad del día. Los hombres de la tripulación, sumergidos en cruel ansiedad, esperan el desenlace de aquella crisis que debe ser terrible; todos tienen sus ojos clavados en Colón, que siempre sereno, siempre intrépido, da sus órdenes con una imperturbable sangre fría.

Las olas se inflan, se elevan, y las naves traqueteadas, en vano luchan contra su fu-

ror; el viento rasga las velas, hace saltar las cuerdas y crujir los mástiles. Los relámpagos trazan en la oscuridad surcos de lúgubre resplandor, mientras que retumba el trueno y torrentes de agua se precipitan sobre las carabelas. En fin, la tempestad estalla con todos los signos precursores del naufragio, el estrépito del rayo se mezcla con el bramido de las olas, y las dos naves, juguete de ellas, tan pronto son levantadas hacia el cielo, tan pronto bajan precipitadas á un abismo que parece va á tragárlas.

Todos los corazones están helados de terror, y los hombres de la tripulación, consternados, abatidos, expresan de varios modos el pavor que les causa aquella situación desesperada. Unos, puestos de rodillas, levantan al cielo sus manos suplicantes para pedirle la conservación de sus días, mientras que otros, pálidos y sin movimiento, guardan un sombrío silencio, cual si ya estuviesen heridos por la muerte. Otros hacen voto de ir en peregrinación, descalzos y en camisa á la iglesia más inmediata, dedicada

---

á la Santísima Virgen, en el primer país cristiano adonde el cielo les permita llegar.

En vano Colón recurre á todos los medios que la prudencia indica á un marino experimentado; en vano intenta reanimar el valor y actividad de las tripulaciones: todos permanecen inmóviles, mientras que la tempestad redobla su furia, contra la que serían ineficaces todos los recursos del hombre. Conociendo Colón la inutilidad de la lucha, se entró en su cámara, mas no para prorrumpir en estériles lamentos, ni en aquellos desahogos á que recurren los hombres débiles y pusilánimes; un solo pensamiento le ocupa, el de asegurar á la España y al universo entero el resultado de sus descubrimientos, y que no se pierda aquel camino que ha sabido abrir hasta el Nuevo Mundo.

Colón coge un pergamino y escribe aceleradamente las noticias más importantes acerca de los países que ha descubierto, le envuelve en un lienzo empapado en aceite, y después de haberlo preservado además con

una tela encerada, mete el paquete en un barril cerrado cuidadosamente y le arroja al mar. Pensaba, con fundamento, que las aguas llevarían aquel barril á alguna costa, donde, siendo recogido, podría revelar los secretos que le estaban confiados. No satisfecho aún, colgó de la popa de la nave otro barril con las mismas instrucciones, el que no podría desprenderse hasta el momento y sitio del naufragio. Ejecutadas estas dos cosas, el Almirante, resignado, esperó más sereno los decretos del cielo; ya si perece será sin pena y sin remordimientos, porque juzga que el fruto de sus trabajos no será perdido para el porvenir.

Entre tanto no cambiaba la situación de las dos carabelas, y sus tripulaciones, expuestas á los mismos peligros, tenían sin cesar la muerte ante los ojos. El huracán no cesaba un solo instante en toda la noche, y la desesperación continuaba reinando en las dos embarcaciones; pero al fin, aquella noche tan larga, tan espantosa, se acaba, y con los primeros rayos del sol, aparece y se

---

destaca en lontananza una tierra como salida del seno de las aguas. La esperanza renace en todos los corazones; pero, ¿qué tierra es aquella cuya vista tanto regocija los ánimos? El mismo Almirante lo ignora: observa, duda, y en fin, cuando se puede distinguir más la costa, falla que la que tienen enfrente es una de las islas Azores.

Se hallaban todavía á distancia bastante considerable de la isla, y además la furia del viento hacía muy peligroso el acercarse á la costa. Por impaciencia que hubiese de bajar á tierra, tuvieron aún que andar costeando durante cuatro días, que no fueron escasos de peligros para aquellos fatigados marinos. La *Pinta* había vuelto á perderse de vista, ignorándose si había naufragado, ó si su comandante, á favor de las tinieblas, había vuelto de nuevo á sustraerse á la vigilancia de Colón, para adelantarse á España á dar las primeras noticias de los descubrimientos. Al fin cesó la borrasca y Colón pudo entrar en la rada donde ancló.

Los portugueses vinieron al instante á

traer á los españoles los refrescos que tanto necesitaban, haciéndoles preguntas para saber de dónde venían y á dónde iban. Los españoles, informados de que había una ermita consagrada á la Virgen, á poca distancia de la costa, pidieron permiso al Almirante para cumplir el voto que habían hecho durante la tempestad.

Colón concedió este permiso á la mitad del equipaje, bajo la condición de que habían de volver prontamente á bordo, para que la otra mitad pudiese cumplir igualmente su piadoso deber. Los marineros desembarcaron, y descalzos y en camisa, conforme se habían obligado por su voto, se dirigieron al sitio en que, según las señas de los portugueses, se hallaba la ermita de la Virgen.

Creíase que pronto estarían de vuelta, pero las horas pasaban y ellos no volvían. Viendo que la noche se acercaba, Colón sospechó alguna perfidia de parte de los portugueses y tuvo que esperar hasta el día para averiguar la causa de la tardanza de



---

su gente. ¡Cuáles fueron á la vez su sorpresa y su indignación, cuando al día siguiente supo que la guarnición portuguesa había hecho prisioneros á aquellos hombres desnudos y sin armas, sorprendiéndoles en una infame emboscada!

El Almirante, poseído de justa indignación contra los autores de semejante perfidia, dirigió al gobernador reclamaciones que no tuvieron ningún resultado; entonces juró que sabría tomarse la justicia por su mano y que no saldría de la rada sin hacer todo el daño que pudiese y llevarse cien portugueses. El gobernador, intimado con las amenazas de tan terribles represalias, envió una comisión á informarse de si él y sus gentes estaban realmente al servicio de España. Colón no sólo respondió afirmativamente, sino que á mayor abundamiento manifestó los reales despachos de Fernando é Isabel, lo que hizo que los prisioneros españoles fuesen puestos en libertad. Sin duda que el gobernador había formado el plan de apoderarse de Colón y tenerle dete-

---

nido con toda su gente, para que el Rey de Portugal pudiese apoderarse de los países que acababan de ser descubiertos; pero la prudencia del Almirante en permanecer siempre á bordo, hizo abortar el complot, y el gobernador juzgó que el mejor partido que tenía que tomar, era dar libertad á los marinos y disculparse diciendo ignoraba fuesen españoles.

Colón, deseoso de salir cuanto antes de aquella tierra inhospitalaria, se hizo á la vela, y cuando esperaba llegar al término de sus trabajos y sus desgracias, todavía otro nuevo contratiempo vino á hacer problemática su vuelta á España. Una tempestad casi tan terrible como la que había sufrido al acercarse á las Azores, alejó su buque de las costas de España, y rompiendo las velas, poco faltó para que le echara á pique; la tormenta iba en aumento hacía ya cuarenta y ocho horas, y la situación del buque era de las más críticas, cuando á media noche el piloto avisó que las olas le empujaban contra unas rocas, en las que

indudablemente se hubiera hecho pedazos si hubieran seguido algunos instantes más aquella peligrosa dirección.

Colón, cuya presencia de espíritu nunca se desmentía, mandó prontamente virar de bordo, y con esta maniobra preservó de una catástrofe á su carabela y á los que en ella iban. Bien pronto reconoció que estaban en las costas de Portugal y á corta distancia de la desembocadura del Tajo. Su primer cuidado así que amaneció fué enviar dos correos: uno á la corte de España para anunciar á los Reyes su feliz regreso, y otro á Lisboa pidiendo al rey el permiso de llegar hasta allí con su nave, que necesitaba algunos reparos. El monarca portugués accedió al instante á lo pedido por Colón, que inmediatamente se hizo á la vela para Lisboa.

Apenas corrió la noticia de la llegada de una nave que por tantos títulos era digno objeto de la curiosidad pública, toda la población acudió al puerto: una inmensa multitud cubría los muelles, y aun se metieron

en barcas los más ansiosos de conocer al hombre extraordinario que había terminado felizmente una empresa tan difícil. Unos daban gracias al cielo que había bendecido aquella expedición, y otros lamentaban la desgracia de su patria, que había perdido la gloria que le estaba ofrecida por no haber sabido apreciar el talento de aquel grande hombre.

Aunque el rey de Portugal estuviese pesaroso por haber desdeñado las proposiciones de Colón, cediendo á la influencia de consejeros inhábiles ó pérfidos, y á pesar del despecho que le causaba el prodigioso incremento del poder y riquezas de España, acogió al Almirante con las demostraciones del mayor aprecio, y le felicitó por el próspero resultado de su expedición heroica. Por su orden se le hicieron á Colón los mayores honores, se le proporcionó cuanto podía necesitar, y por último, recibió el Almirante una invitación para pasar á palacio, escrita de puño del monarca.

Cuando el Almirante se presentó en pa-

---

lacio, toda la corte salió á su encuentro por orden terminante del rey. En el coloquio que tuvo con el monarca, éste exigió que Colón estuviese sentado y cubierto mientras le hablaba. Colón le refirió todos sus descubrimientos, y el monarca no pudo menos de manifestar su admiración y su pesar. El Almirante, por su parte, conservaba una actitud modesta; pero interiormente le rebosaba el gozo á vista de aquellos viles cortesanos que poco antes le injuriaban como á un miserable forjador de proyectos y entonces deslumbrados con la brillantez de su triunfo y la gloria asociada á su nombre, procuraban en vano ocultar su vergüenza y obtener el perdón de sus ofensas, con los homenajes que le prodigaban.

El rey, con seductoras ofertas propuso á Colón el quedarse al servicio de Portugal: en aquellas circunstancias no hubiera creído cara la adquisición de semejante hombre, aun á costa de la mitad de su reino; pero el Almirante, fiel al Gobierno español, se despidió del monarca en otra en-

trevista en que éste volvió en vano á dar otro ataque á su fidelidad.

Embarcóse en la nave, compuesta durante su permanencia en Lisboa, en donde salió con ánimo de entrar en el mismo puerto español de que había partido para ir en busca del Nuevo Mundo. Entró efectivamente en el puerto de Palos el 15 de Marzo de 1493, después de un viaje que había durado siete meses y once días.

## IV

Regreso de Colón al puerto de Palos.—Su entrada triunfante en Barcelona.—Honores extraordinarios que recibe en la corte de España.—Ejecutoria de nobleza.—Embajada española á Roma.—Bula de Alejandro VI.—Nueva expedición.—Salida de Cádiz.—Descubrimiento de la Dominica y la Guadalupe.—Antropófagos.—Vuelta de Colón á Haití.—Desastre del primer establecimiento español.—Fundación de la Isabela.—Trama contra Colón.—Descubrimiento de la Jamaica.—Pesca singular.—Visita y discurso de un cacique.—Enfermedad de Colón.—Vuelve á encontrar á su hermano.—Preparativos de guerra contra los españoles.

Sólo los indicios de que volvía la carabela de Colón, habían hecho que todos los habitantes de Palos volasen al puerto, para asegurarse por sí mismos de la realidad de un suceso que no acababan de creer y que debía excitar en el más alto grado su entusiasmo y alegría. Cuando la nave se fué acercando lo suficiente para que pudiesen conocer á sus parientes y amigos, cuya vuelta era en cierto modo inesperada, por-

que habían salido acompañados de los más tristes presagios y funestos presentimientos, muchos gritos de alegría resonaron en los aires. Vefase á la multitud extender sus brazos hacia aquellos hermanos, aquellos compatriotas restituidos á la gratitud de su país, al afecto de sus familias, y lágrimas de ternura corrían de todos los ojos.

El Almirante desembarcó al son de las salvas de artillería, de todas las campanas echadas á vuelo, y de los vivas de la muchedumbre; pero bien pronto tuvo que sustraerse á las estrepitosas demostraciones del entusiasmo general, para presentarse en Barcelona donde la corte se hallaba por entonces. En cuanto á Pinzón, las narraciones de los diferentes historiadores son muy contradictorias respecto de este oficial, que había tomado tanta parte en la expedición.

Según algunos escritores, Pinzón, separado del Almirante por el temporal delante de las Azores, ó extraviado de intento, entró en el puerto de Palos poco después de



---

la llegada de Colón: otros historiadores pretenden que habiéndosele adelantado, llegó unos días antes á las costas de Galicia y desembarcó para ir prontamente á la corte, con el objeto de ser el primero que anunciase las importantes nuevas de los descubrimientos con que se había distinguido la expedición, pero que el rey Fernando, desaprobando altamente esta conducta desleal, le había intimado que no se presentase en la corte sin venir acompañado de Colón. Aquel hombre orgulloso, recibió tal pesadumbre con esta orden que así desconcertaba los cálculos de su ambición, que á los pocos días fué acometido por una enfermedad que puso fin á su existencia (1).

En todas las poblaciones por donde pasaba Colón para ir á Barcelona, salían los

---

(1) Sábese positivamente que Pinzón llegó á Bayona de Galicia y de allí se trasladó á Palos, donde murió á pocos días. La desaprobación de su conducta por el rey Fernando no tiene fundamento.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

habitantes á su encuentro, y su nombre volaba de boca en boca, repetido por la admiración. En fin, llegó á la capital de Cataluña, donde Fernando é Isabel le esperaban con la mayor impaciencia: habían dado orden de que la corte saliese á recibirle y tributarle el homenaje de su respeto. Apenas el Almirante podía abrirse paso por las calles atestadas de curiosos que se estrechaban por verle.

Rompían la marcha los indios que Colón había traído de las islas nuevamente descubiertas, los que iban vestidos á la extraña usanza de su país. Después era conducido cuanto oro se había embarcado, ya en forma de adornos, de hojas, ó en granos. Seguían algunos hombres con ejemplares de todas las producciones de la naturaleza y el arte que se habían recogido en el Nuevo Mundo. Esta colección tan interesante y tan nueva para los europeos, se componía de ovillos de algodón, cajas de pimienta, papagayos encaramados en cañas de veinticinco piés de alto, cuadrúpe-

dos, aves disecadas y otra multitud de objetos nunca vistos en Europa. En fin, presentábase el mismo Colón, atrayendo hacia sí todas las miradas de los asombrados espectadores, porque él era el primer personaje de aquella imponente escena, el héroe de aquella fiesta nacional.

Fernando é Isabel, su esposa, para dar al Almirante una solemne prueba de su estimación y agradecimiento, le esperaban en un trono magnífico, levantado en medio de la plaza. Adelantóse el Almirante, y conforme á la etiqueta, quiso arrodillarse á los piés de los Reyes; pero Fernando se lo estorbó, y dándole su mano á besar, le invitó á que tomase asiento en el sillón que le estaba preparado. Hízolo así el Almirante, y con aquella modesta sencillez que no excluye la dignidad, relató minuciosamente sus descubrimientos y acabó por manifestar las producciones que traía. Mientras hablaba, la sorpresa y la admiración se pintaban en el rostro de cuantos podían escucharle, y ya había cesado de

hablar, cuando todavía le estaban escuchando.

Apenas acabó su relación, los dos soberanos, y á su ejemplo todos los espectadores, se hincaron de rodillas, para entonar un cántico sagrado, dando gracias á Dios por un suceso que iba á ser para la España el origen de grandes venturas. Después los católicos Reyes colmaron de honores al Almirante, confirmaron del modo más solemne todas las recompensas que le habían prometido antes de su partida y le concedieron ejecutoria de nobleza para él y toda su familia. Siempre que el rey Fernando salía á caballo, llevaba á la derecha al príncipe su hijo y á Colón á la izquierda. A ejemplo del monarca, todos los grandes se mostraban solícitos en festejar al Almirante, virrey de las Indias. El cardenal de España, Pedro González de Mendoza, prelado tan distinguido por su mérito como por su rango y estirpe, fué el primero que houró á Colón en un festín, en el que no sólo se le reservó el primer lugar, sino que

---

sólo se le sirvieron manjares probados y en platos cubiertos: esto fué observado por todos los señores, que á su vez convidaron al Almirante á unos banquetes en que se advertía una singular rivalidad de magnificencia.

Tampoco fueron olvidados los dos hermanos del Almirante, Bartolomé y Diego; aunque ausentes de España, participaron de las liberalidades del monarca, que les concedió el título de *Don* y brillantes escudos de armas para toda la familia.

No descansaba el rey Fernando hasta obtener la sanción del Soberano Pontífice, para la posesión de los países descubiertos y de los que Colón pudiera aún descubrir. Envió al instante un embajador á Roma, para pedir al Papa la investidura de aquellas comarcas en favor de los españoles, con exclusión de las demás naciones, solicitando que esta concesión fuese á la vez exclusiva y hereditaria.

Alejandro VI, que ocupaba entonces la silla pontificia, tiró en el mapa-mundi una

---

línea recta desde uno á otro polo á cien leguas de las Azores y á la misma distancia del Cabo Verde, y declaró que sólo al rey de España pertenecería todo el territorio que pudiera encontrarse más allá de esta línea hacia el Occidente.

Para explicar la petición de Fernando y la respuesta del Soberano Pontífice, es preciso trasladarse á la época del descubrimiento del Nuevo Mundo y consultar la historia. Entonces los Papas, en virtud de su gran poderío, gozaban una autoridad ilimitada y el privilegio de disponer de todo el universo como vicarios de Jesucristo: prerrogativa consagrada, en cierto modo, por el tiempo, la tradición y el dominio del sentimiento religioso, ante el que es nula la política de los gobiernos de Europa. Antes de juzgar estos hechos y condenarlos, es indispensable examinarlos bajo su aspecto histórico, estudiando la época á que pertenecen, el estado de la sociedad, las creencias y costumbres que la dominaban con su irresistible influencia.

---

Así, en la bula de Alejandro VI se dice: que el Pontífice concede al rey de España las islas y tierras descubiertas ó que de nuevo se descubriesen, y el acta solemne de investidura ó más bien donación estipula que el Santo Padre da á Fernando estas islas y tierras, con sus señoríos, ciudades, castillos, lugares, aldeas, derechos, jurisdicciones y demás propiedades y dependencias, por la autoridad de Dios Todopoderoso, de la que el Papa goza en este mundo como vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Según algunos historiadores, Fernando envió el embajador á Roma, para asegurarse la mediación del Soberano Pontífice en las competencias que los nuevos descubrimientos podrían suscitar entre España y Portugal, interesando así á la Santa Sede á favor del Gobierno español. Bien puede ser que Fernando llevase esta mira secreta; pero no se debe olvidar que se honraba con el título de *Católico*, como un testimonio de su piedad, y que este príncipe se

dispensaría menos que ningún otro de cumplir, respecto del Santo Padre, lo que él consideraba como su primer deber de cristiano y de monarca.

Entre tanto se hacían los preparativos de otra expedición con tal actividad y prontitud, que en breve tiempo se hallaron en el puerto de Cádiz diez y siete embarcaciones prontas á hacerse á la vela para el Nuevo Mundo. Personas de todas las clases de la sociedad se disputaban el favor de embarcarse y tomar parte en una expedición que prometía á la vez riquezas y gloria: ni faltaba quien había formado el proyecto de establecimientos en los países nuevamente descubiertos. Colón no podía llevar consigo á todos los que se presentaban, y escogió mil quinientos, tomando las precauciones necesarias, para que las naves fuesen provistas de todos los objetos indispensables al viaje y al establecimiento de muchas colonias. Nada olvidó la previsión del Almirante, así es que en los navíos iban herramientas é instrumentos de toda clase,



---

embarcando también muchas especies de cuadrúpedos desconocidos en el Nuevo Mundo, como caballos, asnos, toros, vacas, etc., y semillas de todos los vegetales á quienes la temperatura del clima pudiese convenir.

Por lo demás, persistiendo en la opinión de que las tierras nuevamente descubiertas eran una parte de la India, que según estas erróneas suposiciones debía llegar hasta aquellos países, la distinguió de la India ya conocida con el nombre de Oriental, dando á esta otra el de Occidental, porque los navíos que van desde Europa tienen siempre que navegar hacia el Occidente; sin embargo, esta denominación no se ha extendido á toda la América, sino á las islas situadas en el anchuroso golfo de Méjico.

Terminados los preparativos, la flota salió del puerto de Cádiz el 25 de Setiembre, y como en su primer viaje, Colón se dirigió desde luego á las islas Canarias, donde ancló el 5 de Octubre. Hizo provisión de

---

agua, de madera y ganado, principalmente de cerdos, y continuó su ruta con viento favorable que le permitió caminar ochocientas leguas marinas en veintiocho días. El 26, después de su salida de España, la flota fondeó delante de una isla, á la que puso el nombre de Dominica, porque la había descubierto en domingo, día que en latín se llama *dies dominica*, es decir día del Señor, ó *dies solis*, día del sol. La Dominica es una de las pequeñas Antillas ó islas de los Caribes.

No siendo bastante cómoda la rada de esta isla, el Almirante volvió á hacerse á la vela, y no tardó en descubrir sucesivamente muchas islas, siendo las más considerables la Mari-Galante y la Guadalupe, que hoy día pertenece á los franceses. Dió el nombre de Guadalupe á la segunda de estas islas, porque había prometido á los frailes de un convento de esta advocación, ponerse á alguna de las islas que pudiese descubrir. De este número fueron también la Antigua, Puerto Rico y por último San Martín.

---

La costa de la Guadalupe ofreció á los españoles el magnífico espectáculo de una cascada, cuyo ruido se oía á tres leguas de distancia. La formaba una tela de agua que saltaba desde un peñasco agudo y muy elevado. Al principio ningún habitante se descubría en la isla, porque todos habían huido de sus cabañas; pero Colón envió tras ellos algunos soldados que consiguieron atrapar dos indios jóvenes, que dijeron no ser de aquella isla, sino de otra donde habían sido cogidos para traerlos á la Guadalupe. También vinieron seis mujeres á implorar el socorro de los españoles, diciéndoles que eran cautivas y estaban condenadas á perpetua servidumbre. Por estas mujeres supieron los españoles estremecidos la horrible costumbre de los habitantes de la isla: asaban y se comían todos los prisioneros que hacían en la guerra y se guardaban sus mujeres como esclavas. Así los dos indios como las mujeres suplicaron tanto á Colón que los llevara consigo, que no pudo resistir á sus ruegos y á sus lágrimas.

---

Abordando á otras islas, Colón quedó cerciorado de la veracidad de estas mujeres y del cacique Guakanahari, que antes que ellas ya había dado al Almirante noticias del carácter belicoso y ferocidad de aquel pueblo. Casi en todas las partes donde se presentó fué recibido como enemigo, y casi en todas también halló restos de aquellos abominables festines, y las cabañas de aquellos antropófagos sembradas de huesos y calaveras humanas. Huyendo de tan horrible espectáculo é impaciente por encontrar á los españoles que había dejado en Haití, Colón se alejó prontamente de estas islas, donde habían sido infructuosas todas sus tentativas, para restablecer relaciones amistosas con los indígenas. Continuó su rumbo hacia la colonia, y ancló el 21 del mismo mes en una rada, á distancia de una jornada del fuerte de Natividad.

Colón envió á tierra algunos españoles, que volvieron apresuradamente á decirle como á poca distancia de la costa habían

encontrado dos cadáveres con una soga al pescuezo hecha de corteza de árbol, y atados á un pedazo de madera labrada, en forma de cruz. No podían decir si eran europeos ó indios, porque el estado de putrefacción en que se hallaban los dos cadáveres, los había dejado enteramente desfigurados.

Alarmado con esta noticia, Colón sospechó la horrible verdad y corrió á ponerse á la altura de Natividad, es decir frente al punto de la costa en que se elevaba el fortín que había mandado construir. Apenas estuvo delante del fuerte, se metió en la chalupa y saltó en tierra; pero ¡cuál fué su espanto al buscar en vano á los españoles que había dejado en la isla! En el sitio del fuerte no había más que ruinas, descubriéndose por aquí y por allá jirones de vestidos españoles, y fragmentos de armas y utensilios. Bastaba este espectáculo para dar á conocer lo sucedido durante su ausencia: once cadáveres, hallados á poca distancia del fuerte, con todas las señales de una muerte violenta, ya no dejaron duda al

Almirante de cuál había sido la suerte de los desgraciados colonos.

Los españoles, lamentando la suerte de sus compañeros, prorrumpían en gritos de venganza contra sus asesinos, y aun se preparaban á ejercer con los naturales del país terribles represalias, cuando el hermano de Guakanahari se presentó á dar cuenta al Almirante de la catástrofe de la colonia. He aquí los hechos principales que contó:

«Apenas el Almirante se hizo á la vela para volver á España, cuando los españoles que había dejado en la isla, olvidaron los consejos y órdenes que les había dado antes de embarcarse. Hábiales él recomendado particularmente mantener á los naturales en aquel profundo respeto que desde un principio había sabido inspirarles, pero lejos de esto, provocaron el odio é indignación de los indios con vejaciones é injusticias de todo género. En vano su comandante quiso traerlos á mejor camino por su propio bien, haciéndoles entender los gra-

ves peligros á que se exponían por su culpable conducta. Se hicieron sordos á sus exhortaciones, despreciaron sus amenazas y recorrieron la isla, sin irse á la mano en sus rapiñas, contando con su impunidad y la paciencia de los habitantes.

La parte sometida al cacique de Cibao, fué el blanco principal de sus excursiones, atraídos por el oro que de allí sacaban. El cacique sufrió por algún tiempo estas violencias sin quejarse; pero irritado al fin por la conducta de los extranjeros á quienes la codicia hacía crueles, se armó para rechazarlos y escarmentarlos. Los españoles, sorprendidos por las tropas de Cibao, en el momento en que más dispersos y descuidados estaban, trataron de refugiarse al fuerte que fué invadido y entregado á las llamas: unos murieron defendiéndose y otros pocos que trataron de salvarse en una pequeña embarcación, perecieron en el seno de las aguas.»

Tal fué en sustancia la narración del hermano de Guakanahari, añadiendo que

éste, siempre amigo de los españoles, á pesar de los insultos y malos tratamientos que había recibido de ellos, había tomado las armas para defenderlos al ser atacados por el cacique de Cibao, y que en esta defensa había recibido una herida de la que aún estaba padeciendo.

Los soldados de Colón tenían sus dudas acerca de la veracidad de esta narración y querían tomar venganza de la muerte de sus compatriotas, haciendo una guerra de exterminio á todos los indios; pero la prudencia y humanidad del Almirante estorbaron este designio. Hízoles ver que la seguridad del nuevo establecimiento y los intereses de la España exigían que se procurase volver á ganar la confianza de los indios, haciéndoles olvidar los agravios de que pudieran quejarse. Recomendó á sus súbditos la dulzura y probidad en sus relaciones con los indígenas, y pasó á visitar al cacique Guakanahari. Encontrólo, en efecto, padeciendo de resultas de una herida que no parecía hecha con arma europea, sino



con alguna espada de madera. Por lo demás, la relación de este cacique, hecha con la mayor confianza y franqueza, era en un todo conforme á la de su hermano.

Guakanahari, para dar otra prueba de su adhesión á la causa de los españoles y su cariño á su noble jefe, regaló al Almirante ochocientas conchitas de gran valor entre los indios, cien placas de oro y tres calabazas llenas de granos del mismo metal, pesando todo cerca de doscientas libras. Colón correspondió por su parte dando al cacique toda clase de frioleras de fábrica europea, tan apreciadas por el cacique como los regalos que acababa de ofrecer.

Después de esta entrevista, de la que Colón quedó muy satisfecho, llevó á sus compañeros á otro paraje de la isla más agradable, más sano y más á propósito que el sitio que dejaban, para fundar junto á la desembocadura de un río una ciudad regular, rodeada de fortificaciones, en la que los españoles pudiesen establecerse con seguridad y vivir en habitaciones sanas y cómodas.

Todos cuantos habían tomado parte en la expedición la tuvieron que tomar en la construcción de la nueva ciudad, siendo Colón el primero á dar el ejemplo de una actividad infatigable. Gracias á este curso de todos los esfuerzos y al ardor que el Almirante supo comunicar á sus compañeros, la primera ciudad que los europeos han edificado en el Nuevo Mundo estuvo acabada en muy poco tiempo. Colón quiso que se llamase Isabela, en honor de su soberana.

Estaban, sin embargo, muy disgustados los conquistadores de aquel nuevo universo, que ni habían previsto la necesidad de la vida laboriosa á que los condenaba Colón, ni se esperaban estar sujetos á un trabajo fatigante bajo un cielo más ardoroso. Aquella continuidad de perseverantes esfuerzos provocaba murmullos y la expresión del mal humor. Una triste realidad había disipado sus ilusiones y dejado fallidos los cálculos de su avaricia. La esperanza de hallar inmensos tesoros y gozar las delicias de una

---

vida opulenta, era la que había traído al Nuevo Mundo á la mayor parte de aquellos hombres; mas en lugar de aquel voluptuoso descanso, de aquella felicidad que sólo había existido en los sueños de su imaginación, sólo encontraban penosos trabajos, expuestos á los ardores de un sol devorante y á todos los peligros de un aire insalubre que los diezaba con crueles enfermedades. Afli-gían, sobre todo, á aquellos europeos, acos-tumbrados á todas las comodidades de la vida, las privaciones que les amenazaban, el recuerdo de la posición que habían abandonado por venir en busca de aventuras, y la incertidumbre de la suerte que les espe-raba. ¿Dónde estaban aquellos montes de oro que se habían prometido? Ni aun les era permitido ir á buscarlos, porque Colón había prohibido visitar el interior del país hasta que la ciudad estuviese acabada.

A estos principales motivos del descon-tento general se agregaban cada día nue-vas quejas de la severidad de Colón, viniendo á parar todo ello en una conspiración

---

contra la vida del Almirante. Estaba pronta á estallar, cuando fué descubierta, y de los culpables unos fueron castigados en el acto, para precaver otras maquinaciones por miedo del castigo riguroso, y otros fueron embarcados para España, donde los habían de juzgar. Al mismo tiempo escribió al rey Fernando una carta en que le pedía encarecidamente le enviase cuanto más antes nuevos refuerzos de tropas y provisiones, para facilitar la ejecución de sus grandes proyectos.

Una distracción era el mejor remedio de conjurar los efectos del espíritu de rebelión, que tan fatales progresos hacía entre los españoles. Colón, comprendiendo la necesidad de ocupar á los descontentos, escogió cierto número de ellos para que le acompañasen á lo interior del país. Esta determinación tenía además el objeto de convencer á los indios de la superioridad de un ejército europeo.

Púsose, pues, en marcha á la cabeza de su tropa, que avanzaba en buen orden, bande-

ras desplegadas y al compás de una música guerrera. Al mismo tiempo mandó ejecutar á sus soldados, principalmente á los de caballería, maniobras que excitaron en el más alto grado la sorpresa de los indios. Como era la primera vez que veían los caballos, se creyeron que caballo y jinete formaban un solo cuerpo, y júzguese, por tanto, cuál sería su espanto á vista de un monstruo, mitad hombre y mitad cuadrúpedo. Casi todos los salvajes huyeron á sus cabañas, y su sencillez era tan grande, que atrancando las puertas con cañas, se creían resguardados del ataque del monstruo.

El 12 de Marzo salió Colón de la Isabela, donde quedaba su hermano Diego para mandar en lugar suyo. La tropa llevaba los materiales necesarios para la construcción de un fuerte, que el Almirante se proponía levantar en la provincia de Cibao, así llamada por los isleños á causa del terreno formado de montañas pedregosas y de rocas, llamadas *ciba* en el idioma del país.

El primer día de expedición no se anduvo

más que tres leguas hasta llegar al pié de una montaña muy escarpada. Los indios súbditos del cacique Guakanahari, que servían de guías á los españoles, entraban sin ceremonia en todas las cabañas que encontraban al paso, y se apoderaban de cuanto les hacía falta á vista y paciencia de los propietarios, que no manifestaban la menor sorpresa. Parecía que todos eran bienes comunes entre aquellos isleños, que tal vez nunca se habían visto.

El rico país de Cibao llamaba la atención de los españoles, no sólo por sus tesoros, sino porque su cacique era el que se había distinguido tan cruelmente contra los primeros colonos. Dirigieron su marcha hacia este punto, y bien pronto conocieron que no les habían engañado en sus narraciones los habitantes de la isla. Ninguna mina había abierta en el país, porque los indios nunca se habían dedicado á las fatigas de penosas adquisiciones y los trabajos de explotación para procurarse un metal que les era casi inútil; pero en todos los

arroyos relucían chispitas y arenillas de oro que las aguas habían desprendido de las montañas, lo que probaba que en ellas se contenía en gran cantidad.

El primer cuidado de Colón, fué que se construyese un fuerte en aquella comarca, para estar seguro de su posesión. Después de haber guarnecido este fuerte, se apresuró á dar la vuelta para anunciar tan felices nuevas á la colonia; pero cuando llegó á ella la encontró en la situación más deplorable.

Habíanse acabado todos los víveres, y amenazaba el hambre, porque no había habido tiempo para cultivar los campos. Las enfermedades propias de los terrenos cálidos é incultos habían acometido á todos los colonos, que esperaban morir víctimas del hambre ó del contagio. Todos lamentaban las funestas consecuencias de la locura que les había hecho perder su salud, sus bienes y su patria, para venir á buscar la muerte bajo un cielo extranjero: todos colmaban de maldiciones á los autores de su

---

miseria, á los impostores, que trazándoles el falaz aunque seductor cuadro de las ventajas que reportarían en aquellas nuevas comarcas, los habían comprometido en tan fatal empresa. El jefe de los descontentos era un eclesiástico que había venido de España como capellán de la armada, el cual creía hallar alivio de sus males y desahogo de su pena en sus violentas declamaciones contra el Almirante (1).

Colón, amaestrado ya contra esta clase de insurrecciones, y familiarizado con los peligros en tantos como había corrido, encontró en su experiencia y en su firmeza los medios de contener la rebelión y triunfar de ella. Uniendo la prudencia á la energía, la severidad á la moderación, consiguió restablecer la tranquilidad, y después

---

(1) Era este eclesiástico Fr. Bernal Buil, delegado apostólico. El Rdo. P. D. Fidel Fita ha escrito su justificación (*Boletín de la Academia de la Historia*) que puede condensarse en pocas palabras. Los reyes aprobaron su conducta, desaprobando la de Colón.  
—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



de haber tomado las medidas conducentes para que fuese duradera, resolvió ir en busca de nuevos descubrimientos, escogiendo á su hermano Diego para que gobernase durante su ausencia.

Se hizo á la vela con un navío y dos chalupas, dirigiéndose hacia el Poniente. El descubrimiento más importante que hizo en este nuevo viaje fué el de la Jamaica. Ancló á la altura de esta isla, y envió las chalupas tripuladas por hombres armados, para que sondeasen distintos puntos del puerto y viesen si el agua tenía la profundidad suficiente para sostener navíos.

Apenas las chalupas se acercaron á la costa, se vieron rodeadas de una multitud de indios, que en sus canoas trataban de impedir el desembarco de los españoles. Estos emplearon en vano los medios de la persuasión para hacerles renunciar á su proyecto hostil, y viendo que no aprovechaban, les enviaron una granizada de flechas que los hicieron huir en todas direcciones. En aquella época el uso del fusil

no se había generalizado en los ejércitos europeos, en los que muchos soldados conservaban el arco, como principal arma ofensiva y defensiva. El Almirante entró en seguida en el puerto, que se había juzgado practicable, á fin de reparar sus naves que habían padecido alguna cosa: hizo después algunas excursiones por lo interior del país, que por la naturaleza de su suelo y su fertilidad, le pareció todavía más ventajoso que la isla Española, por lo que tomó posesión de la Jamaica en nombre del rey de España.

Desde esta isla navegó hacia Cuba para asegurarse de si en efecto era una isla ó parte del continente. Desde este momento empieza para él una nueva carrera de peligros y de padecimientos, en cuya comparación le parecieron insignificantes los sufridos hasta entonces. Tan pronto necesita todo su valor y sangre fría para resistir á las terribles tempestades que le asaltan en los sitios más peligrosos de un mar desconocido: tan pronto se ve encerrado entre

---

rocas y bancos de arena con riesgo de que las naves se vayan á pique de un momento á otro. Encontrábase á veces en baja mar en el momento en que las embarcaciones hacían tanta agua, que todo el equipaje, dando sin cesar á la bomba, podía apenas sostenerlas á flor de agua. Unas veces tenía que sufrir, lo mismo que sus compañeros, el suplicio del hambre y la sed, y cuando por una feliz casualidad, conseguían procurarse algunos refrigerios, él era siempre el último á aprovecharse de ellos, porque olvidado de sí mismo, no pensaba más que en aliviar las penas de sus compañeros. Otras veces tenía que mitigar el descontento de aquellos hombres, que fuera de sí en momentos de desesperación, prodigan á su jefe injustos cargos y amargas recriminaciones, aunque él sea el primero á sufrir todas sus penalidades. Este grande hombre, sereno é inalterable en las más críticas situaciones, se esfuerza con sus palabras y su ejemplo á restituir el valor y la esperanza á sus compañeros,

---

justificando de este modo la verdad y la exactitud de este bello pensamiento de un antiguo escritor. «No hay espectáculo más sublime que el de un hombre animoso luchando con la adversidad.»

Los habitantes de Cuba, donde Colón desembarcó algunas veces, le enteraron de que aquélla era una isla tan abundante en ciertos sitios de pájaros y mariposas, que oscurecían el aire interceptando los rayos del sol aun en los días claros. Al Norte de la isla, el mar estaba sembrado de islotes, á los que dió el nombre de Jardín de la Reina. Navegando un día entre estos islotes, encontró una canoa de pescadores que llamaron su atención por el raro modo que tenían de pescar. Se valían de unos peces llamados *reves* que tienen los dientes muy cortantes; les ataban á la cola una especie de soguilla bastante larga y luego los echaban al mar. Así que uno de estos pescados encontraba á otro, se le agarraba con los dientes, y los pescadores le sacaban del agua con su presa. De esta suerte pillaron

delante de los admirados españoles una tortuga que pesaba cien libras, á la que el *reve* se había agarrado con tal fuerza que se la trajo consigo hasta la canoa.

(Apenas los pescadores divisaron las chalupas que precedían al navío, hicieron señas á los españoles de que esperasen, lo mismo que si los hubiesen conocido toda su vida. Hízose lo que pedían; mas apenas se hubieron apoderado de la tortuga, vinieron á ofrecérsela al Almirante, que agradecido á esta atención, les regaló algunas baratijas de las que ellos recibían con tanto placer.

Mientras que los marinos españoles reconocían estas islas, presenciaron un fenómeno que no sabían explicar: la superficie del mar se presentaba matizada de verde en un paraje, blanca como la leche en otro, y más allá negra como la tinta.

En fin, después de una navegación larga y peligrosa al través de rocas y bancos de arena, anclaron de nuevo en la costa de Cuba, donde desembarcaron. Al tiempo

---

que se celebraba misa en un altar levantado en la playa, llegó un viejo cacique, que se puso á examinar curiosamente la ceremonia, guardando un respetuoso silencio durante ella. Acabada la misa, presentó al Almirante diversos frutos de la isla, y sentándose en el suelo, acercando las rodillas á la barba, dirigió á Colón un discurso que los intérpretes tradujeron en estos términos: «Desde que has venido con una tropa de hombres armados á estas comarcas que te eran desconocidas, el espanto reina entre nosotros: has de saber, sin embargo, que reconocemos en la otra vida dos lugares adonde las almas deben ir después de nuestra muerte: uno terrible y tenebroso, está reservado á los hombres malos; el otro, mansión de eternas delicias, es para los que quieren la paz y felicidad de sus hermanos. Si tú crees que has de morir algún día, si tú crees que después de esta vida te será devuelto el bien ó el mal que hayas hecho durante ella, espero que no harás mal á los que no te le hacen á ti. Si

he de juzgar por lo que acabo de ver, que es muy loable, tú no tienes malas intenciones, tú has querido solamente dar gracias á Dios.»

Colón le respondió que tenía la mayor satisfacción al saber creían en la inmortalidad del alma: que él no había venido á aquellas tierras para hacer mal á los pueblos que las habitaban, sino que, por el contrario, había sido enviado por el rey de España, su amo, para que la paz reinase entre todos los habitantes de las islas, y para que dondequiera que hubiese hombres crueles y enemigos de sus hermanos, como eran los caribes, los obligase á ser más humanos y á renunciar á sus bárbaras costumbres. Esta respuesta, explicada al cacique, le enterneció, y en la efusión de su sensibilidad, aseguró al Almirante que le seguiría de buena gana á España, si el cariño á su esposa y á sus hijos no le retuviese en el país. Colón le hizo después algunos regalos, que él recibió tan agradecido como admirado, y concluyó por hin-

carse de rodillas, preguntando una y más veces si aquellos extranjeros no habían bajado del cielo para visitar la tierra.

Entre tanto la salud de Colón se resentía de tantos trabajos, fatigas y pesadumbres; un abatimiento total, acompañado de continuo insomnio, le hizo bien pronto perder la memoria, y desesperado de su curación, fué preciso volverle cuanto más antes á la Isabela. Una dicha imprevista le esperaba á su arribo á la nueva ciudad: encontró en ella á su amado hermano D. Bartolomé, que había traído de España los socorros reclamados con tan vivas instancias por el Almirante. Como este era un doble motivo de alegría, contribuyó eficazmente al restablecimiento de la salud de Colón.

Estos dos hermanos, unidos por los lazos del más tierno afecto, estaban separados hacía ya trece años, durante los cuales no habían tenido noticia uno de otro, ni habían podido comunicarse mutuamente cuál era su suerte. Bartolomé, como ya queda dicho, había ido á Inglaterra para



someter los planes de Cristóbal al soberano de aquel reino. Después de negociaciones siempre entorpecidas ó suspensas por causas de distinta naturaleza, Bartolomé había conseguido al fin que fuese aceptada su propuesta. Lleno de ardor y de esperanza volvía á España á traer á su hermano tan feliz noticia, cuando al pasar por Francia, supo que Cristóbal Colón había ejecutado ya la grande empresa, de cuyos peligros y gloria debía haber participado Bartolomé. Cuando éste llegó á Cádiz, Colón había partido ya para su segunda expedición.

Invitado por el Rey á presentarse en la corte, fué recibido de la manera más honrosa; y como por los pliegos de Colón ya se supiesen sus apuros y necesidades, fué elegido por Fernando para llevar socorros al Almirante. La llegada de su hermano salvó á la colonia de la ruina á que la precipitaban el desorden y anarquía que habían reinado durante la ausencia de Colón. Margarita, á quien Colón había confiado el mando de las tropas, se había rebelado, y

---

no pudiendo realizar sus proyectos contra el Almirante, se había escapado á España con el P. Buil, su cómplice, en uno de los navíos de la flota. Las epidemias, tan comunes en el país, habían reducido á una tercera parte los habitantes de la colonia. Las tropas se habían desbandado en pequeñas partidas, que recorriendo el país hicieron tales violencias á los habitantes, que les obligaron á tomar las armas para castigar á los autores. El levantamiento era casi general, y ya algunos españoles habían sido víctimas, sorprendidos por los indios.

Tan tristes sucesos debían precipitar la ruina de la naciente colonia, porque los indios, pacíficos hasta entonces, empezaban á conocer el porvenir que les estaba reservado, y se estremecían ante la horrible perspectiva de la esclavitud y del hambre con que les amenazaba la dominación española. Acostumbrados á una vida indolente, se contentaban para su alimento con un puñado de maíz ó con la fécula del

*casabe* (1), planta cuya raíz, análoga á la de la remolacha y el nabo, produce después de pelada una sustancia harinosa. Comparando su frugalidad con el apetito de los españoles, cada uno de los cuales comía por cuatro indios, no veían en aquellos europeos más que unos comedores insaciables, á quien el hambre había arrojado de su país después de agotar sus producciones. Deducían de aquí, que los víveres de su isla no tardarían también en ser devorados por aquellos huéspedes tan glotonos, cuya fatal presencia era el presagio de un hambre inminente.

A estas consideraciones, que bastaban ya para convencer á los indios de la necesidad de sacudir el yugo, se agregaban las violencias de los españoles, que acabaron de determinarlos contra sus opresores: acudieron por fin á las armas, y reuniéndose á las órdenes de un cacique formaron un ejército considerable.

---

(1) *Yuca* se llama la planta; *casabe* es la sustancia farinácea que de ella se extrae.

Cuando Colón volvió á la Isabela, se preparaban á la guerra por una y otra parte: el pueblo haitiense todo entero, á excepción del cacique Guakanahari, fiel á la causa de los españoles, estaba sobre las armas y presentaba una masa de cien mil combatientes, prontos á exterminar aquel puñado de extranjeros que con su conducta habían agotado su paciencia.

No dieron á Colón tanto cuidado los peligros que semejante coalición podía acarrear al establecimiento español, como las injusticias y excesos que habían provocado tanto odio y animosidad contra los europeos: pero había que ceder á la triste necesidad de derramar la sangre de aquellos infelices que sólo querían defender sus propiedades, su libertad y su vida. ¡Triste situación para un hombre tan generoso y humano como el Almirante, y que le inspiró amargas reflexiones la víspera de dar la batalla!

Tal era el estado de las cosas, cuando Guakanahari llegó á ofrecer su auxilio á los

españoles. La necesidad, tanto como las simpatías, comprometían á este cacique á favor de los españoles, porque el afecto que les profesaba le había hecho blanco del odio de los otros jefes indios. Colón, sin embargo, se manifestó muy agradecido á los ofrecimientos y nuevas protestas de Guakanahari, y ambos á dos fueron á ponerse á la cabeza de sus tropas y se prepararon al combate.

## V

Combate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros auxiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperación y su venganza.—El comisario Aguado. Partida de Colón á España.—Efectos del hambre á bordo.—Regreso de Colón.—Preséntase á sus jueces.—Su justificación.—Armamento de otra flota.—Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperación de los equipajes.—Los micos del Orinoco.—La boca de dragón.—Una corona de oro en la cabeza de Colón.—Fundación de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelión del juez Roldán.—Expedición de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias orientales.—Expedición de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al Nuevo Mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral.

Hemos trazado hasta ahora escenas de que la humanidad no ha tenido que lamentarse; hasta ahora la grandeza de la empresa concebida por el genio y ejecutada por la perseverancia, la gloria de este maravilloso descubrimiento, que abría nuevos caminos al comercio y á la navegación, hacían olvidar cualquier exceso cometido por

los conquistadores del Nuevo Mundo. Al seguir en sus aventuras á los españoles y á su ilustre jefe, no quedaba tiempo de apreciar ciertos hechos aislados, en los que un atento examen descubriría ya los graves é infalibles síntomas de la larga y sangrienta expiación del descubrimiento de la América.

He aquí llegado el momento en que cesan las falaces ilusiones de la gloria y el envanecimiento del triunfo: la hora postrera ha sonado para vencidos y vencedores, y el Nuevo Mundo va á ser el teatro de tragedias sangrientas, de lúgubres dramas en que la codicia representará un papel abominable. ¡Dichoso el historiador, cuando fatigado con el espectáculo de los horrores y crueldades que hacen tan penosa su tarea, pueda hallar de vez en cuando para su consuelo algunas virtudes y acciones generosas! ¡Dichoso, una y mil veces, cuando entre los dominadores del pueblo americano, encuentre un cristiano digno de este nombre, un amigo de la humanidad!

Los dos ejércitos avanzando uno contra

otro, llegaron á encontrarse, y esperaron la señal de sus jefes para empezar el combate: ¡momento terrible que decidirá de la vida de los españoles ó de la libertad de un pueblo! Por una parte están reunidos cien mil indios, armados de sables de madera, de mazas, lanzas y de flechas, cuyas puntas están formadas de espinas de pescados y pedernales; por la otra sólo se cuentan doscientos infantes y veinte jinetes, con algunos indios auxiliares mandados por Guakanahari. La desproporción es enorme; pero si los españoles no tienen la ventaja del número, la suplen con su táctica y la superioridad de sus armas: tienen además los caballos, y hasta una trailla de perros de presa, para soltarlos contra los indios desnudos, lo mismo que se sueltan contra los jabalíes y otras fieras en las cacerías de Europa. Así, por ambas partes las ventajas eran casi iguales, y era difícil prever el resultado de la batalla.

Colón resolvió diferir el ataque hasta la noche, esperando que las tinieblas aumen-



tarían el espanto que un ataque brusco é imprevisto debía causar á los indios. Como esta era buena idea, pasaron á ejecutarla, dividiendo el pequeño ejército en tres cuerpos al mando del Almirante, su hermano Bartolomé y el cacique Guakanahari. En el momento en que los indios se abandonaban á una fatal seguridad, cayeron sobre ellos, y el furor, los gritos de los españoles, el ruido de la mosquetería, el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros les infundieron tal espanto, que después de una corta y débil resistencia se entregaron á la fuga. Unos perecieron á impulso del plomo ó del hierro enemigo, otros fueron atropellados por los caballos, despedazados por los perros ó hechos prisioneros, y la mayor parte se dispersó en los bosques.

La victoria pronunció el fallo que condena todo un pueblo á la sujeción de los europeos, haciéndole humillar su cerviz al yugo y resignarse á todos los padecimientos de una horrible esclavitud. Colón, aprovechándose de su triunfo, recorrió todo el

---

país donde nadie le hizo resistencia, sometiendo en todas partes á su autoridad. Pocos meses le bastaron para dejar establecida y asegurada en aquella isla tan poblada la dominación española.

Hasta ahora la conducta de Colón ha sido digna de nuestro aprecio y admiración, acompañándole nuestra viva simpatía en sus arriesgadas expediciones al través del Océano; pero como hombre, al fin debe pagar su tributo á la humana flaqueza.

Los dos enemigos mortales del Almirante, Margarita y el Padre Buil, habían vuelto á España. Colón, que penetraba sus intenciones, sabía que la envidiosa saña de estos dos hombres no retrocedería ante ningún obstáculo para rebajar su mérito, para calumniar sus operaciones, y para desacreditar el resultado de sus descubrimientos en la corte del rey de España, cuya natural suspicacia era la más á propósito para acoger las pérfidas insinuaciones contra Colón. Debía por lo mismo conjurar y li-

---

bertarse del nublado que amagaba su cabeza, y no podía conseguirlo sino enviando á la corte de España brillantes muestras de aquellas riquezas, que en virtud de sus promesas con tanta ansia se esperaban. Para cumplir estas promesas y satisfacer la ansiedad y codicia de la corte, tuvo Colón que recurrir al medio de imponer contribuciones á los indios. Previno á los que habitaban en los parajes donde habfa oro, que le trajesen cada tres meses cierta cantidad de este metal, y los demás tenfan que traerle en el mismo plazo veinticinco libras de algodón. Esto era más de lo que podfan dar aquellos infelices, acostumbrados desde su infancia á una vida indolente, y para quienes era insoportable el trabajar como esclavos á fin de presentar el oro y el algodón, productos que debfan disminuir de día en día en virtud de las exigencias del Almirante. Quisieron sustraerse á la cruel necesidad de un trabajo que superaba sus fuerzas, y dirigieron sus quejas á Colón; pero este se mantuvo inflexible, y sus sol-

---

dados exigieron con rigor el cumplimiento de sus órdenes.

Para libertarse de un yugo insoportable, los pobres indios, aconsejados de su desesperación, tomaron una resolución extraordinaria. Exagerándose la voracidad de los españoles, creyeron que si cesaban de sembrar sus campos de maíz y de casabe, los obligarían por el hambre á salir de la isla. Hasta destruyeron las semillas ya confiadas á la tierra, y de común acuerdo se retiraron á montañas inaccesibles, donde se alimentaron por algún tiempo con frutos silvestres. Este recurso no tardó en faltarles, y entonces ellos fueron los primeros á sentir los efectos del hambre que deseaban sufriesen los demás. El hambre engendró epidemias que aumentaban el número de las víctimas, y los que escapaban de esta doble plaga quedaban tan débiles, que no podían soportar el trabajo que de ellos se exigía. En cuanto á los españoles, la desesperada resolución de los indios les causó serias inquietudes, y aun algunas priva-

ciones, mas después tomaron el partido de cultivar lo que los indios abandonaban, y las nuevas provisiones que llegaban de España los preservaron del hambre, convenciendo á los indios de que por este medio no podían sustraerse de su dominación.

Llegábale á Colón también el momento de padecer, porque había estallado la tempestad que desde lejos le amenazaba. Margarita (1) y el padre Buil habían conseguido el objeto de su viaje á España, habían trazado un cuadro tan triste y desanimador de las tierras descubiertas por Colón, habían presentado su conducta bajo un aspecto tan odioso, que la corte no pudo menos de concebir algunas sospechas. Decidióse enviar á las Indias occidentales un comisario que debía examinar el estado de las cosas, lo mismo que la conducta del Almirante y presentar su informe al rey de España.

---

(1) Mosen Pedro Margarit: también ha sido justificado por el P. D. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Una comisión tan importante exigía tanta probidad como conocimientos; pero el comisario elegido por Fernando no tenía ni una cosa ni otro. Era un tal Aguado, gentilhombre de cámara de la Reina, propuesto por los enemigos de Colón, para que, cómplice de su odio, favoreciese sus proyectos contra el Almirante.

Apenas este hombre, ufano con la autoridad de que estaba revestido, llegó á la isla Española, cuando afectando el tono y los modales de un superior para con el Almirante, tuvo empeño particular en humillarle con su desdén é insultante menosprecio. Invitó á todos los que se creyesen agraviados por Colón, para que viniesen á su tribunal á pedir justicia. Provocó, acogió con ansia todas las acusaciones contra Colón, sin someterlas á las debidas pruebas, porque no deseaba otra cosa más que acumular agravios en virtud de los cuales condenasen á Colón, cuya pérdida había jurado.

Paciencia tenía Colón, y más de una

---

prueba había dado de su constancia y longanimidad, y á pesar de todo, no pudo resignarse á sufrir las humillaciones de que Aguado le colmaba. Resolvió partir á España para informar y someter su causa á la justicia de los reyes D. Fernando y Doña Isabel, cuya buena fe habían sorprendido. Antes de embarcarse, nombró á su hermano Bartolomé, Adelantado ó Vice-gobernador, para que mandase en la isla durante su ausencia. Por desgracia estableció como jefe de la justicia á un hombre indigno de tan altas funciones y que debía abusar de la autoridad que le confería el Almirante: este hombre se llamaba Roldán.

Creendo llegar más pronto al término de su viaje, Colón navegó rectamente hacia España. Todos los marinos saben hoy día que los vientos alisios, que en estos parajes vienen siempre del Este, hacen dificultosa la navegación, y que para evitar los vientos contrarios, los navíos que vuelven de las Indias occidentales deben á lo primero dirigirse hacia el Norte. Colón

ignoraba todo esto, y su marcha era tan lenta en la dirección en que se obstinaba su inexperiencia, que al cabo de tres meses todavía se encontraba en alta mar, con las provisiones agotadas considerablemente. Fué indispensable acortar la ración todo lo posible á los hombres que venían embarcados, y Colón, para evitar quejas y murmuraciones, se sometió á las mismas privaciones que el último de sus marineros.

La tripulación, cuya rabia era excitada por el hambre, concibió la horrible idea de deshacerse de los indios que venían á bordo, arrojándolos al mar para no tener que partir con ellos los pocos víveres que habían quedado. Colón, siempre fiel á los principios de humanidad que eran la norma de su conducta, contuvo á los frenéticos contra los indios, y les hizo ver que éstos eran hombres como ellos y que participando de sus padecimientos, debían también tener su parte en el resto de las provisiones. Así consiguió avergonzar á los autores de aquel execrable proyecto, hasta que lle-



gando á las costas de España, pudo Colón presentarse al tribunal que debía fallar entre él y sus acusadores.

Presentóse á sus jueces con noble entereza, con la seguridad que infunden una causa justa y una conducta irrepreensible. Pocas palabras le bastaron para justificarse: sus jueces se avergonzaron de haber prestado oídos á la calumnia, y Colón, absuelto, hizo callar de nuevo á sus enemigos. El aborrecimiento enmudeció ante este solemne triunfo del genio y de la gloria, y cuando ostentó á vista de la corte los tesoros que había traído, Fernando y su esposa, con los nuevos honores que prodigaron al Almirante, trataron de hacerle olvidar los perjuicios de una acusación fácilmente acogida.

Apresurábanse por lo mismo, á concederle cuanto pedía y aceptar todas sus propuestas con el mismo entusiasmo de su primer regreso á España. Quería ante todas cosas que el Gobierno garantizase la subsistencia de la colonia fundada en la isla

Española, enviando muchos labradores y artesanos de todas clases, para que la colonia pudiese bastarse á sí misma y subsistir con sus propios recursos. Esta medida tan sábia fué aprobada por el Gobierno; pero otra propuesta que Colón sometió al rey Fernando no hace honor á la perspicacia del Almirante, y fué un grave error, cuyas consecuencias debían ser funestas á los países nuevamente descubiertos.

Como se temía que la considerable emigración de colonos al Nuevo Mundo, llegase á despoblar la España, aconsejó al Gobierno que transportase á la Española todos los malhechores sentenciados á la pena capital ó á galeras, para que se empleasen en beneficiar las minas de oro. Aprobado este consejo, no sólo se sacaron de las prisiones todos los criminales detenidos en ellas, sino que se previno á los tribunales que en lo sucesivo condenasen á ser transportados á las Indias Occidentales á cuantos mereciesen penas de consideración. ¿Cómo un hombre que en tantas ocasio-

nes había dado pruebas de sabiduría y habilidad; cómo es que Colón tan celoso por la futura prosperidad de los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo, no calculó el gérmen de confusión y desorden que iba á introducir la llegada de unos hombres corrompidos, y el poblar una colonia con criminales de toda especie?

Aunque eran perentorias las órdenes del monarca para el pronto abastecimiento de la flota, todavía le retardaron las intrigas de los enemigos del Almirante. Al cabo de un año apenas estaban abastecidos los dos navíos que debían llevar á la colonia los víveres y otras provisiones que tanto necesitaba, y cuando al fin estos dos navíos salieron para la Española, volvió á pasar otro año antes que pudiera hacerse á la vela la escuadra en que Colón iba á emprender sus nuevos descubrimientos.

Colón, al embarcarse para esta nueva expedición, siguió nuevo rumbo con la esperanza de encontrar por fin el continente que suponía fuese la India. Al llegar á las

---

Canarias, continuó navegando en la misma dirección hasta las islas del Cabo Verde, descubiertas por los portugueses; pero al alejarse de Canarias envió á la isla Española la mitad de la escuadra, con orden á los capitanes de los navíos de que acelerasen su marcha para llevar socorros á la colonia. Colón pasó más allá de la *Isla de la Sal*, la primera de las del Cabo Verde, y ancló cerca de una islita estéril, donde los portugueses han establecido un hospital para sus leprosos.

La fundación de un hospital en semejante paraje era debida á una circunstancia singular: las muchas tortugas que vienen de la costa de Africa á depositar sus huevos en la arena de la costa de esta isla, se dejan coger fácilmente, porque, una vez volteadas de espaldas, ya no pueden levantarse. La carne y sangre de estos animales anfibios se empleaban como remedio eficaz y probado contra la lepra; una como alimento y la otra para lavatorios. Además de las tortugas se encontraban en la isla mu-

chas cabras, que se habían multiplicado extraordinariamente desde que un portugués había llevado ocho de Europa. Por lo demás, no se encontraban árboles ni agua dulce, y los leprosos tenían que beber la llovediza que recogían en el suelo. No es, pues, de extrañar que Colón sólo encontrase allí siete personas completamente sanas.

Desde allí, determinado á no volver la proa al Oeste sin haber llegado al Ecuador ó la línea, ese círculo imaginario que divide la tierra en dos partes iguales, siguió navegando al Sur; pero cuando llegó al tercer grado de latitud septentrional, una profunda calma paralizó la marcha de los navíos. Al mismo tiempo los rayos de un sol abrasador caían á plomo sobre los hombres de la tripulación y los aplanaban con su insoportable calor que rajaba los toneles, corrompía el agua y los víveres. El terror y la desesperación reinaban en los navíos, tan ardientes, que se temía estallase en ellos un incendio. Para colmo de desdichas, en aquellos momentos de crisis y espanto para

los equipajes, Colón empezó á sufrir los vivos dolores de la gota, consecuencia de sus fatigas y vigiliass.

Al fin el cielo, apiadado de tantos padecimientos, envió una lluvia tan abundante que era casi imposible estar sobre cubierta. Esto en poco disminuyó el calor sofocante; pero al menos los españoles pudieron renovar su provisión de agua. Cesó también la calma que encadenaba en cierto modo los navíos, y la esperanza volvió á renacer en aquellos hombres, cuya vida iba á extinguirse entre las convulsiones de una larga agonía. Suplicaron entonces á Colón que renunciase á su proyecto de navegar hacia el Sur, y, vencido por sus instancias, se dirigió hacia el Oeste.

Después de algunos días de navegación, los gritos de ¡tierra! ¡tierra! resonaron en las gaviass, y fueron repetidos por las tripulaciones. La isla que aparecía en el horizonte se presentaba en forma de tres montañas, por cuyo singular aspecto se le dió el nombre de Trinidad, que hoy conserva.

---

Está situada cerca del desembocadero del Orinoco, donde se encuentran micos muy raros, que se pillan del modo siguiente: Cuando los cazadores divisan algunos de estos animales en lo alto de un árbol, colocan al pie una vasija, en la que han puesto maíz. Apenas se han apartado de allí, baja un mico del árbol y mete una mano en la vasija, de donde no puede sacarla con el puño cerrado, porque le tiene lleno de maíz. Vienen entonces los cazadores y pillan al animal, cuya golosina es tal, que antes se deja coger que soltar el maíz que tiene agarrado.

El Orinoco es un río que, á cierta distancia de Trinidad, desemboca en el mar con tal ímpetu, que hace muy peligrosa la navegación. Las olas, aglomeradas, chocan y se estrellan unas con otras, y, ¡desgraciado el navío que se deja arrebatado por aquel torbellino, porque se expone á ser hecho pedazos! Las naves de Colón corrieron este peligro, envueltas en aquella lucha espantosa de las olas, tan pronto levantadas has-

ta el cielo, tan pronto hundiéndose en el abismo.

Colón necesitó toda su habilidad para salir de aquella posición, por un estrecho tan horrible que le llamó *La Boca del Dragón*, y está situado entre Trinidad y la costa de Cumaná, que forma parte de la tierra firme. Colón había, por consiguiente, descubierto el continente de América, y la vista de un río tan caudaloso como el Orinoco, saliendo de aquella tierra, le había convencido de que no podía ser una isla.

No dudando de que por fin había encontrado el continente americano, siguió el rumbo al Oeste, á lo largo de la costa, á la que bajó varias veces. Los habitantes que halló eran parecidos á los de la isla Española, de los que se distinguían, sin embargo, por su inteligencia, valor y blancura del cutis. Su adorno se componía de hojas de oro y de perlas, que cambiaban con gusto por juguetes de Europa. Uno de ellos se acercó un día á Colón, y quitándole de la cabeza su gorra de terciopelo carmesí, le



---

puso una corona de oro. Suponiendo, con algún fundamento, que fuese un cacique, Colón le manifestó mucho agrado, y le hizo regalos.

Los indígenas se rodeaban á la cabeza un pañuelo de algodón de diversos colores; otra pieza de la misma tela les cubría por delante, desde la cintura á las rodillas; llevaban una larga cabellera, y usaban arcos, flechas y escudos.

Colón deseaba explorar lo interior del país, pero su mala salud y las averías de sus navíos le obligaron á volver á la isla Española. Navegando hacia ella, descubrió la isla Margarita, célebre después por la pesca de las perlas, y llegó por fin á su colonia, donde esperaba gozar algún descanso, después de las penosas fatigas de tan largo viaje. Pero este momento de reposo estaba aún lejano para Colón; nuevas pesadumbres y peligros le esperaban en la colonia donde dejó á su hermano Bartolomé, y su valor y su salud van á verse sometidos á otras terribles pruebas.

Durante la ausencia de su hermano, Bartolomé había conducido los colonos de la Isabela á otro paraje preferible bajo todos aspectos al que abandonaban, y había echado los cimientos de una ciudad, á la que había dado el nombre de Santo Domingo, en honor de Domingo, su padre. Esta ciudad, floreciente hoy día, ha sido por mucho tiempo una de las más considerables de las Indias Occidentales y ha dado su nombre á toda la isla.

Cuando Bartolomé hubo terminado el establecimiento de esta nueva colonia, se dirigió con parte de su gente hacia los parajes de la isla en que el Almirante no había penetrado aún, con el fin de visitarlos, y dejó al gran juez Roldán en Santo Domingo con el resto de las tropas. Este hombre correspondió á la confianza del gobernador con la más negra ingratitud; buscando medios de perder á los dos hermanos y apoderarse de la autoridad exclusiva en la isla, encontró la ocasión oportuna en la partida de Bartolomé y en la distancia de

Colón, esforzándose con sus pérfidas intrigas á rebelar contra ellos los españoles que mandaba. Consiguió, en efecto, interesar á la mayor parte en sus proyectos y hacerles cómplices de su ambición criminal. Hizo que le eligiesen por jefe, y tomando las armas contra el adelantado, se apoderó de todas las provisiones y aún trató de hacerlo del fuerte construido en Santo Domingo. La vigilancia del comandante, fiel á su deber, hizo malograr esta tentativa, y Roldán, con los españoles comprometidos en su rebelión, tuvo que retirarse á otros parajes de la isla. Dedicáronse entonces á reclutar partidarios entre los indios que en ella habitaban, y se dieron tan buena maña con sus pérfidas sugerencias, que en breve tiempo toda la isla reconoció el dominio de Roldán.

Aún no habían llegado los tres navíos cargados de víveres que Colón había despachado desde Canarias. Era de presumir que hubiesen perecido; pero aunque no había llegado este caso, el Almirante podía con-

tarlos por perdidos. Las tempestades y las corrientes habían apartado á estas naves de su derrotero, y después de andar por mucho tiempo errantes sobre las olas, abordaron por fin á la isla Española, en el paraje ocupado por Roldán y sus cómplices. Roldán se guardó muy bien de dar parte de su rebelión á los comandantes de los tres navíos, y les hizo desembarcar parte de su gente, que se ofreció á conducir hasta Santo Domingo. Tuvo esta astucia el resultado que él se había prometido, porque así que los desembarcados, hombres que la mayor parte salían de las prisiones de España, entendieron los proyectos de Roldán, se alistaron bajo sus banderas, porque allí había más esperanzas de pillaje. De este modo Colón espíó, bien á costa suya, el funesto consejo que había dado al Gobierno español.

La llegada de los tres navíos, que entraron en la rada de Santo Domingo pocos días después del regreso de Colón, no podía servirle de mucha utilidad, habiendo des-

---

embarcado en otra parte de la isla casi todas las tropas que traían, y consumido las provisiones que estaban á bordo, durante tan larga travesía. Roldán, orgulloso con su superioridad y uniendo la insolencia á la perfidia, se burlaba con sus ironías de la debilidad del Almirante, privado de los medios de recobrar su autoridad.

Indignado de tan infame conducta, Colón, deseoso de castigar á un traidor y vengar su injuria, tuvo impulsos de ponerse á la cabeza de los pocos soldados que le eran adictos é ir á atacar á Roldán. Parecíale preferible la muerte en el campo de batalla, al oprobio de aguantar con los brazos cruzados los ultrajes de los revoltosos. Colón, sin embargo, sacrificó sus resentimientos á los intereses de la naciente colonia, impuso silencio á su amor propio que le aconsejaba el violento extremo de la venganza, y estremecido con la idea de una guerra civil, intentó sólo por la dulzura el que los revoltosos entrasen en la senda del deber.

---

Su primer cuidado fué publicar un indulto general para todos los que abandonasen el estandarte de la rebelión; entró en negociaciones con Roldán, al que prometió también el olvido de lo pasado y conservarle en el alto destino que ejercía anteriormente. Estas negociaciones fueron muy despacio y causaron muchos disgustos al Almirante, pero al fin consiguió lo que anhelaba; pudo felicitarle de haber evitado la efusión de sangre y hecho renacer la concordia y la paz en la isla por el único medio de la conciliación.

Despachó al instante un navío á España para anunciar á la corte el descubrimiento de la tierra firme y la rebelión que había reprimido. Enviaba muestra de las producciones del continente, que consistían en perlas, rieleles de oro, y telas de diversos colores de un tejido muy fino. Con esta remesa iba unido el diario ó registro en que había anotado con rigurosa exactitud el itinerario de sus embarcaciones y consignado los hechos más notables de la expedición.

Roldán y sus cómplices enviaron también por su parte al rey de España una Memoria en que se disculpaban acusando al Almirante, y las calumnias de súbditos rebeldes prevalecieron en el ánimo del monarca, más que la verdad fielmente expresada en el informe de Colón.

Es preciso detenerse aquí un momento para dirigir una ojeada á otra parte del mundo, donde se verificaban sucesos de grande importancia, mientras que Colón continuaba sus exploraciones y descubrimientos en las Indias occidentales.

El rey de Portugal se había arrepentido, aunque tarde, del error que le había hecho rehusar tan desdeñosamente las ofertas de Colón, y deseoso de reparar cuanto le fuese posible la falta cometida y de ilustrar su nombre con la gloria de una grande empresa, se decidió á hacer gastos considerables para encontrar alrededor del Africa el camino de las Indias orientales, camino que se buscaba en vano hacía ya mucho tiempo. Hizo, pues, equipar una escuadra, y confió

el mando á Vasco de Gama, marino que á sus profundos conocimientos y talento superior, reunía una experiencia consumada.

Como Cristóbal Colón, Gama tuvo que vencer dificultades al parecer insuperables; pero triunfó como Colón, porque tenía la firmeza de carácter á la que nada podía distraer de la ejecución de los proyectos una vez formados. Así, en vano las costas de Africa, que iba reconociendo por primera vez, le presentan largas cadenas erizadas de rocas, porque él salva impávido sus escollos y sus bancos de arena; en vano las borrascas y los huracanes desencadenan contra él todos sus furores para hacer pedazos sus naves construidas sin arte y sin solidez; su valor inalterable vence todos estos obstáculos, supera todas las barreras que se oponen á su audacia, y llega, por fin, al cabo de Buena Esperanza que es la punta más meridional del Africa. No contento con esto, dobla el Cabo, y avanzando por el lado opuesto llega á Melinda, situada en la costa de Zanguebar.



Esperaba encontrar naciones bárbaras y salvajes como las que había visto por las costas de África; mas fué agradablemente sorprendido, hallando en Melinda un pueblo, cuya avanzada civilización recordaba la del Asia. Profesaba la religión mahometana, mantenía activas relaciones de extenso comercio con los extranjeros y aun cultivaba algunas artes de Europa.

Gama ya no dudó de la consecución de su empresa; lleno de confianza y de audacia, volvió á hacerse á la vela, y el 22 de Mayo de 1498 llegó á la costa de la India, que era el objeto de sus deseos y el término de su empresa.

Desembarcó en Calicut, en la costa de Malabar, en la península más acá del Ganges. La riqueza del país, fertil en producciones preciosas de toda especie, la sabiduría de su gobierno regular, la bondad de sus habitantes, excitaron la admiración del jefe portugués; pero tuvo que parar allí poco tiempo, á causa de que los indios se manifestaban poco dispuestos á cambiar

---

sus ricas mercancías por aquellas bagatelas que tanto apetecían los salvajes. Se apresuró á volver á Europa para anunciar á su Rey el brillante resultado conseguido por la expedición.

Ciertamente que si alguna cosa debe sorprender, es la coincidencia de las arriesgadas expediciones de los navegantes y la simultaneidad de su triunfo. Casi en el momento en que Colón descubría el Nuevo Mundo, la audacia de un navegante portugués relacionaba con la Europa otra parte del globo, ya conocida, es verdad, pero de la que los europeos habían sacado hasta entonces muy poco provecho. Desde esta época, todas las riquezas de la India desembarcaban en los puertos del reducido reino de Portugal. Tanta prosperidad excitó la emulación de los españoles, que á vista de los tesoros recogidos por sus vecinos, se quejaban altamente de la esterilidad y aun inutilidad de sus descubrimientos, que ni siquiera les habían indemnizado del gasto que ocasionaron.

---

Entonces la afición á lejanas exploraciones se apoderó de todos los espíritus, atormentados con el deseo de hacer descubrimientos; vióse entonces á reyes y repúblicas, nobles y plebeyos, rivalizar en ardor para lanzarse á esta peligrosa carrera, equipar navíos y contribuir á los gastos que exigían remotas expediciones. Uno de los españoles que habían acompañado á Colón en su regundo viaje, determinó á muchos negociantes de Sevilla á que armasen algunos navíos, poniéndolos á sus órdenes para hacer nuevos descubrimientos. Este hombre, llamado Ojeda, pidió al Gobierno permiso para emprender este viaje, y le fué concedido sin consultar á Colón. El departamento de las Indias occidentales era dirigido en aquella época por el obispo de Badajoz, ministro del Rey y enemigo declarado de Colón. No satisfecho el odio de este indigno ministro con humillar á Colón, no sometiéndole el proyecto y pretensiones de Ojeda, no tuvo reparo en comunicar á este último para que le dirigiesen en su expedi-

---

ción el diario y cartas marinas del Almirante.

Ojeda se asoció para la ejecución de su empresa con un gentilhomme italiano llamado Amerigo Vespucci, ó, según otros, Américo Vespuccio. Algunos historiadores aseguran que Américo era negociante de Florencia, y que había nacido hacia el año de 1451. Educado por Antonio Vespuccio, su tío, que dirigía una escuela frecuentada por la juventud noble de Florencia, se distinguió por su aplicación á la física y ciencias matemáticas, haciéndose uno de los hombres más instruídos de su siglo. Así es, que no tardó en ejercer grande influencia sobre todos sus compañeros por el ascendiente de su experiencia y alta capacidad. Logrando ser el jefe verdadero de la expedición (1), llegó al golfo de Paria, siguiendo el mismo rumbo de Colón, desembarcó muchas veces para hacer cambios

---

(1) Apreciación completamente errónea.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

con los indios, después siguió á lo largo de la costa para cerciorarse de que aquella tierra formaba parte de un continente. Cuando ya no le fué posible dudarlo, regresó á España, donde hizo valer con tanta habilidad y fortuna los resultados de su viaje, que consiguió se echasen en olvido los derechos y los títulos de Colón al honor de un descubrimiento tan importante y tan glorioso.

La modestia es inseparable de la verdadera grandeza; el hombre de genio, el que merece realmente este nombre, es extraño á todos los cálculos de la vanidad, y á las intrigas de la medianía ambiciosa; espera la gloria sin buscarla, porque la espera de la justicia de sus compatriotas ó de la posteridad.

Tal se había siempre manifestado Colón: al dirigir á la corte de España el diario de su viaje, no había tenido más objeto que el de instruirlo. Nunca había pensado en publicarle, precaviéndose de este modo contra una usurpación que no tenía motivo de sos-

pechar. Americo Vesputio, por el contrario, con el orgullo de las almas mezquinas, quería obtener á toda costa un renombre que no merecía. Así, apenas estuvo de vuelta en España, esparció relaciones pomposas de sus viajes, y como estas relaciones estaban escritas con cierta destreza, se llegó á creer sobre su palabra al hombre que mientras Colón guardaba silencio, se alababa de haber descubierto el primero la tierra firme. Acostumbráronse á considerarle como el verdadero autor de este descubrimiento, y arrebató de esta suerte á Colón el honor de imponer su nombre á esta cuarta parte del mundo, que fue llamada América.

Desde entonces se multiplicaron las expediciones y viajes, con el objeto de descubrir nuevas tierras. El rey de Portugal, queriendo sacar partido del descubrimiento del camino para la India oriental, hecho por Vasco de Gama, mandó equipar una flota cargada de mercaderías de todas clases, y confió su mando á Cabral. Conociendo

éste los peligros de una navegación á lo largo de las costas de Africa, se dirigió al Oeste, al través del grande Océano. Apenas hubo pasado la línea, una violenta tempestad le arrojó á costas totalmente desconocidas. Reconoció con la mayor sorpresa que pertenecía á una tierra muy dilatada, y no á una isla, conforme habían creído á lo primero. La casualidad había hecho á Cabral que descubriese el rico Brasil, del que tomó posesión en nombre del rey de Portugal. Le llamó Santa Cruz en honor de la cruz que había fijado, y envió uno de sus navíos á Lisboa para dar parte de tan feliz descubrimiento, acaecido en el año de 1500 (1).

Facilísimo hubiera sido á Colón en su tercer viaje seguir una costa que le habría conducido hasta las Amazonas, después de haber descubierto la isla de la Trinidad (2)

---

(1) Antes lo había descubierto Vicente Yáñez Pinzón.—CESÁRRO FERNÁNDEZ DURO.

(2) Colón, en este y sus anteriores viajes, descubrió y reconoció muchas más islas que las que se refieren en esta obra. Tales fueron : Monserrate, Santa

---

y las bocas del Orinoco; pero siempre dominado por la ilusión de hallar un camino á la costa oriental de las Indias, siguiendo el mar que se prolonga entre la tierra firme al Mediodía y la Florida al Norte, abandonó unas tentativas que tan brillantes resultados pudieran haber producido á la España. Contribuía no poco á su pronto regreso el cuidado de la naciente colonia.

Nótese al paso, que el Gobierno portugués, dueño del Brasil, inauguró su toma de posesión con la misma falta que tan perjudicial debía ser á las colonias españolas. Este Gobierno, tan imprudente como el de España, envió como primeros colonos al Brasil los criminales y mujeres de mala vida, de que se quería limpiar á Portugal. La corte de Lisboa no se tomaba entonces el mayor interés por este nuevo establecimiento, que tanta importancia había de ad-

---

María la Redonda, Santa Cruz, La Mona, El Monito, Santa Ursula, etc. Hubiera reconocido muchas más á no temer aventurarse con sus naves en los bajíos que las circundaban.—N. DEL T.



quirir en lo sucesivo. El comercio participaba también de esta indiferencia, pues sólo se traían maderas de tinte, micos y papagayos. Todo esto no costaba más que los gastos de transporte, y se vendía pronta y ventajosamente en los diversos países de Europa.

Más adelante, el Gobierno señaló á algunos señores provincias enteras, esperando que tan liberal medida fuese un medio de hacer que las poblasen; en fin, puso el Brasil en arrendamiento, contentándose el Rey con una soberanía casi nominal. Sólo al cabo de cerca de cincuenta años, fué cuando se establecieron á lo largo de la costa diversos pueblos, de los cuales los cinco principales eran Tamaraca, Pernambuco, Ileos, Puerto Seguro y San Vicente.

## VI

Triunfo de los enemigos de Colón.—Envíase un nuevo comisario á las Indias occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colón es aprisionado y conducido á bordo de un navío.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colón conserva sus grillos aunque el capitán de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitán.—Indignación general en España contra Bobadilla.—Colón y sus hermanos son puestos en libertad por orden del Rey.—Preséntase á Fernando é Isabel.—Destitución de Bobadilla.—Ovando es nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolición de la esclavitud.—Nuevo viaje de Colón.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios.—El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburón.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinas.—El cacique Quibío, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolución de Menéndez y de Fieski.

Colón había logrado con su moderación y sabia conducta apaciguar la rebelión de la isla Española; pero la tranquilidad tan difícilmente restablecida, veíase amenazada á cada instante por el descontento de algunos ambiciosos y por sus sordas murmura-

ciones, síntoma de nuevos desórdenes. Rol-dán, cuya sumisión era aparente, se hallaba siempre á la cabeza de los díscolos, y fiel á su odio y á su sistema de calumnia contra el Almirante, empleaba todos los medios conducentes á presentarle como sospecho-so y aun hacerle aborrecible á la corte de España. Su indulgencia, que se interpreta-ba como debilidad, había comprometido su autoridad en la isla, donde no era res-petada ni obedecida. Viéndose precisado á reprimir frecuentes insurrecciones, no te-nía tiempo para dirigir á la corte de Espa-ña memorias justificativas de su conducta ni para continuar la ejecución de sus pro-yectos de nuevos descubrimientos.

Entretanto que agotaba sus fuerzas por sostener el orden en la colonia estable-ciendo una administración regular, y mien-tras explotaba minas que prometían ricos productos á la codicia de sus compañeros y sobre todo á las exigencias de la corte de España, sus enemigos, cada vez más encar-nizados, obtenían al fin un triunfo comple-

to y Colón iba á ser víctima de las más odiosas maquinaciones y la más negra ingratitude.

Muchos españoles habían acudido al Nuevo Mundo creyendo encontrar tesoros, y no habían traído á su patria más que desesperación. Engañados en sus esperanzas, acusaban á Colón como causa de sus males, difundiendo por toda España sus denuestos é invectivas contra él. Cubiertos de andrajos, pálidos y mostrando en sus rostros enflaquecidos por las privaciones, las señales de sus largos padecimientos, provocaban y excitaban en su favor la caridad pública, enterneciendo á la multitud, siempre dispuesta á creer sus palabras. Cuando los Reyes se presentaban en público, se veían rodeados por estos infelices, que ostentando á su vista el espectáculo de su miseria, imploraban la justicia de Fernando y de Isabel contra el único autor de su infortunio, contra Colón. Estas escenas teatrales, cuyo efecto era seguro, habían sido dispuestas y combinadas por los enemigos

más poderosos del Almirante. No debe, pues, causar admiración el que Fernando, naturalmente suspicaz y desconfiado, créyese á Colón culpable, y que la reina Isabel le retirase su marcada protección. Nadie se presentó á defenderle, y fué condenado sin oír sus descargos.

Decidióse que pasara á las Indias Occidentales un comisario encargado de averiguar cuidadosamente la conducta del Almirante y con el desmesurado poder de destituirle, si juzgaba esta conducta reprehensible, debiendo en este caso reemplazarle en el gobierno de la isla Española. El hombre á quien Fernando confió esta misión, le había sido eficazmente recomendado por los enemigos del Almirante y se llamaba Francisco de Bobadilla. Muy difícil era que la inocencia de Colón no sucumbiese á impulsos de una trama tan bien urdida.

En el momento en que este comisario español, el más terrible de cuantos enemigos había encontrado el Almirante en su glo-

riosa carrera, llegó á la Española, Colón habíá, como ya queda dicho, pacificado la isla. Las minas se utilizaban por sus desvelos, y el fomento que habíá dado á la agricultura correspondía á sus esfuerzos con productos, que prometían á la colonia un nuevo manantial de riquezas. Nunca la situación de la isla habíá sido tan favorable para su justificación; pero su condena estaba resuelta y nada podía apartar de su cabeza el golpe que le amenazaba (1).

La ejecución de algunas providencias tenía ocupado á Colón en parajes distantes de la isla: parece que la justicia y la equidad imponían á su juez la obligación de

---

(1) Este juicio inexacto de que se han hecho eco los más de los historiadores extranjeros y no pocos españoles, está desautorizado por carta que escribió el rey D. Fernando á D. Diego Colón, explicando las causas porque él y la reina doña Isabel se vieron en la necesidad de privar á D. Cristóbal Colón del gobierno de las Indias. La carta se ha publicado por la Real Academia de la Historia en la *Colección de documentos inéditos de Indias*, tomo I de los *Pleitos de Colón*.—URSÁRRO FERNÁNDEZ DURO.

esperar el regreso del Almirante antes de entablar contra él un odioso procedimiento; ¿pero qué importaban la justicia y la equidad á un hombre como Bobadilla? ¿qué consideraciones podían detenerle? Ambicionaba el puesto de Colón, y para conseguirle, claro está que había de condenar al que le ocupaba: no había venido él á la colonia para escuchar una justificación que podía desbaratar los cálculos de su odio y su ambición.

Apenas puso los piés en la isla, se hizo conducir á la casa del Almirante; se instaló en ella declarando que desde aquel instante le pertenecía, y se apoderó de cuanto en ella encontró. Después anunció públicamente, que había sido enviado á la colonia para destituir al Gobernador, é invitó á todos los que tuviesen quejas de él, para que se presentasen ante el comisario del monarca á obtener buena y pronta justicia. Por último, soltó á todos los que estaban presos por orden del Gobernador.

Bien pronto, por un refinamiento de esta  
 TOMO 1. 13

---

infame conducta, Bobadilla citó á Colón por medio de un alguacil, para que compareciese inmediatamente en su tribunal á dar cuenta de su conducta: enviábale al mismo tiempo una carta del Rey en la que le ordenaba someterse á las disposiciones del enviado extraordinario.

Colón se hallaba rodeado de una tropa leal y tenía consigo á su hermano Bartolomé: podía contar con muchos y poderosos auxiliadores para responder victoriosamente, con espada en mano, á la insolente intimación de su juez, pero le ataba las manos el juramento de obediencia que había prestado á sus Reyes, del que no se creía dispensado, ni aun entonces que autorizaban la más odiosa iniquidad y le entregaban á merced de un Bobadilla. Obedeció, por tanto, presentándose sin titubear en Santo Domingo, y resignado á la suerte que le espera, sufrirá la sentencia que pronuncien.

Llega, pide presentarse á Bobadilla: pero éste no quiere verle ni escucharle. «Que



le pongan unos grillos—exclama—y le lleven á una prisión.» Esta orden bárbara es ejecutada, y Colón, aherrojado, es conducido á bordo de un navío.

¿Cómo no enternecerse é indignarse á la vez, á vista de una escena semejante, al aspecto de un grande hombre, de Colón, tratado como un vil criminal? Sobre la misma tierra que él ha descubierto, al frente de su propia casa, á vista de gentes que le deben respeto y obediencia como á un superior, es donde sufre estas humillaciones, y el hombre infame que después de haberle arrebatado sus bienes pretende quitarle también el honor, le arroja de su casa sin dignarse siquiera concederle una triste mirada: le hace cargar de cadenas, á pesar de su inocencia, y le despide vergonzosamente del país que ha dado á la España, con peligro de su vida, y dando á su Rey mil pruebas de lealtad, valor y desinterés. ¡Mas cuánto resplandece su inocencia en la serenidad heroica, en la resignación con que acepta su desgracia y sufre los ultra-

---

jes de que le colman! Se deja encadenar sin resistencia; sigue, sin despegar sus labios y sin manifestar extrañeza, á los soldados que le conducen al buque, donde ha de volver á España, expuesto en todas partes á la insultante mofa de los cómplices de Bobadilla.

No estaba aún satisfecho el furor de este hombre; necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colón fueron también cargados de cadenas y conducidos á un navío particular. Fórmase causa á los tres hermanos, y Bobadilla los sentencia á muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremece ante la ejecución de tan horrible sentencia: figúrasele que algún día podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansía verter sobre un cadalso. Confía, sin embargo, en que su pariente, el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colón, consentirá el que se ejecute la sentencia, y un navío va á transportar los prisioneros á España con el proceso en que

el juez había violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad.

Apenas se hicieron á la vela los navíos en que iban Colón y sus hermanos, el capitán, lleno de respeto y compasión á su ilustre preso, se llegó á él para quitarle los grillos. «Vuestro preso — dijo el Almirante—debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que queréis quitarme, los llevo puestos de orden de mis soberanos; sólo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia.» Siguió, pues, con los grillos hasta llegar á España.

Bobadilla, queriendo quitar á los presos todos los medios de acudir ó apelar á la justicia de la reina Isabel, había prevenido que fuesen entregados al obispo de Badajoz; pero un piloto llamado Martín, compadecido de las desgracias del Almirante, pudo desde el navío partir á la capital y entregar á la Reina una carta de Colón, en que la informaba de cuanto había sucedido

---

en la isla Española, y del modo que tenían de abusar de su nombre y de la autoridad confiada á un malvado (1).

Al saber que Colón había llegado á España; al leer los pormenores del horrible trato que le habían hecho sufrir, la reina Isabel fué dolorosamente sorprendida, porque en la corte estaban muy distantes de suponer que Bobadilla pudiera abandonarse á tales excesos. Estas violencias con un hombre de mérito superior, y que había tanto bien merecido de la monarquía española, fueron altamente vituperadas por Fernando y su esposa, quienes precaviendo el escándalo que este suceso había de causar en Europa, enviaron al instante un correo con orden de que en el acto se pusiese en libertad á Colón y á sus hermanos. Des-

---

(1) Alonso de Vallejo y Andrés Martín, fueron los capitanes de las dos naves en que venían embarcados Colón y sus hermanos, los que se ofrecieron á quitarles los grillos, y los que apenas llegaron á España, dispusieron enviar á la corte persona de toda su confianza para entregar las cartas de Colón antes de que llegasen las de Bobadilla.—N. DEL T.

pués el Almirante fué llamado á la corte por medio de una afectuosa invitación de la Reina, y se le entregó el dinero necesario para que pudiera presentarse con el decoro suficiente y conforme á su rango.

Apenas entró en la sala donde el Rey y la Reina le esperaban, se arrojó á sus piés; su emoción era tan fuerte y tan profunda que no pudo hablar, pues le había privado en cierto modo del uso de la palabra. En fin, repuesto de su turbación y seguro de su inocencia, pronunció con voz firme un largo discurso, justificándose de las calumnias de que era víctima. Sus palabras convencieron á Fernando é Isabel de que les habían engañado indignamente acerca de la conducta de Colón. Manifestaron sinceramente su pesadumbre al Almirante, le hicieron nuevas protestas de su gratitud, y para probarle lo dispuestos que estaban á reparar los perjuicios de que podía quejarse, destituyeron á Bobadilla.

A pesar de todo, su sagaz política les hizo temer el resentimiento de un hombre

cuyo mérito habían desconocido y cuyos eminentes servicios habían tan mal recompensado, y creyeron que sería peligroso conservarle en el desempeño de unas funciones que le proporcionaban tan fácil venganza. En consecuencia, el Almirante fué retenido en la corte bajo pretextos imaginados para lisonjear su amor propio, pero que no le engañaban, y D. Nicolás de Ovando fué nombrado gobernador de las Indias Occidentales.

En vano Colón hizo valer los solemnes tratados que le garantizaban este gobierno durante su vida, y se le aseguraban perpetuamente á su familia; en vano reclamó contra la nueva y patente injusticia, que le destituía de su empleo, como un administrador culpable, después que el Gobierno había reconocido y proclamado su inocencia: estas quejas no fueron escuchadas, y Ovando siguió con el gobierno de las Indias Occidentales.

Resentido de la desleal conducta del Gobierno español, Colón no fué ya dueño de

---

contener su indignación, manifestándola en sus amargas quejas y reconvenciones contra la corte de España. Desde entonces llevó siempre consigo los grillos con que le habían aprisionado, los enseñaba en todas partes como un testimonio de la ingratitud con que habían pagado sus servicios, los tenía siempre á la vista, y aun mandó que después de su muerte los enterrasen con él (1).

Mientras que el Almirante, sacrificado á una política ingrata y suspicaz, se desahogaba en inútiles quejas, Ovando se disponía para ir á ocupar el importante puesto á que el Rey le había elevado. La flota puesta á sus órdenes, era la más considerable de cuantas el Gobierno español había enviado hasta entonces á las Indias Occidentales. Constaba de treinta y dos velas, y tenía á bordo dos mil quinientos hombres, cuya mayor parte iba á establecerse en la isla Española.

---

(1) Vulgaridad bastante extendida.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

Ovando partió al frente de esta grande expedición, dejando á Cristóbal Colón paralizado de improviso en su noble carrera, y con el sentimiento de ver que otro iba á arrebatarle el fruto de sus trabajos. La llegada del nuevo Gobernador á la isla Española preservó á la colonia de su ruina total. Las locuras é injusticias de Bobadilla la habían puesto en situación muy crítica: reinaba un desorden espantoso á consecuencia del sistema adoptado por aquel hombre, para conservar el poder que había usurpado á costa de un delito. Ansioso de captarse el favor de la plebe, que era su principal apoyo, había anulado los sabios reglamentos establecidos por Colón, autorizando así todos los excesos de la licencia, bajo el nombre de una libertad de que sólo los españoles podían gozar.

Su predecesor había considerado como uno de sus principales deberes, el proteger á los infelices indios contra el mal trato de los españoles; sus disposiciones paternales, sus ordenanzas, dictadas por la humanidad,



---

habían evitado la opresión que amenazaba á los indígenas; pero Bobadilla hizo tan poco caso de los indios, que gracias á él los españoles pudieron ser crueles impunemente. Hizo el censo de la población y distribuyó los habitantes en calidad de esclavos entre todos sus partidarios, cuya codicia pensaba satisfacer con este favor. Estos obligaron á los indios á trabajar en las minas, recurriendo al castigo para que se sujetasen á un trabajo penoso que excedía á sus fuerzas, y del que algunos eran víctimas. Ovando llegó muy á tiempo antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la población indígena.

Lo primero que hizo el nuevo Gobernador, así que llegó á la isla Española, fué destituir á Bobadilla, enviarle juntamente con Roldán á España, para que diesen cuenta de su conducta. Después, en virtud de las órdenes de Fernando, abolió la esclavitud y proclamó la libertad de los indios, que tuvieron por fin garantías contra la violencia. La excesiva codicia de los españoles fué

reprimida con otras leyes, y el nuevo Gobernador, al permitirles la explotación de las minas, les impuso la condición de que habían de reservar una parte del beneficio para el Rey como soberano de la isla.

En cuanto á Colón, preciso es figurarse á este grande hombre abatido con tantas pesadumbres; mas siempre con la esperanza de que, á fuerza de reclamaciones, haría que aquella corte ingrata se arrepintiese de su conducta desleal. Con la fuerza que le daba su derecho, fundado en solemnes convenios, no pedía gracia, sino justicia. Manifiesta sin cesar, ostenta el contrato autorizado con la firma del Rey, aquel contrato en virtud del cual debe ser Virrey de las tierras que descubra; pero sus enemigos responden á sus quejas y á la ostentación de sus derechos y sus títulos con el ultraje de un desdeñoso silencio.

Colón no quería condenarse á un solitario retiro donde no presenciase el triunfo de la envidia y de la bajeza. Meditando la ejecución de nuevos proyectos, la muerte

le parecía preferible al reposo. Tal vez se le ocurrió por algunos momentos el ofrecer sus servicios á otro soberano; pero las otras cortes, ¿valían más que la de España? Bien sabía él, por experiencia, cómo responder á esta pregunta.

En su último viaje se creyó á lo primero que la costa que había descubierto era una parte de la India, que suponía llegaba hasta allí; pero desengañado de su error por diversas circunstancias y sobre todo por sus propias observaciones, estaba ya casi convencido de que aquella costa pertenecía á un nuevo continente (1). Esta opinión le hacía presumir que entre este continente y la India pudiera haber un extenso mar, y que si hacia el istmo de Darien el mar Atlántico comunicase con este océano desconocido se podría pasar por este estrecho á la India.

---

(1) Colón murió creyendo haber llegado al Asia, y la carta que durante este último viaje escribió á los Reyes desde Francia lo prueba. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

En concepto del Almirante, era de alta importancia el asegurarse de si este estrecho existía, porque en este caso se ahorrarían muchos rodeos y dilaciones á los navíos que yendo de España á la India atravesando la América no tendrían que seguir el camino alrededor del Africa, descubierto por Vasco de Gama. Cruelmente ofendido se hallaba Colón por la corte de España, y sin embargo olvidó las injusticias y humillaciones que le habían hecho sufrir; haciendo al universo, á quien aún quería ser útil, el generoso sacrificio de su justo resentimiento, se determinó á arrostrar los peligros de un nuevo viaje y á exponer su vejez á las contingencias de una remota expedición.

El proyecto del Almirante fué bien recibido en la corte, porque proporcionaba la ocasión y el medio de alejar á un hombre cuya presencia era un estorbo. Fernando é Isabel creían satisfacer á Colón con esta nueva empresa, y atendida su habilidad esperaban de ella los más felices resulta-

---

dos. Por esto se apresuraron á mandar se equipase una escuadra para ponerla á sus órdenes.

Cuatro miserables navíos componían esta escuadra, y todavía la mayor de estas embarcaciones no llegaba á la mitad del porte de un buque mercante ordinario. Tales eran las fuerzas que ponían á disposición de Colón para una empresa de tanta importancia (1); con una escuadra semejante debía lanzarse á un mar remoto, desconocido, y hallar un camino por donde el Gobierno español esperaba apropiarse las riquezas de la India, quitando á los portugueses las ventajas inmensas de su monopolio.

Aquí principalmente es donde hay que admirar la intrepidez de Colón; otro que él hubiera retrocedido con espanto al ver las dificultades de una empresa que tan escasos recursos contaba á vista de los peligros

---

(1) Pusiéronse á disposición de Colón los elementos que él mismo pidió.—CESÁRRO FERNÁNDEZ DURO.

de una expedición en tan mezquinas embarcaciones. Entusiasmado con el recuerdo de su primer viaje, rejuvenecido en cierto modo con la esperanza de nueva gloria, no titubeó un instante en embarcarse. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su hijo primogénito, de edad de trece años, y que debía ser algún día quien escribiese su vida.

Colón se hizo á la vela desde Cádiz el 11 de Mayo de 1502, diez años después de su primera expedición. Se dirigió, según su costumbre, á las Canarias, sin más obstáculo que la marcha lenta de la mayor de sus naves. Se dirigió hacia Santo Domingo para cambiarla por otra, y apenas estuvo á la altura de la isla hizo saber á Ovando el motivo de su llegada, pidiéndole permiso de entrar en el puerto, que le fué negado por el Gobernador. Colón, como experimentado marino, conocía por indicios seguros que iba á estallar un terrible huracán; por lo tanto, suplicó á Ovando que le permitiese guarecerse en el puerto mien-

tras pasaba la tormenta. Disponíase el Gobernador por entonces á enviar á España una flota considerable, y Colón creyó que debía advertirle el peligro que corría si no dilataba su partida por algunos días más.

Ovando fué inflexible: menospreció el aviso de Colón, burlándose de un pronóstico que miraba como un desvarío ó un cálculo de mala fe. Volvióse á prohibir la entrada del puerto á la escuadra del Almirante (1), y la gran flota equipada por Ovando se hizo á la vela para España; pero los acontecimientos justificaron bien la previsión del Almirante. Colón, preparado contra el huracán, preservó á sus navíos del naufragio con sus sabias precauciones; pero la rica flota que se había hecho á la vela para España pereció casi toda; de las diez y ocho embarcaciones de que se componía sólo tres se salvaron. Bobadilla y Roldán, que se habían embarcado en esta

---

(1) Fueron los Reyes los que le prohibieron tocar en la isla Española, por fundadas razones. Colón desobedeció el mandato. —CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

flota, recibieron el castigo de su odiosa conducta contra Colón, yéndose á pique con todas las riquezas, fruto de sus rapiñas en la isla Española. Ocurrió una circunstancia muy notable en este naufragio: habían colocado los restos de los bienes de Colón en el peor navío de la flota, y éste fué el que menos padeció y el único que pudo continuar su rumbo á España, porque los otros dos tuvieron que volverse á Santo Domingo á causa de sus considerables averías. Hubo espíritus supersticiosos que, lejos de ver en esta circunstancia un efecto de la justicia divina, creyeron que Colón era un hechicero y que con la ayuda de sortilegios y el concurso de espíritus poderosos dóciles á sus órdenes había excitado aquella tempestad para vengarse de sus enemigos. Así es como explicaban la conservación del navío que llevaba los bienes del Almirante.

Indignado contra el implacable Gobernador de una isla donde hasta le rehusaban un refugio para escapar de una horrible



tempestad, Colón se hizo á la vela al Oeste y hacia el continente con sus buques, que habían padecido alguna cosa.

En este viaje corrió muchos peligros y abordó por fin á una isla llamada Guanaja, situada á corta distancia del continente por la parte de Honduras. Apenas ancló tuvo buen cuidado de enviar á reconocer aquella tierra. Dió esta comisión á su hermano Bartolomé, que al llegar á la costa, acompañado de otros hombres, se encontró una barca india, construida con mejor arte que las canoas de los salvajes. En medio de esta barca, muy larga y de ocho piés de ancho, se elevaba un cobertizo de hojas de palmera que recordaba el de las góndolas de algunos países de Europa; bajo este techo había muchas mujeres y niños y se contaban además en la barca veinticinco hombres.

Quisieron alejarse de los españoles; mas al ver que éstos les daban caza, se rindieron sin hacer uso de sus armas. Se procedió á registrar la embarcación y se halla-

ron colchones, camisas sin mangas, de hilo, de algodón y otros vestidos; también las telas de que las mujeres se servían, como de mantas; grandes espadas de madera, cuyo doble filo estaba formado por pedernales, sujetos en una juntura con hilo y resina; hachas de cobre y otros utensilios del mismo metal. Estos salvajes estaban desnudos, á excepción del medio del cuerpo, cubierto con una tela de algodón. Sus alimentos eran casi los mismos que usaban los naturales de la isla Española; sólo que su bebida habitual consistía en una especie de cerveza hecha con maíz cocido. Se halló también en la barca una corta cantidad de almendras de cacao, las que los indios tenían en mucha estima, porque les servían de moneda; éstas fueron las primeras almendras de este género vistas por los europeos.

Colón, muy satisfecho por un encuentro que podría proporcionarle las noticias que le eran tan necesarias, encargó á sus compañeros que trataran á los indios con el

---

mayor miramiento á fin de atraerlos y ganarse su amistad. Cambió con ellos algunas mercaderías, y cuando hubieron respondido á las importantes preguntas que les hizo, les restituyó su gran canoa, concediéndoles permiso de ir donde quisiesen. El Almirante se quedó con un viejo, dotado, al parecer, de una inteligencia superior á la de los demás indios, sin que este anciano manifestase sorpresa ni pesadumbre por verse prisionero á bordo. Colón le destinaba á servir de intérprete y medianero en sus relaciones con los salvajes.

Gracias á las indicaciones de este indio, que se expresaba por signos, Colón supo que en una vasta comarca situada al Oeste, había mucho oro; que los habitantes llevaban en la cabeza coronas de este metal y gruesos anillos también de oro en los brazos y piernas, y que guarnecían de oro las mesas, las sillas y los cofres. Habiéndole presentado al indio corales, especias y otras producciones, aseguró que también abundaban en aquel fértil país. El anciano

quería, sin duda, significar el territorio de Méjico. La perspectiva de tantas riquezas excitaba fuertemente la codicia de los compañeros de Colón, que pedían con vivas instancias ser conducidos á un país que tanto les ponderaban; pero el Almirante, subyugado por el deseo de lograr el objeto de su viaje, resistió á los ruegos de la tripulación, y sordo á sus murmuraciones, siguió el rumbo al Este, costeando la tierra firme.

Se dirigió de la costa de Honduras hacia el Este, esperando encontrar el estrecho que, según las aserciones de los salvajes, debía hallarse hacia aquel paraje; pero unos y otros se engañaban. Los indios habían tenido por un istmo el estrecho que Colón les dibujaba, y le habían enviado al de Darien.

Siguiendo la expedición su camino á lo largo de las costas, encontró hombres más salvajes que los que se habían visto hasta entonces, y cuyo género de vida era muy diferente. Estaban enteramente desnudos,

---

comían la carne y pescados crudos, sin ninguna especie de condimentos. Sus orejas, estiradas con los objetos que de ellas colgaban, les caían casi hasta los hombros; todo su cuerpo ofrecía una extraña variedad de figuras de animales, como leones, ciervos y otras especies trazadas con ayuda del fuego. Los personajes más importantes entre aquellos indígenas, se distinguían por sus gorros, azules ó encarnados, de tela de algodón. Unos se pintaban el rostro de negro, otros de encarnado, otros con rayas de varios colores, y había también algunos que sólo se pintaban los labios, las narices y los ojos. Tenían en las orejas unos agujeros tan grandes, que podía pasar por ellos un huevo de gallina. Esto es lo que determinó á Colón á dar á este país el nombre de *Costa de las Orejas*.

Continuando su rumbo, aunque con lentitud, porque los vientos contrarios y las corrientes retardaban su marcha, llegó á un promontorio que daba vuelta hacia el Sur, siendo favorecido para seguir en esta

dirección por el mismo viento contra el que había luchado por tanto tiempo. Puso á este promontorio el nombre de *Gracias á Dios*, como un testimonio de su agradecimiento á la Providencia, que le había concedido este nuevo beneficio.

Fondeó pocos días después en otro paraje, y en el momento en que los españoles se preparaban á bajar á tierra, vinieron los salvajes armados y en sus canoas para oponerse al desembarco; mas cuando conocieron que los españoles no tenían intenciones hostiles, se acercaron sin desconfianza y quisieron venderles sus géneros, que consistían en armas de toda clase, como mazas, ballestas, bastones de madera negra y dura, cuya extremidad presentaba una punta muy aguda, formada con una espina de pescado, chalecos de algodón y pedacitos de oro de bajo color, con que adornaban su cuello.

El Almirante les distribuyó bagatelas de Europa, en cambio de las cuales nada quiso tomar, cosa que desagradó mucho á los

indios. Instaron entonces á los españoles para que bajasen á tierra; pero viendo que se resistían á sus instancias, creyeron que se desconfiaba de ellos, y, para evitarlo, enviaron á los españoles un anciano de figura venerable. Llevaba un estandarte, sin duda como signo de paz, y le acompañaban dos jovencitas con el cuello guarnecido de placas de oro. Pidió ser presentado al Almirante, que recibió con su habitual bondad al anciano y á las jóvenes. Después que les dieron de comer y les regalaron vestidos europeos, los enviaron á tierra, muy satisfechos del recibimiento que les habían hecho los españoles.

Al día siguiente, el hermano de Colón bajó á tierra y se quedó sorprendido al encontrar en la costa los objetos que se habían regalado á los indios. Creyóse que esto sería por efecto de la delicadeza de los indios, que no querían recibir regalos á que ellos no correspondiesen. En el momento en que el hermano de Colón desembarcó, fué recibido por dos jefes indios que le abrazaron,

---

invitándole á sentarse junto á ellos en la hierba. Condescendió Bartolomé, para hacerles diversas preguntas por medio del intérprete indio, y su secretario se preparó á escribir las respuestas. Más apenas los salvajes vieron la pluma, el papel y el tintero, se levantaron dando muestras de repentino espanto, y huyeron juntamente con los demás habitantes que por curiosidad se habían reunido alrededor. Los indios se habían imaginado, por efecto de su ignorante y crédula superstición, que el secretario era un hechicero; habían tomado la pluma, papel y tintero por instrumentos de magia, con los que el encantador iba á proceder á alguna operación funesta para ellos. Costó mucho trabajo el desengañarlos acerca de la persona del secretario, y no consintieron en acercarse á los españoles, hasta haber empleado los medios que juzgaban á propósito para librarse del maleficio. Este preservativo consistía en cierto polvo que arrojaron hacia los españoles, produciendo un humo al que atribuían sin



duda el poder de conjurar los sortilegios, y el que dirigieron más particularmente hacia el hombre que miraban como un hechicero.

Llevaron después á Bartolomé á su población, donde nada encontró notable mas que un grande edificio todo de madera que servía de cementerio á los habitantes. Vió en algunos sepulcros cadáveres envueltos en telas de algodón, y entre ellos había uno que estaba embalsamado. Cada sepultura estaba cerrada con una plancha cubierta de figuras de animales, y cerca de algunas estaba colocado el retrato del difunto, con extraños adornos.

Al otro día, el Almirante retuvo á bordo algunos naturales del país, para obtener de ellos nuevos datos; pero los otros, no viendo regresar á sus paisanos, se imaginaron que los retenían presos para hacerles pagar el rescate. En esta creencia, enviaron á Colón unos comisionados para ofrecerle dos marranillos, suplicándole que, en cambio de aquellos animales, les entregase los pre-

sos, cuyo cautiverio tenía consternada á toda la población. Colón les hizo entender que sus compatriotas no estaban presos; les prometió que pronto los enviaría, y les pagó el precio de los cerdos, con lo que los diputados se retiraron muy satisfechos de su entrevista.

Los dos cerdos que habían traído quedaron sobre cubierta, donde se hallaba también un gato montés, tan grande como un galgo de los de casta pequeña, y que había sido cogido por un marinero, después de romperle una pata. Este animal, tan ágil como una ardilla, cuya vivacidad iguala, se le asemejaba además en sus costumbres, saltando de árbol en árbol y colgándose con la cola de las ramas. Así que los cerdos le vieron, tuvieron mucho miedo y quisieron escapar; pero los marineros cogieron uno y le plantaron delante del gato. Al instante saltó encima de él, y enroscándole la cola alrededor del hocico para apretársele, se agarró tan fuertemente con las patas delanteras á la cabeza del cerdo, que le hu-

biera muerto si los marineros no le hubieran hecho soltar su presa.

Después de algunos días de navegación, llegó el Almirante á la embocadura de un río, y determinó que algunos soldados bajasen á tierra; pero una multitud de indios armados acudieron á la orilla para oponerse al desembarco. Se metieron más de ciento en el mar, y adelantándose, con el agua á la cintura, blandían sus lanzas, tocaban sus instrumentos bélicos, arrojaban agua á los españoles y les escupían hierbas mascadas, para darles á entender su odio y desprecio.

Los españoles no hicieron caso de estas demostraciones amenazadoras, y permanecieron impasibles, conforme á las órdenes del Almirante, que les había encargado una gran moderación.

Asombrados de la actitud pacífica de los españoles, los salvajes suspendieron al fin sus movimientos hostiles, y establecieron relaciones comerciales, que valieron á los españoles diez y seis placas de oro, valor

como de ciento cincuenta ducados, en cambio de unos cuantos cascabeles.

Habíanse conducido los españoles con mucha moderación; pero los indios, desconociendo el motivo que les hacía obrar así, le creyeron efecto de su cobardía y debilidad, y al día siguiente, cuando la chalupa quiso acercarse á tierra, dispararon contra ella sus azagayas. Un ataque tan temerario obligó á los españoles á probar á los indios que no les tenían miedo. El Almirante mandó disparar un cañonazo, y al mismo tiempo una flecha de la chalupa hirió á uno de los acometedores. Todos huyeron entonces, y los españoles saltaron en tierra, no para perseguir á los indios, sino para hacerles señas de que volviesen. Los salvajes, conociendo que los hombres blancos no querían hacerles mal, aunque tenían poder para ello, abandonaron sus armas y volvieron á la costa para continuar amistosamente el cambio de placas de oro.

El Almirante tomó todos los informes que le eran necesarios acerca de la naturaleza

del país, sus diversas producciones y las costumbres de sus habitantes: después se hizo á la vela para seguir costeando con la esperanza de hallar al fin el estrecho que tanto buscaba. Llegó á una ancha bahía que formaba un puerto espacioso y seguro: cerca de esta bahía se divisaba una considerable población india, alrededor de la cual había tierras bien cultivadas. Colón dió á este paraje el nombre de Porto-Bello.

Los españoles no tuvieron queja de los habitantes de la población que se apresuraron á traerles hilo de algodón y víveres, en cambio de clavos, agujas y otros objetos de poco valor. Avanzando ocho millas más lejos, llegó Colón al sitio en que después ha sido edificada la ciudad de *Nombre de Dios*. El temporal le obligó á permanecer allí algunos días, de los que se aprovechó para reparar sus navíos que estaban en bastante mal estado. Quiso seguir su viaje; pero contrariado aún por el mal tiempo, hubo de acogerse á un puerto que llamó *del Retrete* ó la retirada.

---

Los habitantes del país se manifestaban al principio muy complacientes con los españoles, pero ofendidos por algunos marineros imprudentes, se irritaron contra aquellos extranjeros y formaron proyectos de venganza. Confiando en su excesivo número, que se aumentaba á cada instante, se dispusieron á un ataque general para apoderarse de los navíos. Colón, que á toda costa quería evitar la efusión de sangre, se esforzó en vano á desarmar á los indios por medios de conciliación: después, viendo que nada obtenía con dulzura, recurrió á las amenazas; pero todo fué inútil. Entonces mandó disparar un cañonazo, solo con pólvora, creyendo que el ruido bastaría para espantar á los indios; pero no logró el objeto que se había propuesto. Los salvajes viendo que no habían sido aniquilados por el rayo, creyeron que era nulo su poder, se hicieron más insolentes, y dando grandes alaridos y palos en los árboles, expresaban el desprecio que hacían de aquel inútil estruendo que había causado

su asombro. Colón se vió en la necesidad de hacerles sentir los efectos de la artillería que se atrevían á despreciar, y mandó disparar con bala á una colina en que había muchos indios. Conocieron entonces que aquel truenó daba también la muerte y huyeron espantados á los bosques.

De todos los indios encontrados hasta entonces, estos eran los más hermosos y mejor formados, notables por su esbelto talle y elegantes proporciones de su cuerpo; no presentaban la deforme protuberancia del abdomen, que daba un aire tan grotesco á los otros habitantes de estas comarcas. Los españoles vieron en el puerto muchos grandes caimanes. Estos animales, cuando están cansados, se van á dormir á la costa y exhalan un olor muy subido de almizcle: parecen tímidos si se les ataca; pero esto no quita el que traten de pillar á los hombres para devorarlos.

Colón, desanimado, renunció al fin á la esperanza de hallar el paso desde el Océano Atlántico al mar del Sur. La pertinacia

---

de los impetuosos vientos, contra los cuales luchaba ya hacía tiempo, le determinó á desandar el camino para dirigirse á un país llamado Veragua, donde según las noticias de los salvajes, existían ricas minas de oro. Corrió muchos peligros en esta penosa navegación, y asaltado por una violenta tempestad que duró muchos días, tuvo que sufrir una gran escasez de víveres. De todas sus provisiones, agotadas en un viaje de ocho meses, ya no le quedaba para alimentar á la estenuada tripulación, más que un poco de bizcocho corrompido por el calor y la humedad. Además estaba plagado de gusanos, siendo preciso comerle á oscuras, para evitar la repugnancia que debía causar este alimento inficionado.

Por este tiempo fué cuando los navíos se vieron rodeados de una multitud de tiburones. Este pescado, que á veces tiene hasta treinta piés de largo, es muy gordo, y sus monstruosas mandíbulas están armadas de tres hileras de gruesos dientes, con los que corta un brazo ó una pierna como si



---

fuese con un hacha. Un solo golpe de su cola, que menea sin cesar, puede romper los brazos y piernas y aun matar al hombre á quien alcance. La voracidad de este pez no es menos espantosa, porque se traga todo cuanto le presentan, hasta los garfios de hierro y las hachas. Se lee en las memorias de un viajero digno de fe, que habiendo arrojado al agua el cadáver de un hombre envuelto en un pedazo de lona, conforme se acostumbra en el mar, donde no es posible enterrar los muertos, se pescó al día siguiente un tiburón en cuyo vientre se encontró el dicho cadáver aún envuelto en su mortaja. Los negros de Africa miran como un manjar delicado la carne de este pez, aunque sea aceitosa y exhale un olor desagradable. Antes de comerla la exponen al ardor del sol, hasta que comience á corromperse; es decir, durante unos ocho días.

En cuanto á los compañeros de Colón, la presencia de aquellos monstruos les pareció de mal agüero. Sin embargo, el hambre pudo más que sus temores supersticio-

sos y su aversión á la carne rancia de tiburón. Se decidieron á comerla, porque todavía era preferible al bizcocho que disputaban á los gusanos. Los tiburones, por otra parte, eran fáciles de coger. Sabiendo su extraordinario apetito y que se tragan cuanto les arrojan, los marineros prendían un pedazo de paño encarnado en un fuerte anzuelo sujeto á una cadena de hierro y le arrojaban al mar. Apenas el anzuelo tocaba en el agua, ya un tiburón se prendía en él, y tirando de la cadena le subían al buque. Cogieron uno en cuyo estómago se halló una tortuga viva, la que anduvo sobre cubierta apenas la sacaron de su singular prisión. El estómago de otro tiburón contenía la cabeza de un pescado de la misma especie, echada al mar por los marineros hacía poco tiempo: esto hizo creer que los tiburones se devoran unos á otros.

El Almirante, caminando hacia Veragua, célebre por sus abundantes minas de oro, se vió obligado muchas veces por el tem-

---

poral á detenerse en varios puntos de la costa, aguardando un viento favorable que le permitiese llegar al país dond  esperaba la justa indemnización de sus penas y contrariedades. En uno de estos países que visit , le causaron sorpresa las casas que los habitantes habían edificado en el aire, valiéndose casi de los mismos medios que empleó en tiempos antiguos la reina Semíramis para construir sus jardines aéreos, de que hablan con tanto encomio los escritores de la antigüedad. Los salvajes habían construido sus cabañas, apoyadas en las ramas de grandes árboles, conforme antiguamente se fundaban terrados y jardines enteros sobre altas bóvedas. Bajo este aspecto, los indios se parecían   las aves, porque, como ellas, eran habitantes del aire. Sin duda habían adoptado este género de construcción tan extraordinario, para librarse de las inundaciones y de los ataques de animales feroces   de sus enemigos. Sub an   sus cabañas por medio de escalas, que tenían luego buen cuidado de

---

recoger para que nadie subiese tras de ellos.

En fin, Colón llegó felizmente á Vera-gua, y todos sus compañeros saludaron con exclamaciones de alegría y de esperanza aquella costa donde debían encontrar tantas riquezas. Anclaron á la entrada de un río al que el Almirante dió el nombre de Belén, porque habían llegado allí el día de los Reyes, que es una de las mayores festividades de la Iglesia católica. Los habitantes le dieron á entender que á pocas jornadas de distancia, río arriba, llegaría á la residencia de su rey, llamado Quibio, ó según otros historiadores Quibián. Decidióse Colón á ir allá, enviando primero á su hermano Bartolomé para que cumplimentase al cacique. Noticioso éste de la llegada de los hombres blancos, se apresuró á salir á su encuentro, y en esta entrevista se hicieron por una y otra parte muchas demostraciones de cortesía y protestas de amistad. Su majestad india quiso visitar al mismo Almirante, que recibió al cacique

con la consideración debida á su rango, y obtuvo su amistad regalándole algunas bagatelas de Europa.

Entre tanto, Bartolomé, guiado por informes más seguros acerca de la verdadera situación de las minas de oro, siguió con su tropa el camino que le habían indicado y vió que no le engañaban. Encontraron el oro á flor de tierra, junto á las raíces de los grandes árboles, y convencido de que la tierra por aquellos parajes ocultaba con abundancia en su seno el precioso metal, recogió algunos granos y volvió á anunciar á su hermano su feliz descubrimiento.

En vista de él, Colón se determinó á fundar una colonia en este país, mandando que inmediatamente se construyesen algunas casas cerca de la desembocadura de Belén. Pusieron al instante manos á la obra, construyendo en pocos días algunas casas de madera cubiertas con hojas de palmera. Colón escogió entre su gente ochenta hombres para formar la colonia, mandada por su hermano Bartolomé. Los proveyó de to-

---

dos los instrumentos y todas las cosas que podían serles necesarias, y como el río abundaba de peces de todas clases, dejó á los colonos muchos utensilios de pesca. Entre los excelentes peces del río de Belén había una especie de sardinas ó anchoas, las que cogían los salvajes de un modo muy particular. Habiendo notado que saltaban del agua á parajes secos cuando eran perseguidos por otros pescados, cubrían el medio de sus canoas con hojas de palmera y metían mucho ruido con los remos al cruzar el río, con lo que los peces, engañados, saltaban á la canoa, creyendo fuese la tierra, y eran cogidos por los hombres que iban en ella.

Cuando Colón tuvo arreglada la colonia y hubo adoptado las medidas que debían consolidar el nuevo establecimiento, se preparó á volver á España; pero supo de repente que el cacique Quibián, envidioso de que los europeos viniesen á establecerse en su territorio, quería prender fuego á la colonia. Era preciso discurrir medios de

evitar esta desgracia, por lo que el Almirante y su hermano, después de haber deliberado el partido que debían adoptar, acordaron apoderarse del cacique antes que pudiese ejecutar su proyecto; pero esta resolución de los dos hermanos tuvo funestas consecuencias para los españoles.

Bartolomé, acompañado de un buen destacamento de soldados, se dirigió al pueblo de Veragua, cerca del cual estaba la casa del cacique, en lo alto de una colina. Cuando Quibián le vió acercarse, le envió á decir que no llegase hasta su casa, porque él saldría al encuentro del jefe español. Bartolomé se adelantó sólo con cinco soldados, mandando á los otros que le siguiesen á corta distancia, y que al primer tiro que oyesen rodearan la casa de Quibián en términos de que nadie pudiera escaparse.

El cacique nada sospechaba y se adelantó con la mayor seguridad, hasta que los soldados de Bartolomé, cercándole de repente, le hicieron prisionero. Hízose entonces la señal convenida al resto de la tropa;

la casa fué invadida, y cuantos en ella había sufrieron la suerte de su amo sin hacer resistencia á los españoles. Tienen éstos excusa de su conducta en las intenciones péfidas del cacique, de cuya persona fué preciso apoderarse para salvar sus vidas y la colonia; pero juzgando el hecho con la imparcialidad de la historia, ¿con qué derecho iban ellos á establecerse en las tierras de aquel cacique? No se le puede tampoco á éste acriminar porque tratase de repeler á unos extranjeros que le parecían perjudiciales á él y á su pueblo.

Determinóse llevar al desgraciado cacique, atado de piés y manos, á uno de los navíos, y le metieron de noche en la chalupa sujeto con una cuerda, que apretándole mucho le hizo dar gritos de dolor. Compadecido el hombre que le guardaba, le aflojó un poco, pero sin soltar la cuerda con que había sido atado. Quibián, menos embarazado en sus movimientos, se arrojó de improviso al mar, llevándose tras de sí á su guarda; y hábil nadador, favorecido



---

por la oscuridad de la noche, burló la persecución de los españoles. Estos se creyeron autorizados para apoderarse de todos los bienes del cacique fugitivo, culpable sólo por haber recobrado su libertad, que le habían arrebatado con un acto de violencia. Su casa fué saqueada, y los españoles se repartieron su oro que valía trescientos ducados.

Quibián, respirando odio y venganza, preparaba terribles represalias á sus enemigos. Adelantándose por un espeso bosque á propósito para ocultar su marcha á los españoles, sorprendió á la colonia, atacándola de improviso con sus tropas, que daban gritos horrorosos y lanzaban flechas encendidas para pegar fuego á los techos de las casas. Esto no lo pudieron conseguir por la mucha distancia, pero se trabó un combate encarnizado que podía ser fatal á toda la colonia. El valor de Bartolomé la salvó, cargando á los indios con tal denuedo, que los derrotó, causándoles una pérdida considerable. Los españoles tuvieron un

muerto y algunos heridos, entre los que se contaba Bartolomé, á quien dieron un flechazo en el estómago, aunque felizmente la herida no fué mortal.

Colón esperaba que esta derrota serviría de lección al cacique para no hostilizar á los españoles; pero no sirvió más que para ponerle todavía más furioso. Su odio prometía á sus enemigos una venganza de que al cabo hubieran sido víctimas si asustados del peligro que les amenazaba no hubiesen declarado que preferían los peligrosos azares de una larga navegación á la suerte que les esperaba en una tierra donde quedaban expuestos á los incesantes ataques de un enemigo tan implacable. El Almirante, viendo su desesperación y el desig-nio que les inspiraba, no pudo rehusarse á recibirlos á bordo, y abandonando uno de sus navíos que ya no podía sostenerse en el mar, se hizo á la vela con los otros tres, también en muy mal estado.

No deseaba otra cosa más que poder llegar á la isla Española con sus buques tan

---

averiados, porque ya había conocido que no podían servirle para volver á España; pero la escuadrilla fué acometida por los violentos huracanes, tan frecuentes en aquel mar. La experiencia de Colón, sus consejos y sus exhortaciones no podían infundir ánimo á sus equipajes, en los que reinaba el desorden y la confusión. Sus órdenes no eran ejecutadas, y en vano prescribía las más sabias disposiciones, porque no hacían caso de su voz. Vió perecer uno de sus navíos cuando aún se hallaban á vista de tierra firme, y los otros dos hacían agua con tanta abundancia, que eran precisos todos los esfuerzos de las tripulaciones y el ejercicio continuo de las bombas para que no se fuesen á pique. Colón no se había hallado nunca en una situación tan crítica. Tomó el rumbo para la isla de Cuba, donde esperaba que descansase su tripulación y se pudiesen componer sus navíos tan deteriorados; pero otra tempestad le lanzó lejos de las costas de Cuba, en el momento de abordar á ella. Los dos na-

víos, empujados uno contra otro por un viento impetuoso, chocaron con tal violencia, que todos cuantos iban á bordo creyeron que iban á abrirse en canal, y se preparaban ya á la muerte.

A pesar de todo, las naves resistieron este choque terrible y llegaron hasta la costa de la Jamaica, donde el Almirante consiguió, por medio de una hábil maniobra, hacerlas encallar cuando estaban próximas á irse á pique: si tarda un momento más, perecen él y todos sus compañeros.

La compostura de los navíos presentaba dificultades insuperables, porque eran tan grandes sus averías que no había esperanza de que volviesen á salir al mar. A pesar de todo, el Almirante no quiso demolerlos, juzgando con su acostumbrada prudencia que tal y conforme estaban ofrecerían más seguridad á las tripulaciones que su permanencia en tierra. Manteniéndose sobre aquellos restos, se estaba al abrigo de los ataques de los naturales del país, y los españoles tenían menos ocasión de provocar

con alguna imprudencia su descontento y su venganza, perdiendo las ventajas que su alianza y amistad les pudieran proporcionar. Por consiguiente, las naves fueron reparadas por los costados, se construyeron barracas sobre los puentes y se prohibió á las tripulaciones bajar á tierra.

El Almirante pudo felicitar-se por tan prudentes medidas, porque los indios no tardaron en venir á bordo, y como se les hacía buen recibimiento, manifestaban mucha confianza y amistad á los extranjeros. Traían víveres en abundancia, y se marchaban muy contentos, después de haber dado dos patos por un pedazo de talco, un pan hecho con la raíz de casabe por una cuenta de vidrio, y los objetos de más valor por un cascabel.

Entre tanto se hacía preciso pensar en los medios de salir de la isla: celebróse un gran consejo á bordo del navío del Almirante para discutir esta cuestión vital. Todos fueron de parecer que se debía dar parte de sus apuros al gobernador de la Española,

suplicándole un navío en el que pudieran embarcarse. ¿Pero cómo le habían de llevar este aviso? El Almirante no contaba más que con una chalupa, y había más de treinta leguas desde la Jamaica á la isla Española.

Los modales afables y la buena fe de Colón habían inspirado á los naturales tan vivo afecto á su persona, que no tuvieron inconveniente en venderle algunas canoas; no eran más que troncos ahuecados, informes y toscos barquichuelos, útiles á lo más para navegar á lo largo de la costa; pero incapaces de resistir al menor golpe de viento y prontos á sumergirse á la primera oleada. Emprender un viaje tan largo con tan frágiles embarcaciones, era exponerse á una muerte casi segura, y sin embargo, estos peligros no aterraron á dos compañeros de Colón. El español Méndez y el genovés Fieschi se expusieron valerosamente para salvar al Almirante y á las tripulaciones. Al conservar los nombres de estos dos varones intrépidos y transmitirlos á la

más remota posteridad, la historia no ha hecho más que rendir el debido homenaje á su heroico sacrificio; ha cumplido un deber de justicia y de agradecimiento para con los salvadores de Colón.

Cada uno se embarcó en su canoa particular, llevando seis españoles y cuatro salvajes que hiciesen el oficio de remeros. Quedó pactado, que así llegase á la isla Española, Fieschi volvería á dar parte al Almirante, mientras que Méndez iría por tierra á Santo Domingo, para desempeñar la comisión de que iba encargado para el Gobernador. Partieron, al fin, acompañados de los ardientes votos de sus desgraciados compañeros, para que tuviesen un próspero viaje.

Habían navegado ya durante cuarenta y ocho horas, sufriendo mucho por el calor insoportable y siguiendo exactamente la dirección que el Almirante les había indicado, cuando se les figuró que se habían extraviado del verdadero camino y que se habían pasado en alta mar, mucho más allá

---

de Santo Domingo. Considérese ahora la angustia de aquellos hombres, que habiendo agotado ya su escasa provisión de agua dulce, estaban atormentados por una sed ardiente. Algunos salvajes cayeron muertos á vista de sus aterrados compañeros, que esperando la misma suerte, daban señales de una horrorosa desesperación. Creían encontrar algún consuelo llenando su boca con el agua del mar; pero esto no hacía más que refrescar su lengua y excitar más la sed que aumentaba sus padecimientos.

De repente la esperanza vino á reanimar sus almas abatidas y hacerles recobrar su valor. Era de noche, y la luna, presentándose de improviso en el horizonte, les permitió ver, hacia la parte por donde había salido, una eminencia formada por una roca. Apenas la distinguieron, cuando creyendo encontrarse cerca de una isla, procuraron llegar á ella á fuerza de remos. Llegaron, en efecto, pero una triste realidad disipó sus ilusiones: aquella isla donde



esperaban encontrar el término de sus males y de sus padecimientos, no era más que un peñasco estéril, sin rastro de vegetación.

A pesar de su desesperación quisieron recorrer aquel islote. Bajaron de sus canoas, y apenas habían andado algunos pasos, cuando encontraron agua en abundancia en el hueco de las rocas: era agua llovediza, pero clara y fresca como la de una cisterna. El descubrimiento de semejante tesoro les hizo olvidar la templanza tan necesaria después de sus largas privaciones. Se precipitan con ansia sobre el agua y se sacian hasta más no poder: unos pagan instantáneamente con su vida su exceso, y otros, víctimas de la propia imprudencia, la pagan después con calenturas, consunción ó hidropesía.

Aquellos desgraciados habían podido satisfacer la más imperiosa de sus necesidades, pero sufrían otras privaciones no menos crueles. Por una casualidad feliz para ellos, el mar arrojó á la costa algunos pe-

---

ces, cuya carne pudo entretener su hambre. Entonces los comandantes de las dos canoas resolvieron que sus compañeros disfrutasen algún descanso sobre aquel peñasco solitario durante el calor del día, y se embarcaron á la caída de la tarde. Después de haber remado toda la noche alumbrados por la luna que prestaba este alivio á su triste situación y á los padecimientos que habían sufrido, saludaron por fin con sus gritos de alegría á la costa occidental de la isla Española, donde desembarcaron.

Rebelión de Porras.—Colón abandonado por sus compañeros en la Jamaica.—Vuelta de los rebelados.—Peligro de hambre.—El eclipse de luna.—Sagacidad de Colón.—Guerra civil entre los españoles.—Llegada de un navío á la Jamaica.—Colón se embarca para Santo Domingo.—Su regreso á España.—Muerte de la reina Isabel.—Injusticia de la corte.—Muerte de Colón.—Su sepultura en Sevilla.—Traslación de sus cenizas.—Su retrato.—Administración de Ovando en Santo Domingo.—Espantosa despoblación de la isla Española.—La reina Anacoana.—Perfidia de Ovando para con ella.—Bartolomé de las Casas en América.—Su celo por la causa de los americanos.—El primogénito de Colón cita ante un tribunal al rey Fernando.—Gana el pleito.—Juan Ponce en Puerto Rico.—El perro Becerrillo.—Velázquez en Cuba.—Resistencia del cacique Hatuey.—Es quemado vivo.—Palabras que pronuncia antes de morir.—Una tradición india.—La fuente de juventud.—Descubrimiento de la Florida.

Mientras que Méndez y Fieschi arrostraban tan grandes peligros por socorrer á sus hermanos de la Jamaica, esperaban éstos con la mayor impaciencia la vuelta del que debía anunciarles la feliz llegada de su compañero á la isla Española. Fijos siem-

pre sus ojos en el mar, se consumían en la angustia de tan dolorosa expectativa, hasta que, llegando á desanimarse del todo, desesperaron de que Fieschi volviese, y se persuadieron que los dos enviados habían perecido entre las olas. Forzoso era resignarse á morir lejos de su patria, pues ya no había probabilidad de salir de aquella tierra que iba á ser su sepultura.

Lanzando entonces gritos de desesperación, achacaron al Almirante la causa de su desgracia; le acusaron de haberlos conducido á una muerte inevitable, y bien pronto á las quejas y maldiciones sucedieron clamores sediciosos, y la rebelión tomó un carácter amenazador á la vida del Almirante. El ciego furor de los insurreccionados necesitaba una víctima, y Colón era la más expuesta á los golpes de su estúpida venganza.

Hallábase retenido en cama por la gota, y también se hallaban enfermos muchos de sus partidarios; los que se encontraban sanos tomaron partido á favor de dos herma-

nos llamados Porras, jefes de la rebelión. El Almirante se hallaba tendido en su lecho, cuando el mayor de los dos hermanos se acercó á él para preguntarle con insolente tono, por qué se obstinaba en no volver á España. Colón le respondió con mansedumbre que no deseaba otra cosa, pero que no encontraba medio de ejecutarlo, y que si se le indicaba alguno, pronto se aprovecharía del aviso, añadiendo que de todos modos iba á convocar el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que conviniese tomar.

Esta respuesta, dictada por la razón, no satisfizo á Porras; al contrario, significó á Colón con mayor insolencia, que él no había venido allí para escuchar sus discursos, y que estaba decidido á partir en el mismo instante. «¡Amigos míos—exclamó dirigiéndose á las tripulaciones reunidas—que salgan al frente los que entre vosotros quieran seguirme.» Estas palabras fueron señal de una completa rebelión, y casi todos los españoles se pasaron al lado de Porras, di-

ciéndole: «¡Prontos estamos á seguirte!» Colón, al escuchar estas palabras, salta de su lecho, y á pesar de sus dolores, á pesar de su debilidad, quiere hacer entrar á los revoltosos en la senda del deber; pero sus criados, temiendo con razón que le matasen, le obligan á permanecer en medio de ellos y se oponen también al movimiento temerario de Bartolomé, que con espada en mano se precipitaba contra los rebeldes para castigar su traición.

Entre tanto, ellos, que habían cogido diez barquichuelos de los que los indios habían vendido al Almirante, se embarcaron en ellos aprestándose para hacerse á la vela. Los que permanecían fieles á Colón, al ver estos preparativos se desesperaban, envidiando la suerte de sus hermanos, á quienes consideraban como prisioneros que rompen sus cadenas, así es que hubo muchos que, no pudiendo resistir á esta prueba de su fidelidad, pidieron se les admitiese en las canoas, donde los recibieron de buena voluntad.

---

Colón y su hermano Bartolomé, espectadores forzosos de estas tristes escenas, no conservaron á su lado más que algunos sirvientes, y los enfermos que no tenían fuerzas para seguir á los revoltosos. El Almirante quiso dar las gracias á aquellos hombres que no le habían abandonado, y reuniéndolos alrededor de su lecho, les manifestó su gratitud en una tierna alocución, exhortándolos á preservar en tan nobles sentimientos, cuya recompensa obtendrían pronto con el fin de sus trabajos.

Los revoltosos se dirigían entre tanto á la punta oriental de la isla para ir desde allí hasta Santo Domingo; bajaron muchas veces á tierra, cometiendo excesos de toda especie, robando y maltratando á los habitantes de los puntos donde desembarcaban. Se llevaron también algunos de aquellos isleños para que remasen en las canoas, pero apenas habían andado cuatro leguas, cuando se levantó un viento furioso, las mezquinas embarcaciones se llenaron de agua, y temiendo que se sumergiesen,

trataron de aligerarlas arrojando los indios al mar.

Púsose en ejecución este proyecto contra los indios, que huyendo de sus perseguidores, se arrojaron también al mar, pero agobiados de fatiga, volvían alrededor de las canoas, agarrándose al borde para salvarse. No por esto se compadecían los que iban dentro, sino que temiendo volcasen las canoas, les cortaban cruelmente las manos, y cayendo en el agua, no tenían más remedio que ahogarse. Muchos indios hubieran perecido de este modo, si los españoles, conociendo que ni aun así podían seguir su viaje, no hubiesen resuelto volver á la Jamaica.

Mientras que estos hombres feroces señalaban su corta navegación con el robo y el asesinato, Colón, cuyo valor nunca fué abatido por la adversidad, olvidaba sus propios padecimientos para cuidar á sus compañeros enfermos. Desplegando en su favor una solicitud paternal, tuvo el consuelo de ver su completa curación, que fué



en gran parte obra suya; pero nuevas dificultades que no habían podido prever, iban á aumentar los peligros de su crítica posición.

Hasta entonces los indios habían estado muy solícitos en entrar víveres á los españoles; pero viendo que éstos no llevaban trazas de salir de la Jamaica, empezaron á inquietarse temiendo que aquellos extranjeros, consumiendo todas las producciones del país, redujesen á sus habitantes á una horrible escasez. Fortificado este temor con el recuerdo de los excesos cometidos por los rebelados, les determinó á suspender de improviso el surtido de los navíos, cesando de llevar víveres á los españoles que se vieron amenazados del hambre.

Colón halló en sus conocimientos astronómicos y en su imaginación fecunda en recursos, un medio de remediar esta desgracia y salir de apuros. Había previsto que iba á suceder muy pronto un eclipse de luna, y resolvió sacar partido de esta circunstancia para que los indios volviesen á

---

los sentimientos de respeto y benevolencia que por tanto tiempo le habían manifestado. Avisó por medio de un salvaje que había traído de la isla Española, á todos los jefes de aquellos isleños, diciéndoles que tenía que comunicarles un negocio muy importante. Cuando todos los jefes acudieron á la cita que les había dado, les dijo por medio de intérprete, que él y sus compañeros conocían al Dios criador del cielo y de la tierra, que este Dios protector de los buenos y enemigo de los malos, dispensaba, según su justicia, las recompensas y penas, y que castigaría también á los que rehusasen á los españoles las cosas indispensables para su subsistencia. « Vuestro castigo—añadió—no tardará mucho en llegar; ya amenaza vuestras cabezas, y para anunciároslo, la luna, mensajera de la cólera celeste, saldrá esta noche con el rostro ensangrentado. Daos prisa á proporcionarnos las provisiones necesarias conforme lo habéis hecho hasta aquí, ó temblad; preparaos á los más espantosos desastres,

---

que dando fin de vosotros, os hagan expiar justamente el crimen de vuestra negativa y la dureza de vuestros corazones insensibles á la piedad.»

Los isleños, incrédulos al principio, se rieron de la predicción; pero cuando al acercarse la noche fueron viendo que una oscuridad progresiva iba ocultando el disco de la luna, entonces los salvajes empezaron á temblar. Ya no se burlaban del Almirante, y vinieron atronando el aire con sus lamentos y espantosos gemidos á pedir á Colón intercediese con su Dios á favor suyo. Sólo había un medio de conjurar la venganza celeste, y era el comprometerse á traer víveres á los españoles, y los indios prometieron que nunca les faltarían. Entonces Colón les dijo que iba á interceder por ellos, y encerrándose en su cámara todo el tiempo que duró el eclipse, no volvió á presentarse á los jefes isleños hasta el momento en que la luna debía ir saliendo de la sombra. «No temáis ya—les dijo;—Dios ha visto con agrado que volvéis á

vuestros buenos sentimientos. Vuestro arrepentimiento os ha merecido el perdón de lo pasado, lo que se os anunciará también por la luna que va á presentarse á vuestros ojos con todo su brillo acostumbrado.» El cumplimiento de esta nueva profecía hizo profunda impresión en los indios, que admirando desde entonces al Dios de los cristianos, proporcionaron abundantes víveres á los españoles.

Hacía ocho meses que Méndez y Fieschi habían partido para la isla Española, sin que de uno ni de otro hubiesen vuelto á tener más noticia sus compañeros que habían quedado en la Jamaica, silencio que daba margen á tristes conjeturas acerca de la suerte de aquellos dos hombres. Persuadidos los españoles de que habían perecido, y desesperados, por lo tanto, de obtener socorro, los que aún no habían abandonado á Colón, ya trataban de reunirse á los revoltosos, que errantes por la isla vivían de la rapiña y del pillaje, cuando un navío europeo vino á fondear á poca distancia de la

costa. La sorpresa que causó á los últimos compañeros del Almirante la aparición de este buque, les hizo suspender el proyecto de su desertión. El capitán de la nave no tardó en desembarcar, y presentándose á Colón, le entregó de parte del gobernador de la isla Española una carta, un barril de vino y algunas provisiones, que consistían principalmente en tocino; en seguida se metió en su chalupa, se volvió á su navío y se hizo á la vela para Santo Domingo. Colón no encontró en la carta de Ovando más que las frases vulgares de una fría cortesanía.

La aparición de aquel navío y su brusca partida eran un enigma para los compañeros del Almirante: he aquí la clave de este enigma. Ovando, gobernador de la isla Española, que ya se había desacreditado por su conducta respecto de Colón, abrigaba todavía sus envidiosos recelos del que miraba como un terrible rival. Temblaba sólo con la idea de que volviese á España, porque sabía que el Almirante reclamaría de

---

nuevo la restitución de su título y sus funciones de virrey de las Indias Occidentales, y que alcanzando justicia haría perder al nuevo Gobernador un destino que se hacía cada vez más importante.

Le interesaba, por consiguiente, muchísimo el tener noticias positivas de la situación del Almirante, de sus apuros, y el mensaje y tardía remesa que envió á Colón revelaban ya, según algunos historiadores, los odiosos cálculos de Ovando; pero si se ha de creer á otros, el gobernador de las Indias Occidentales quería solamente, y fuera de toda especulación personal, cerciorarse del estado verdadero de las cosas, el que creía exagerado por interés.

No es del caso discutir aquí el valor de estas opiniones contradictorias (1); pero lo cierto es que, cualesquiera que fuesen las intenciones de Ovando, su carta no hizo más que aumentar la perplejidad de Colón

---

(1) Muy discutibles ciertamente. Ovando, según el juicio del P. Las Casas, fué un gobernador integérrimo.—CESÁRBO FERNÁNDEZ DURO.

y sus inquietudes por la suerte de sus compañeros. Sin embargo, no se dejó abatir por este nuevo golpe, y tuvo buen cuidado de ocultar á los que le rodeaban la situación cada vez más desesperada á que se creía reducido. Hasta fingió esperanzas que estaba muy lejos de tener, diciendo á sus compañeros, para explicarles la partida del navío, que era muy pequeño para llevarlos á todos á la isla Española; que Méndez y Fieschi habían llegado con toda felicidad; que tenían orden de comprar por su cuenta un navío mayor que iba muy pronto á llegar para que todos se embarcasen.

Ya se ha visto anteriormente que Méndez y Fieschi habían llegado á la isla Española: falta decir por qué éste no había podido volver á la Jamaica, conforme lo había prometido. Ni la fatiga de tan penosa travesía, ni la calentura que le consumía desde que tuvo que permanecer en la roca aislada, donde este hombre intrépido estuvo á punto de morir de hambre, pudieron hacerle faltar á la palabra que había dado á

---

Colón de venir á traerle la noticia de su feliz llegada á la isla Española; pero en vano empleó, ya los ruegos, ya las amenazas, para determinar á sus compañeros á que le siguiesen; ninguno quiso exponerse de nuevo á los peligros de semejante viaje. Obligado á ir con ellos á Santo Domingo, unió sus esfuerzos á los de Méndez para que el Gobernador les vendiese un navío en el que fuesen á buscar y traer al Almirante y sus compañeros de infortunio. Ovan-do eludía su petición, ó si les prometía satisfacer á ella, hallaba siempre frívolos pretextos para retardar el cumplimiento de su ilusoria promesa.

Colón, entre tanto, no podía sujetar á los revoltosos; su autoridad era desconocida, y lejos de entrar en la senda de sus deberes, llevaron los sediciosos su audacia hasta el punto de exigir que el Almirante pudiese á su disposición la mitad de los utensilios y efectos que había á bordo de los navíos encallados, amenazando que vendrían á buscarlos con las armas en la mano



---

en caso que se les negasen. Colón negó altamente lo que le pedían, y los sediciosos se prepararon á poner por obra sus amenazas.

Como sus dolencias impedían á Colón salir á campaña, envió á su hermano Bartolomé al frente de cuantos se hallaban en estado de tomar las armas contra los rebeldes que se venían acercando, pero con orden todavía de ensayar medios de conciliación, sin recurrir á las armas hasta que fuese atacado. Bartolomé, conformándose á las órdenes del Almirante, cuando avistó á los rebeldes les dirigió palabras de paz y reconciliación; pero ellos se creyeron que Bartolomé tenía miedo, y atribuyendo sus razones á pusilanimidad é impotencia, trabaron el combate. Había entre ellos seis que habían jurado reunir sus esfuerzos contra un solo enemigo, atacándole exclusivamente y persiguiéndole sin cesar hasta que le viesan caer muerto á sus piés: el enemigo era Bartolomé; pero este digno hermano del Almirante se defendió con intrepidez

contra sus seis adversarios: después, conduciendo su pequeña tropa y animándola con su ejemplo, se precipitó con tanta impetuosidad sobre los rebeldes, que los derrotó completamente: algunos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y el resto debió su salvación á la fuga.

Entre los rebeldes que se llevaron sujetos al navío se hallaba Porrás, el jefe de los rebelados, á quien el hermano de Colón desarmó por su propia mano; pero los fugitivos imploraron bien pronto el perdón del Almirante, cuya generosidad conocían, y no invocaron en vano su clemencia, porque los perdonó. Así, gracias á la firmeza de Colón, se restablecieron el orden y tranquilidad, y sólo hubo castigo para los jefes de la rebelión, á quienes convenía tenerlos presos hasta que un tribunal fallase la pena que merecían.

Entre tanto, Méndez y Fieschi acosaban con sus solicitudes al gobernador de la isla Española para que les permitiese comprar un navío destinado al servicio del Almiran-

---

te. Sus instancias triunfaron al fin de la mala voluntad de Ovando, que les otorgó el permiso que le pedían, temiendo tal vez la severidad de la corte si prolongaba con su negativa los apuros de Colón. Este vió al fin llegar á la Jamaica el navío comprado para él, y se embarcó con toda su gente para Santo Domingo, alejándose de una isla en la que había sufrido tanto por un año entero.

Ovando, fiel á su pérfido sistema contra el Almirante, había dado orden de que fuese recibido en Santo Domingo con todos los honores debidos á su rango, á sus títulos y á sus servicios; pero mientras que prodigaba á Colón hipócritas homenajes, ponía en libertad á los jefes de la sedición, á unos hombres que se habían atrevido á tirar de la espada contra sus hermanos y á quienes el Almirante quería trasladar á España para presentarlos ante un tribunal. No contento con favorecer la causa de estos criminales, quería intimidar á los españoles que habían

permanecido fieles al Almirante, amenazándolos con que iba á someter su conducta á un severo examen, como si fuese un delito de que pudieran arrepentirse el haber sido fieles á Colón.

El Almirante despreció estos nuevos insultos, y haciéndose superior á sus enemigos con el desprecio que prodigaba á sus ultrajes, no dió á entender al gobernador de la isla Española la indignación que le causaba semejante conducta; pero se dió prisa á salir de un país cuyo descubrimiento parecía que el cielo quería hacerle expiar con infelicidades y desgracias de todo género. Así que estuvieron prontos dos navíos que fletó, se hizo á la vela para España el 12 de Setiembre de 1504.

La suerte que se había empeñado en perseguirle desde el momento en que empezó á realizar sus grandes empresas, no le dejó acabar tranquilamente su último viaje. Apenas se había alejado de la isla Española, cuando el navío en que iba fué asaltado por violentas tempestades y averiado de tal

---

manera que el Almirante tuvo que enviarle á la isla Española. El otro quedó no menos maltratado, porque además de sus considerables averías que le ponían en estado de no poder resistir las fatigas de tan larga navegación, había perdido el palo mayor y el de mesana. Colón no por esto dejó de proseguir su camino, y con un navío tan estropeado anduvo un espacio de seis á setecientas leguas marinas. Al fin, escapando de mil peligros, ancló en el puerto de San Lúcar, en Andalucía.

No había llegado aún el término de sus adversidades, pues apenas había desembarcado, cuando supo la muerte de Isabel de Castilla, acaecida en Medina del Campo el 9 de Noviembre. Esta princesa era su única protectora, y perdiéndola debía renunciar á la esperanza de obtener reparación de todas las injusticias que el Gobierno español había cometido con él. ¿Qué podía esperar de un monarca suspicaz, indiferente á los grandes pensamientos é insensible á las grandes empresas y que no

había manifestado la mejor voluntad á favor de los proyectos de Colón?

Después de algunos meses de descanso en Sevilla y así que su salud se lo permitió, se puso en camino para la corte para hacer al rey Fernando una relación de su último viaje. Acompañado de su hermano Bartolomé, llegó á Segovia, donde entonces estaba la corte, y en una audiencia particular del Rey que los recibió con frialdad, aunque prometiendo hacerles justicia, Colón le recordó con enérgicas palabras sus gloriosos servicios; pero las promesas de D. Fernando no eran sinceras, y Colón reclamó y esperó en vano su cumplimiento. Cansado al fin de las quejas y reclamaciones del Almirante, el Rey le propuso que renunciase á todos sus privilegios, ofreciéndole en cambio tierras en Castilla, dándole una pequeña villa del patrimonio real acompañada de algunas pensiones. Tal fué la recompensa de los trabajos de Colón para gloria de la España y del Nuevo Mundo que le había proporcionado.

No sobrevivió mucho tiempo á su protectora la reina Isabel; la ingratitud del gobierno apresuró el fin de sus días, y murió á los setenta años, el 20 de Mayo de 1506, día de la Ascensión (1). Hallábase entonces en Valladolid, desde donde su cadáver fué trasladado á la Cartuja de Sevilla y luego á la isla Española para ser enterrado en la capilla mayor de la iglesia catedral de Santo Domingo, donde sus restos mortales han descansado por más de tres siglos. Después de la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo, han sido trasladados á la isla de Cuba y esperan todavía en la Habana un monumento digno del gran nombre de Cristóbal Colón (2).

---

(1) La fiesta de la Ascensión cayó el año 1506 el jueves 21 de Mayo. D. Fernando Colón incurrió el primero en el error de ponerla en el día 20, y casi todos los historiadores sucesivos le han seguido sin caer en la cuenta.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(2) Los restos de Colón fueron en 1513 depositados en el monasterio de cartujos de las Cuevas, en Sevilla, y en 1536 trasladados á la catedral de Santo Domingo en la isla Española. Habiendo pasado la isla

Tuvo de su primer matrimonio á su hijo D. Diego, que heredó todas sus dignidades, y de Beatriz Enríquez, con la que se había casado en España (3), á D. Fernando, que escribió la vida de su padre.

Debemos ahora dar á conocer la persona y carácter de Colón, con arreglo á los retratos que de él han hecho los diversos historiadores de su época.

Su estatura era alta y bien proporcionada; su aspecto y toda su persona manifestaban nobleza. Tenía la cara larga, nariz aguileña, color blanco y ojos azules y vivos. En su juventud tenía el pelo casi ru-

---

al dominio de los franceses á 20 de Diciembre de 1796, se exhumaron á petición del teniente general de la armada, D. Gabriel Aristizábal, y puestos en una urna de plomo se trasladaron á la Habana. La urna se condujo desde el puerto á la catedral con una pompa fúnebre sin igual en América, y costeada por el Ayuntamiento de la Habana. Las cenizas se depositaron el 19 de Enero de 1796 en el presbiterio de la catedral, bajo una lápida con su inscripción latina. — N. DEL T.

(3) No casó Colón con Beatriz Enríquez; D. Fernando fué hijo bastardo.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.



bio, pero las fatigas y las pesadumbres le habían hecho encanecer antes de tiempo; por lo demás, su cuerpo estaba bien constituido y reunía la agilidad al vigor. Era muy tratable y complaciente, de costumbres apacibles y metódicas; afable con los extranjeros y humano con sus dependientes, formaba las delicias de sus amigos por su buen humor y la inalterable igualdad de su carácter.

Los sucesos que hemos referido revelan la fuerza y grandeza de su alma, la maravillosa facilidad con que sabía encontrar recursos y su firmeza inalterable á vista de los peligros. Había pasado las dos terceras partes de su vida en una posición que no pasaba de la medianía, y sin embargo, apenas mejoró su situación, cuando manifestó, sin que le costase trabajo y como guiado por un instinto natural, modales llenos de nobleza y dignidad; en una palabra, pareció nacido para mandar. Poseyendo en grado superior el tono y la elocuencia que fortalecen la autoridad é imponen

la obediencia, hablaba poco, pero con gracia y energía. Modesto en su vestido, sobrio, animado de un celo ardiente pero ilustrado por el bien público y la religión, tenía una piedad sincera, una honradez á la que sus mismos enemigos rindieron homenaje, un entendimiento ilustrado con el estudio de las ciencias á que se había aplicado con fruto en la Universidad de Padua, y hasta componía algunos versos.

Si Colón tuvo cualidades eminentes, también tuvo algunos defectos; elevado de repente desde simple piloto á tan altas funciones, tuvo siempre una desconfianza que le hizo muy susceptible en el ejercicio de su autoridad, y sus excesivos celos le hicieron cometer faltas y le suscitaron bastantes enemigos. Era naturalmente propenso á la cólera, y aunque sabía refrenarla, olvidó con frecuencia que la suerte le había puesto en medio de una nación cuya altivez exigía ciertos miramientos y ser respetada hasta en sus extravíos. Tal vez no estudió bastante el carácter español, y

---

con un poco más de maña hubiera conseguido que le perdonasen su gloria y su título de extranjero. Sin embargo, los historiadores de España están unánimes en su juicio acerca de Colón; ninguno ha puesto en duda la superioridad de su genio, ni sus virtudes, ni sus derechos al eterno agradecimiento de la nación española. Oviedo, dirigiéndose á Carlos V, le dice que Colón había merecido le erigiesen estatua de oro. Herrera le compara á los héroes cuyas hazañas han inspirado tan dignamente á los mejores poetas y á los que la antigüedad profana colocaba en el Olimpo al lado de dioses.

Hemos dicho que Colón componía versos: la riqueza de las descripciones que ha trazado en sus relaciones prueba que poseía un verdadero talento poético. Dominado y aun arrebatado por su imaginación entusiasta, creyó encontrar en la costa de Paria el paraíso terrenal, en las minas de Santo Domingo las de Ophir, y el Chersoneso de Oro en la costa de Veragua. ¡Cosa singular! Hasta el último momento de su

---

vida ignoró la importancia incalculable de sus descubrimientos. Creía sólo haber descubierto un nuevo camino al comercio hasta algunas de las comarcas salvajes de Oriente, y esta idea le sugirió las más extrañas suposiciones (1).

Ahora es preciso dirigir nuestra atención á la isla Española, para juzgar la administración de Ovando.

Los españoles que se habían establecido en la isla, no tenían motivos más que para elogiar el modo que tenía el Gobernador de desempeñar sus importantes funciones. La colonia le era deudora de estatutos muy sabios y del completo restablecimiento de la concordia y la tranquilidad (2). Dirigiendo hábilmente la explotación de las minas, sacó tesoros para enviar á su soberano, y

---

(1) Esto es exacto y contradice la suposición á que se refiere la nota inserta en la pág. 205. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(2) También esto es exacto y no lo tuvo presente el autor al escribir lo impugnado en la nota inserta en la pág. 260. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

enriqueciéndose él al mismo tiempo, no se olvidó de sus compañeros. Hizo un señalado servicio á la colonia y á la Europa, introduciendo en las Indias occidentales el cultivo de la caña de azúcar que hizo venir desde Canarias. Pero este mismo hombre que tan bien gobernaba la colonia no observaba la misma conducta con los pobres indios.

No contento con haber esclavizado la población indígena de la isla, condenándola á los trabajos más duros y agobiándola con exorbitantes impuestos, empezó á considerarla cual si fuese un rebaño de bestias de que podía disponer á su capricho. Para satisfacer la codicia de sus compañeros repartió entre ellos los indios, dando á uno veinte, á otro cincuenta y á otro ciento, lo mismo que un rico propietario de Europa distribuye las cabezas de ganado á sus arrendadores. Autorizó además á los dueños para que empleasen y tratarasen como mejor les pareciese á aquellas desgraciadas criaturas.

Desde este momento, aquel pueblo débil

---

y bueno sufrió tan cruel tratamiento por parte de sus insensibles señores, que la mayor parte de los indígenas pereció por el exceso de su miseria y sus fatigas, habiendo algunos que desesperados pusieron término á una existencia que aborrecían, por medio del suicidio. Cuando Colón descubrió este país, calculó en un millón el número de los habitantes, y en menos de quince años ya no se contaban más que sesenta mil indígenas. Resulta, que en tan corto espacio de tiempo, la crueldad de los españoles hizo perecer novecientas cuarenta mil personas (1).

Había aún en la isla una provincia extensa y fértil no sometida enteramente al dominio de los españoles, aunque les pa-

---

(1) Creemos este cálculo sumamente exagerado y fundado en documentos inexactos. Con algunos más positivos se pudiera comprobar esa crueldad ejercida por los mismos que nos la echan en cara. No obstante, es necesario decir que la despoblación de la isla Española tuvo por causa, más que las vejaciones hechas á los indios, la considerable emigración de éstos á otras islas y tierra firme para sustraerse á la obediencia.

gaba tributo. Era gobernada por una reina llamada Anacoana, amiga de los hombres blancos y muy puntual en pagar el tributo impuesto á la provincia por Ovando.

Para desgracia de esta provincia y de su Reina, habían ido á establecerse á ella algunos de los antiguos cómplices de Roldán. Anacoana y sus súbditos se habían siempre portado muy bien con aquellos miserables, que de vez en cuando solían corresponder á este buen trato con sus violencias y rapiñas, hasta que con su insolente conducta obligaron á la Reina á que emplease contra ellos los medios de un justo rigor para reprimir sus excesos. Como habían contado con la impunidad, la firmeza de la Reina les irritó y concibieron el proyecto de una horrible venganza, jurando la pérdida de

---

cia de los españoles y vivir conforme estaban acostumbrados. Hubo además horribas epidemias de viruelas, que sólo se han corregido cuando los mismos españoles introdujeron la vacuna, y, por último, la mezcla con las castas europea y africana, iba poco á poco haciendo desaparecer el tipo y señales características de la población primitiva.—N. DEL T.

aquel pueblo que les había prodigado todas las atenciones de una generosa hospitalidad.

Denunciaron á Ovando como dispuestos á rebelarse contra el dominio español á la reina Anacoana y á sus súbditos, conjurando al gobernador para que estorbase la ejecución de la trama, asegurando la persona de la Reina y apoderándose de sus bienes y de su reino.

No se ocultaba á la sagaz política de Ovando la intención de los denunciadores, ni la injusticia de la acusación; pero le convenía tomar por lo serio la denuncia y creer que el peligro era inminente. Se le ofrecía una ocasión y un pretexto para apoderarse de los bienes de la Reina, que eran objeto de su ambición, y resolvió proceder como si le hubiesen dicho la verdad.

Había el inconveniente de que la Reina disponía de fuerzas considerables que no hubiera sido prudente despreciar. Su dominio se extendía en un país vasto y muy poblado, pues los historiadores contemporáneos aseguran que Anacoana tenía tres-



---

cientos caciques por vasallos y que estaban obligados á presentar cada uno su contingente de tropas auxiliares cada vez que la Reina reclamase su auxilio. Ovando lo sabía, y no atreviéndose á declarar la guerra á la reina Anacoana ni correr el peligro de romper las hostilidades contra un enemigo tan poderoso, tomó el partido más seguro, aunque menos noble, cual fué el de recurrir á una estratagema.

Para asegurar el resultado de la emboscada que meditaba, avisó á la Reina de que iba á pasar á visitarla, para estrechar los lazos de amistad que unían á los dos pueblos, y que iría acompañado de un numeroso séquito, para rendir más digno homenaje al poder de la soberana. Púsose al instante en camino seguido de trescientos infantes y setenta caballos. Anacoana, que no tenía sospechas, y miraba como un festejo la visita que le hacían aquellos extranjeros á quienes profesaba un sincero afecto, quiso dar al recibimiento que pensaba hacerles todo el carácter de una solemnidad regia,

y convocó á todos sus vasallos. Apresuráronse éstos á concurrir al llamamiento, y con tan brillante comitiva salió á recibir al Gobernador.

Así que Ovando se presentó, la Reina hizo la señal de que empezasen los cánticos y los bailes, y condujo al Gobernador á la residencia real. Allí, con su bondad natural apuró su ingenio para hacer agradable aquella mansión al jefe español, multiplicando los juegos y diversiones que se usaban en su pueblo, que con su algazara favorecía las intenciones de su soberana. Ovando se manifestó muy satisfecho de aquel recibimiento, y para corresponder á él, pidió permiso á la princesa de ofrecerla á ella y á toda su corte el espectáculo enteramente nuevo de una diversión europea. Ovando sabía muy bien que la Reina no le había de hacer un desaire, y así es que al otro día no sólo se reunió la corte sino que acudieron al espectáculo prometido una multitud de indios atraídos por la curiosidad. Entonces el gobernador, con pretexto de

dar algunas órdenes para la función, salió de la sala atestada de espectadores.

En breve volvió á presentarse á la cabeza de sus jinetes, y precedido de soldados que ocuparon todas las avenidas de la plaza donde debía darse la función; después se dirigió hacia la espaciosa sala, formada por un cobertizo sostenido por gran número de pilares, donde estaba reunida toda la corte en presencia de Anacoana. Los indios, creyéndose en completa seguridad, se extasiaban con la belleza de aquel espectáculo militar. De improviso Ovando lleva la mano á su cruz, y á esta señal convenida, los soldados tiran de sus espadas y se precipitan sobre los consternados indios, atropellándolos sin distinción de sexo ni edad. La Reina es sorprendida y cargada de cadenas, los caciques sujetos también; la sangre corre en abundancia entre los gemidos de los moribundos y el clamor de los combatientes, y por último, se prende fuego al edificio, que desplomándose acaba de rematar á las víctimas.

La infeliz Anacoana sobrevivió á tantos desgraciados como había visto perecer; pero todavía era más digna de lástima que ellos. Al menos si hubiera sufrido su suerte, no hubiera visto prolongarse su suplicio con el escarnio de una justicia sanguinaria. Fué llevada á Santo Domingo para la formación de su causa. En vano se buscaron pruebas para convencerla del crimen de que la acusaban; sólo constaba su afecto sincero á los españoles, á aquellos mismos que habían correspondido á sus bondades con su perfidia, y cuyas solas declaraciones bastaron para que malos jueces sentenciasen á la pena capital á la desgraciada Reina. Esta execrable sentencia se ejecutó á vista de los mismos que no habían esperado á su muerte para apoderarse de sus estados (1).

El suplicio de Anacoana aterró á lo restante de la población india, en términos que no se volvieron á hacer más tentativas para

---

(1) Hay mucho de fantástico en esta relación inspirada por el celo laudable, pero exagerado, del P. Las Casas.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

sustraerse á la opresión. La reina Isabel había siempre recomendado que se tratase á su nuevo pueblo con humanidad y dulzura: mientras que ella vivió, los tiranos se contuvieron; pero su muerte fué en cierto modo la señal de todos los excesos, de todas las violencias. No hubo un poder protector que se interpusiese entre el opresor y el oprimido, entre el tirano y la víctima entregada á merced de su codicia sanguiñaria. Es verdad que un digno sacerdote católico, un varón cuyo nombre debe ser pronunciado con respeto, Bartolomé de las Casas (1) tomó á su cargo la defensa de aquellos desgraciados pueblos. Consagrando su vida á esta santa misión, á este su-

---

(1) Fray Bartolomé de Las Casas, varón apostólico, primero capellán, después religioso Dominicó, y últimamente obispo de Chiapa. A este hombre piadoso debieron los indios grandes beneficios, por lo que le amaban entrañablemente. Constituido en protector suyo, recorrió todas las Américas, nombrado en 1516 por el cardenal Cisneros. Pasó cuatro veces hasta Alemania para verse con el Emperador, y cruzó diez y siete veces el Océano para defender la causa de los

---

blime ministerio de humanidad, imploró sin cesar, ya en España, ya en las Indias occidentales, la compasión en favor de los infelices indios. Hasta su último suspiro defendió valerosamente esta noble causa; más ¡ah! la voz de un hombre solo era insuficiente contra esfuerzos conjurados, contra la liga de los opresores que oponían por únicos argumentos á las mejores razones de Las Casas, las barras de oro que enviaban á la corte de España.

La población india disminuyó de un modo tan espantoso en la isla española, que no se encontraban indígenas suficientes para la explotación de las minas. Ovando propuso entonces al Rey volver á poblar la isla, tra-

---

indios, exponiéndose á persecuciones. Escribió algunas obras é intervino en la formación del código de Indias; también se le atribuye la idea de establecer audiencias en América, adonde los naturales pudiesen recurrir contra los abusos de sus señores. Casas, sin embargo, dejándose llevar de su celo, ha desfigurado algunos hechos y ha dado márgen con sus declamaciones á las invectivas que nos prodigan los extranjeros.—N. DEL T.

---

yendo los habitantes de las islas Lucayas descubiertas por Colón en su último viaje. Su objeto, según decía en la memoria que dirigió al monarca, era instruirlos más fácilmente en la religión cristiana. Este piadoso pretexto hizo que fuese aceptada su propuesta; pero como el realizarla ofrecía algunas dificultades por la resistencia de los indios, amantes de su país natal, recurrió á la astucia para hacer caer en el lazo á un pueblo débil y crédulo. Mandó equipar con la mayor presteza algunos navíos, que se hicieron á la vela para las Lucayas. Cuando desembarcaron los diputados de Ovando á quienes era ya familiar el idioma de las islas, dirigieron á los habitantes esta solemne mentira en forma de alocución: «Buenas gentes—les dijeron—venimos á daros una buena noticia: nosotros venimos del país de los bienaventurados, habitado por vuestros mayores y en el que pasan su vida en medio de inefables delicias, en el seno de una felicidad imposible de pintar. Os suplican que vayáis lo antes posible, por-

---

que os esperan para que disfrutéis en su compañía esta felicidad; persuadidos nosotros de que acudiréis prontamente á su invitación, nos ofrecemos á llevaros en nuestros navíos.»

Apenas estos embusteros acabaron de hablar, cuando los habitantes, demasiado sencillos para sospechar el engaño de que iban á ser víctimas, corrieron á la costa pidiendo los embarcasen en los navíos para irse á reunir con los objetos de su cariño y su respeto: más de cuarenta mil de aquellos infelices pasaron á bordo para ser conducidos á la isla Española.

Así que llegaron á esta isla, conocieron que los habían engañado indignamente, y muchos murieron de pesadumbre, mientras que otros se expusieron á los mayores peligros para volver á su patria y escapar de la esclavitud. Algunos fueron encontrados por un navío en alta mar á más de cincuenta leguas de la Española, sentados en un tronco de árbol para sostenerse encima del agua y esforzándose para llegar á su



---

país con ayuda de los remos. No llevaban más provisión que calabazas llenas de agua dulce atadas al tronco que les servía de embarcación. Fueron vueltos á la Española para seguir en la esclavitud. En fin, á la astucia que ya era ineficaz, sucedió la violencia, llevándose por fuerza los habitantes de aquellas islas muy pobladas; y en pocos años al movimiento de una población numerosa sucedió en ellas el silencio del desierto y la calma de la tumba.

El virtuoso Las Casas había hecho inútiles esfuerzos para salvar á los infelices cuya defensa había emprendido; pero extraviado en su celo por la libertad de sus protegidos, de sus amigos de América, recurrió á un medio que debía causar la destrucción de otra especie de hombres. Aconsejó se comprasen negros de la costa de Africa, que más robustos que los americanos, aguantarían mejor el penoso trabajo de las minas.

El Gobierno español siguió este consejo, y tal fué el origen de ese comercio bár-

baro de esclavos (1), de ese infame tráfico, que durante muchos siglos ha costado cada año la libertad y aun la vida á más de cuarenta mil negros, y que aun en nuestros días vemos que resiste á los esfuerzos de grandes naciones de Europa coligadas para abolirle (2). En cuanto á los pobres americanos, su suerte poca mejoría tuvo, pues continuaron sufriendo la esclavitud.

Ibase acercando el momento en que llamado Ovando á España, daría fin la admi-

---

(1) La esclavitud de los negros data desde la más remota antigüedad; siempre los había habido en Grecia, en Roma, en los vastos dominios de los emperadores de Constantinopla y en las poblaciones musulmanas. Sin apelar á los tiempos antiguos, los portugueses empleaban ya los esclavos en sus posesiones de Africa desde antes de 1481. Los primeros esclavos no entraron en la isla de Santo Domingo hasta el año de 1501; por consiguiente, los españoles en todo caso, no hicieron más que imitar el ejemplo de otras naciones que hoy más se precian de filantrópicas.—N. DEL T.

(2) Por ello ha escrito el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, «que la *humanidad* del gran padre y medianero de los indios, no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco.»—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

nistración de un hombre que tanto mal había hecho á los Colones. D. Diego, el primogénito de los hijos del Almirante, reclamó con vivas instancias, después de la muerte de su padre, la ejecución del contrato que había hecho con el Rey, pidiendo el título y funciones de virrey de las Indias occidentales, en nombre del acta solemne que aseguraba perpetuamente su posesión á la familia de Cristóbal Colón. Pero el rey Fernando, siguiendo la conducta de que el Almirante se quejaba con tanta amargura y que aceleró el fin de sus días, fué tan injusto con el hijo como lo había sido con el padre, y sin hacer caso de las representaciones de D. Diego, ni de las personas que se interesaron por él, persistió en una negativa que debía ser un borrón de su memoria (1).

Indignado de esta falta de justicia y con-

---

(1) Esos pleitos, cuyos autos ahora publica por vez primera la Academia de la Historia, harán patente cuánto el ilustre Campe se equivocó.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

---

fiando en su derecho, D. Diego no tuvo miedo de citar al Rey ante el tribunal establecido para entender en los negocios de América. Los jueces se honraron con su animosa imparcialidad, declarando que el monarca debía cumplir á D. Diego las promesas que había hecho á su padre. A pesar de todo, D. Fernando tal vez no hubiera hecho caso de esta decisión, y don Diego hubiera visto otra vez sus pretensiones desestimadas por el Rey, á no haber encontrado una poderosa protección en la corte obteniendo la mano de la hija de uno de los primeros señores del reino. Era sobrina del duque de Alba que no puso reparo á un enlace con un personaje á quien la sentencia del tribunal había investido con la más alta dignidad de la monarquía española. El crédito de esta familia ilustre y sus poderosos empeños triunfaron al fin de la mala voluntad de Fernando, que se decidió á condescender con la demanda de D. Diego. Ovando fué llamado y toda la familia de Colón se embarcó para la isla Española. Don

---

Diego iba acompañado de su hermano, de sus tíos, de su esposa y muchos españoles de distinción. Llevaba un tren cuya magnificencia correspondía á la importancia de las funciones que iba á ejercer en América, y se mostró en la isla Española digno del nombre de su padre, digno de la nación que representaba. Gracias á su administración, la colonia se halló en poco tiempo muy floreciente, y entre las familias ilustres que ocupan hoy día una brillante posición en la América española, se cuentan muchos descendientes de los compañeros de D. Diego.

Debemos ahora dar á conocer el sucesivo incremento del poder español en estas regiones.

Ya en los tiempos en que Ovando gobernaba la isla Española, un tal Juan Ponce había solicitado y obtenido del gobernador, el permiso de establecer una colonia en la isla de Puerto Rico, descubierta por Colón. Créase generalmente que había mucho oro en esta isla y por eso muchos aventureros, seducidos con la perspectiva de una

brillante y pronta fortuna, se reunieron á Ponce, que al desembarcar en Puerto Rico, no tuvo queja de los habitantes. Igualaban estos en dulzura y humanidad á los indios de la isla Española, y penetrados de un santo respeto á los extranjeros blancos que venían á visitarlos, los miraron como seres celestiales. Para dar al jefe español una prueba de estrecha alianza y eterna amistad á la manera de los indios, un cacique tomó el nombre de Juan Ponce Aqueynoba.

No tardaron los indios en desengañarse de que no eran dioses aquellos extranjeros, que, arrojando bien pronto la máscara hipócrita con que se habían cubierto para engañar mejor á los credulos indios, los trataron con tanta crueldad que hasta hubiera sido difícil el tenerlos por hombres. A pesar de todo, los jefes indios quisieron quedar bien seguros de que los hombres blancos eran de naturaleza mortal. Determinados á averigarlo haciendo un experimento con uno de ellos, esperaron y encontraron al fin una ocasión favorable á sus deseos.

Un joven español que se había internado en la isla para visitarla, entró al acercarse la noche en casa de un cacique á pedirle hospitalidad. El cacique le recibió de buena gana y le hizo sentar á su mesa. Al otro día mandó que le acompañasen algunos hombres para llevar su equipaje y servirle de guías; pero el cacique les había dado instrucciones secretas acerca de la conducta que habían de observar con aquel extranjero.

Llegaron á la orilla de un río, y uno de los indios se ofreció á pasar al español sobre sus hombros. Aceptó éste la proposición; pero el indio, al llegar al medio del río, se dejó caer de modo que pilló al joven extranjero debajo, y con ayuda de los otros indios, le tuvo sujeto en el fondo del agua, hasta que no dando ya señales de vida le sacaron á la orilla.

Estaban aquellos hombres sencillos tan creídos de que los españoles eran inmortales, que no podían persuadirse de que el ahogado estaba muerto, y temiendo su

venganza, le pedían perdón del accidente que le había hecho beber tanta agua, protestando su inocencia y asegurando que les había sido imposible acudir más pronto á su socorro. Permanecieron tres días junto al cadáver suplicándole que les perdonase, tanto era lo que temían que resucitara. Convencidos, en fin, por el mal olor que exhalaba el cuerpo, de que realmente estaba privado de vida, corrieron al cacique para anunciarle que se podía matar á los hombres blancos.

El cacique se apresuró á dar parte de tan feliz descubrimiento á los otros caciques, que juraron exterminar á los españoles; pero entre un pueblo débil, desnudo y armado de flechas, y soldados veteranos con espadas, armas de fuego, caballos y buenos perros, la lucha no podía ser duradera y los indios debían sucumbir muy pronto. Sorprendieron, es verdad, á los españoles con un imprevisto ataque y asesinaron á un centenar de ellos dispersos por la isla; pero los españoles acudieron bien pronto al des-



---

quite, que fué terrible, é hicieron pagar cara su audacia á los indios. Ponce reunió á sus compañeros, casi todos veteranos del ejército español, persiguió y acorraló á los indios en sus madrigueras, y los que escaparon del hierro enemigo no pudieron escapar del cautiverio. Mientras que hacía á los habitantes esta guerra de exterminio, recibió nuevos refuerzos de la isla Española, con los que pudo continuarla con más vigor. Lo que contribuyó más pronto á terminarla, fué el error de los salvajes, que al ver estos nuevos españoles se imaginaron que eran los mismos á quienes habían dado la muerte, y desesperando de resistir á unos seres que resucitaban para volver á la pelea, se sometieron voluntariamente al yugo de la esclavitud.

Al dar cuenta de la matanza acaecida en la isla de Puerto Rico, los historiadores de la época hacen grandes elogios del instinto é intrepidez de un perro llamado Becerrillo, anotando algunas de sus hazañas para admiración de los contemporáneos y de la

---

posteridad. «Este animal—dicen—distinguí, con una sagacidad verdaderamente maravillosa, á los indios amigos ó enemigos de sus amos. Así es que temían más á diez españoles con el perro que á ciento sin él. Para tenerle más contento le daban en la guerra la misma parte en víveres, en oro y esclavos que á un español; generosidad singular de que se aprovechaba el amo de Becerrillo.» Los mismos historiadores, para probar el instinto de este animal, refieren el hecho siguiente: «Una vieja india, aborrecida por algunos españoles feroces, fué sentenciada por ellos á uno de los más horribles suplicios que la imaginación puede concebir. Enviáronla á que llevase una carta á sitio determinado, y apenas hubo partido soltaron tras de ella al perro, esperando que sería hecha pedazos por este animal. Cuando la infeliz india vió venir á Becerrillo furioso, se puso de rodillas y le dirigió esta plegaria: «¡Ah! señor perro, os suplico que no me hagáis daño, porque tengo que llevar esta carta á unos cristia-

nos.» Al escuchar estas palabras, se apaciguó el furor del perro; meneó la cola, hizo caricias á la vieja y se retiró sin hacerle daño.

Las importantes y fáciles conquistas de los españoles aumentaban su ardor entusiasta por los nuevos descubrimientos. El primer cuidado de D. Diego, celoso de estender su autoridad y el dominio español, fué el fundar una colonia en la isla de Cubagua, descubierta por su padre y situada cerca de otra mayor llamada la Margarita, á poca distancia de la costa de Cumaná. D. Diego quería establecer allí una pesquería de perlas; pero la pesca de las ostras ó conchas en que se forman las perlas es muy penosa y muy expuesta. Los pescadores, que son casi siempre infelices esclavos, se tapan las narices y las orejas con algodón, se colocan en la boca una esponja empapada en aceite, y atados á una cuerda, sujeta por la otra punta por los hombres que van en unas barcas, se sumergen así al fondo del mar, para recoger los preciosos testáceos.

D. Diego pensó con razón que los indios, hábiles en el arte de nadar, y sobre todo en el de zambullirse, serían más á propósito para la pesca de las perlas que para el trabajo de las minas. Envió, por lo tanto, muchos á Cubagua con inspectores europeos, y el resultado acreditó la exactitud de la observación de Cristóbal Colón, que había anunciado que cerca de las costas de esta isla debían hallarse perlas con abundancia. Los productos de la pesca fueron muy ventajosos al Rey y á su teniente; pero los indios empleados en ellos sucumbieron casi todos, y bien pronto la colonia, á causa de la esterilidad de esta isla, tuvo que trasladarse á la Margarita, que ofrecía más recursos para un establecimiento de este género.

Casi en la misma época, D. Diego tomó, en nombre del rey de España, posesión de la Jamaica; reunió colonos, y los habitantes de esta isla fueron condenados á la esclavitud como los demás indios.

Cuba no podía conservar por más tiempo

---

su independencia, y Velázquez (1) que se había distinguido entre los compañeros de Colón por su valor y habilidad, fué el jefe á quien D. Diego encomendó la conquista de esta isla. Muchos españoles, que ansiaban enriquecerse, quisieron acompañar á Velázquez en esta expedición, que llegó á desembarcar en la punta oriental de Cuba.

Hallábase entonces dominada la isla por un cacique llamado Hatuey, que había venido á buscar en ella un refugio contra la esclavitud que le amenazaba en la isla Española. Animado del odio más violento y más legítimo contra los opresores de los indios, y esperando el ataque de los españoles, mantenía espías en la isla Española á fin de tomar sus medidas y preparar sus medios de defensa, cuando fué avisado de la

---

(1) El adelantado Diego Velázquez, natural de Cuéllar, el conquistador más pacífico, y el que más hizo florecer los nacientes pueblos americanos. Fundó trece villas y proporcionó recursos para la grande expedición que pasó á conquistar el vasto continente americano.—N. DEL T.

inminencia del peligro. Instruído por sus espías del proyecto formado por D. Diego y del equipo de la escuadra mandada por Velázquez, reunió al instante sus súbditos y sus aliados, para darles parte de la noticia que acababa de recibir y exhortarlos á que tomasen las armas en defensa de sus bienes, de su vida, y sobre todo de su libertad. Todos le respondieron que estaban prontos á morir por tan sagrada causa.

«Me complazco, amigos míos—les dijo—al ver tan nobles sentimientos; mas para triunfar de nuestros tiranos, para obligarlos á que se alejen de nuestro país, debemos pensar en una cosa indispensable. Vosotros no sabéis lo que les trae á estos parajes: es su dios el que vienen á buscar aquí. ¿Hay acaso alguno entre vosotros que no conozca este dios? Aquí está, miradle, amigos míos.»

Pronunciando estas palabras, sacó un cestillo lleno de oro, y les aseguró que aquel metal, que para nada servía, era, sin embargo, el dios por quien los cristianos arros-

traban los mayores peligros, y que sólo por encontrarle en su isla pensaban conquistarla. «Tenemos—continuó—un medio fácil de hacernos propicia esta divinidad y es hacerla el solemne homenaje de nuestro respeto; adorémosla también y apresurémonos á celebrar una fiesta en honor suyo.» Al instante los salvajes bailaron y cantaron alrededor de la cesta, á la manera de los indios. La función se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche, y sólo pudo cesar cuando todos fueron cayendo, rendidos de fatiga y de embriaguez, ante el nuevo dios objeto de su extraño culto.

Al otro día Hatuey reunió de nuevo á sus indios, y les dijo que después de maduras reflexiones sobre el objeto de sus alarmas, había pensado que la fiesta de la víspera no bastaba para asegurar su salvación, y que era indispensable arrojar de la isla el dios de los españoles. «En vano—prosiguió—le ocultaríais cuidadosamente en los sitios más recónditos; los hombres blancos sabrían bien pronto encontrarle, y aunque

os le tragaseis, sabrían sacárosle de las entrañas. Arrojámosle al agua; que el mar le oculte á las miradas de nuestros opresores, y así nuestro país no excitará su ansiosa curiosidad.» Todos los salvajes aprobaron este dictamen dándose prisa á traer su oro para arrojarle al mar.

Este sacrificio ó esta precaución no impidió que el pabellón español flotase en la costa de Cuba. Hatuey no se acobardó, y quiso oponerse al desembarco de los españoles; llegaron á las manos, y después de una corta resistencia, las tropas fueron derrotadas y el desgraciado cacique hecho prisionero. Para aterrar á los demás caciques y conseguir con un solo castigo, pero ejemplar, la pronta sumisión de la isla, Hatuey fué sentenciado á ser quemado vivo.

En el momento en que atado á un poste contemplaba con mirada estoica los preparativos de su suplicio, un fraile Franciscano se acercó á él para ofrecerle los consuelos de su ministerio, para prepararle á la muerte con piadosas exhortaciones. Como le ha-